El jugador

Fëdor Dostoyevski

Índice

CAPITULO I

Por fin estaba de regreso, después de dos semanas de ausencia.

Los nuestros llevaban ya tres días en Ruletenburg. Yo creía que meestarían aguardando como al Mesías; pero me equivocaba. El general,que me recibió indiferente, me habló con altanería y me envió a suhermana. Era evidente que, fuese como fuese, habían conseguido algún préstamo. Hasta me pareció que el general rehuía mis miradas.

María Philippovna, muy atareada, apenas si dijo unas palabras. Sinembargo, aceptó el dinero que le traía, lo contó y escuchó mi relatohasta el fin. Estaban invitados a comer Mezontsov, un francés y también un inglés. Desde luego, aquí, cuando se tiene dinero, se ofrece ungran banquete a los amigos. Costumbre moscovita.

Paulina Alexandrovna, al verme, me preguntó en seguida porqué había tardado tanto en volver, y sin esperar mi respuesta se retiróinmediatamente. Naturalmente que aquello lo hizo adrede. Pero eraindispensable, sin embargo, tener una explicación. Tengo el corazónoprimido.

Me habían destinado una pequeña habitación en el quinto pisodel hotel. Aquí todo el mundo sabe que pertenezco al séquito del general. Todos se dan aires de importancia, y al general se le considera como a un aristócrata ruso, muy rico.

Antes de la comida, el general tuvo tiempo dehacerme algunosencargos, entre ellos el de cambiar varios billetes de mil francos. Loscambié en el mostrador del hotel. Ahora, durante ocho días por lomenos, van a creernos millonarios.

Quería acompañar a Miguel y a Nadina de paseo; pero cuandoestábamos ya en la escalera, el general me mandó llamar. Le parecíaconveniente enterarse de a dónde llevaba yo a los niños. Es evidenteque este hombre no puede mirarme con franqueza, cara a cara. El debuena gana lo querría, pero a cada tentativa suya le lanzó una miradatan fija, es decir, tan poco respetuosa, que se desconcierta. Con frasesgrandilocuentes, retorcidas, de las que perdía el hilo, dióme a entenderque nuestro paseo debía tener lugar en el parque, lo más lejos posibledel casino. Por último se enfadó, y bruscamente dijo: - ¿Es que va usted a llevar a los niños a la ruleta? Perdóneme -añadió inmediatamente-; tengo entendido que usted es débil y capaz de dejarse arrastrarpor el juego. En todo caso yo no soy, ni deseo ser su mentor; pero almenos, eso sí, tengo derecho a velar porque no me comprometa...

-Usted olvida, sin duda -respondí tranquilamente-, que carezcode dinero. Hace falta antes tenerlo para perderlo en el juego.

-Voy a dárselo -respondió el general, sonrojándose ligeramente.

Buscó por su mesa, consultó un cuaderno, y resultó que me debíaunos ciento veinte rublos.

- ¿Cómo lo arreglaremos? -dijo-. Hay que cambiarlos en talers...Pero aquí tiene cien talers... Lo demás, naturalmente no lo perderá.

Tomé el dinero sin pronunciar palabra.

-Supongo que no interpretará mal mis palabras. Usted es tan susceptible... Si le hice esta observación fue sólo como una advertencia y creo tener derecho...

Al volver antes de la comida, con los niños, me encontré en elcamino con toda la partida. Iban a contemplar no sé qué ruinas. Seveían dos carruajes soberbios y dos caballos magníficos. La señoritaBlanche ocupaba uno de los coches con María Philippovna y Paulina;el francés, el inglés y nuestro general, les daban escolta a caballo. Lostranseúntes se detenían a contemplar el lúcido cortejo. Producía unefecto estupendo, aunque al general no le hacía ninguna gracia. Yocalculaba que con los cuatro mil francos que les había traído, y lo queellos, por lo visto, habían pedido prestado, tendrían ahora siete u ochomil francos. Muy poco, evidentemente, para la señorita Blanche.

La señorita Blanche se hospedaba también en nuestro hotel encompañía de su padre. Nuestro francés igualmente. Los lacayos y camareros llamaban a éste señor conde. A la madre de la señorita Blanche, señora condesa. Bueno, después de todo, tal fueran conde y condesa.

Ya suponía yo que el señor conde no me reconocería a la hora desentarnos a la mesa. Por supuesto, el general no pensaba en presentarnos, o al menos en nombrarme, y el señor conde, que había vivido enRusia, sabía perfectamente cuán insignificante es la personalidad deun uchitel, como allí nos llaman.

Pero me conoce perfectamente. A decir verdad, nadie me esperaba todavía. Según parece, el general se olvidó de dar órdenes, y debuena gana me habría enviado a comer a la mesa redonda.

Debí, pues, presentarme personalmente, lo que me valió una mirada furibunda del general. La buena de María Philippovna me designó inmediatamente un sitio, La presencia de Mr. Astley favoreció mis planes, y quieras que no, resulté formando parte de aquella sociedad.

Este inglés es un hombre estrafalario. Le conocí en Prusia, en eltren, donde íbamos sentados uno frente a otro, cuando yo iba a reunirme con los nuestros. Luego le encontré en la frontera francesa y finalmente en Suiza. Nos vimos dos veces en quince días... y ahora, de pronto, volvía a encontrármelo en Ruletenburg. Nunca en la vida he visto un hombre más tímido. Lo es en grado máximo y no lo ignora, pues no tiene un pelo de tonto. Es agradable, modesto, encantador. Cuando nuestro primer encuentro en Prusia, conseguí hacerle hablar.Me contó que el pasado verano había hecho un viaje al cabo Norte yque tenía grandes deseos de visitar la feria de Nijni- Novgorod. Ignorócómo haría amistad con el general. Creo que está locamente enamorado de Paulina. Al entrar ésta, púsose colorado como una amapola. Manifestó gran satisfacción de tenerme como vecino de mesa, y me consideraba ya como a uno de sus más íntimos amigos.

En la mesa, el francés se puso en evidencia por sus incorrecciones. Trataba a todo el mundo con altanería. En Moscú, por el contrario, si no recuerdo mal, procuraba pasar desapercibido. Habló mucho de hacienda y de política rusa. El general se permitió algunas veces contradecirle, aunque muy poco: lo imprescindible para dejar a salvo su prestigio.

Yo estaba de mal humor. No hay ni que decir que, antes de lamitad de la comida, me había formulado ya la eterna pregunta: "¿ Porqué andaré ligado a este general y por qué no le habré abandonadodesde hace largo tiempo?"

De cuando en cuando miraba furtivamente a Paulina Alexandrovna, la cual no me prestaba la menor atención. Finalmente la cólera se apoderó de mí y decidí estallar. Empecé por mezclarme en voz alta a la conversación. Deseaba, sobre todo, provocar una discusión con el francés. Dirigiéndome al general (creo, incluso, haberle interrumpido mientras hablaba), le hice notar que aquel verano los rusos no podían sentarse a comer en la mesa redonda. El general me asestó una mirada de asombro.

-A poco que uno se respete -continué-, se experimenta una granmolestia. En París, en el Rin, incluso

en la misma Suiza, las mesas delos hoteles están hasta tal punto llenas de polacos y de sus buenosamigos los franceses que a un buen ruso no le es posible pronunciaruna palabra.

Me expresaba en francés. El general me miraba fijamente, no sabiendo si debía enfadarse o sólo mostrar sorpresa por mi falta de tacto.

-Eso significa que alguien le ha dado a usted una lección -dijo elfrancés despectivamente.

-En París -respondile- tuve un altercado con un polaco, y luegocon un oficial francés que salió en su defensa. Pero muchos de losfranceses se pusieron de mi parte al oírme contar cómo casi escupí enel café de un Monseñor.

- ¿Escupir? -preguntó con altivez el general y lanzó una miradaen torno de la mesa.

El francés me miró con recelo.

-Así es -contesté-. Durante dos días supuse que vuestros asuntosme retendrían en Roma.

Fui a la Nunciatura para hacer visar mi pasaporte. Me recibió uncura bajito, delgado y glacial, que me rogó aguardase, en tono amablepero muy seco. Yo tenía prisa. Me senté, sin embargo, y sacando demi bolsillo La Opinión Nacional empecé a leer un artículo insultantecontra Rusia. Mientras leía pude oír cómo a través de la habitacióncontigua otra visita había sido introducida hasta la presencia de Monseñor. Vi cómo el introductor se deshacía en reverencias. Repetí entonces mi petición y él me reiteró -mucho más secamente esta vez- que debía aguardar. Pasado un momento, un recién llegado, austríaco al parecer, fue igualmente conducido, sin hacerlo esperar, al primer piso. Muy molesto me dirigí al cura y le declaré, perentoriamente, que puesto que Monseñor recibía, podía perfectamente ocuparse de mi asunto.

El cura retrocedió, asombrado. ¿Cómo un insignificante rusoosaba ponerse al nivel de los visitantes de Monseñor? De la maneramás insolente del mundo, como si estuviese muy satisfecho de poderme humillar, miróme de cabeza a pies y exclamó: - ¿Cree usted, pues, que Monseñor va a dejar su café para recibirle?

Fui entonces yo, quien, a mi vez, exclamé en voz mucho más altaque la suya: - ¡Me tiene sin cuidado el café de vuestro Monseñor! ¡Escupiría en su taza! Si usted no resuelve inmediatamente el asunto de mi pasaporte, iré a verlo a él en persona.

- ¡Cómo! ¡En el preciso momento que está hablando con un Cardenal! -exclamó el cura, retrocediendo asustado hacia la puerta y extendiendo los brazos como para hacerme comprender que estaba dispuesto a morir antes de dejarme pasar.

Le contesté que yo era ruso; por tanto, un bárbaro y hereje y queme tenían sin cuidado todos los arzobispos, cardenales, monseñores,etcétera. En una palabra, me mostré intratable.

El cura, con mirada llena de odio, me arrancó el pasaporte de lasmanos y se lo llevó. Al poco rato estaba visado. ¿Quieren ustedes verlo?

Saqué el pasaporte y mostré el visado pontificio.

-Permitame... -intentó decir el general.

-Hizo usted bien en declararse bárbaro y hereje -observó con sonrisa irónica el francés-. Fue un gran acierto suyo.

- ¿Debería, pues, haber seguido el ejemplo de nuestros rusos, queno se atreven nunca a decir una palabra y están dispuestos a renegarde su nacionalidad? Les aseguro que en Paris, o por lo menos en mihotel, me trataron con mayores miramientos desde que se enteraron demi incidente con el cura. Un polaco gordo, el que me mostraba máshostilidad entre los huéspedes, quedó relegado a segundo plano. Losfranceses mismos incluso me dejaron relatar que hace unos dos añosvi un individuo contra el cual, en 1812, había disparado un soldadofrancés por el simple placer de descargar su fusil. Era entonces aquelindividuo un muchacho de diez años, cuya familia no había tenidotiempo de abandonar Moscú.

- ¡Eso no es posible! -protestó el francés-. Los soldados francesesno disparan sobre los niños.

-Sin embargo, es la pura verdad -contesté-. Sé el hecho por unhonorable capitán retirado digno de todos los respetos, y pude ver enla mejilla del niño la cicatriz de la herida.

El francés empezó a hablar con volubilidad. El general intentódefenderlo, pero yo le recomendé que leyese, por ejemplo, las Memorias del general Perovski, prisionero de los franceses en 1812. Finalmente, para cortar la discusión, María Philippovna abordó otro asunto. El general se mostró muy descontento conmigo, dado que el francés y yo habíamos llegado ya a disputar violentamente. Por el contrario, nuestra disputa pareció agradar a Mr. Astley, y al levantarse de la mesa, me invitó a beber un vaso de vino.

Por la noche, en el paseo, pude sostener con Paulina Alexandrovna una conversación de un cuarto de hora. Los otros se habían ido al casino a través del parque. Paulina se sentó en un banco, ante el surtidor, y permitió a Nadina que fuese a jugar no lejos de allí con sus amiguitas. Dejé también ir a Miguel y nos quedamos solos.

Naturalmente, en seguida hablamos de negocios. Paulina se molestó mucho al ver que no le entregaba más que setecientos florines.Estaba persuadida de que en París habría podido empeñar sus diamantes por dos mil florines o tal vez más.

-Necesito dinero a toda costa -declaró-, y he de encontrarlo; de locontrario, estoy perdida.

Le pregunté qué había ocurrido durante mi ausencia.

-Nada absolutamente, salvo que hemos recibido dos nuevas noticias de Petersburgo. Que la "abuela" estaba gravemente enferma, yluego, dos días después, que había muerto. Recibímos ese último avisopor conducto de Timoteo Petrovitch, que pasa por ser muy veraz-añadió Paulina-. Esperamos ahora la confirmación definitiva.

-Así todo el mundo espera.

-Sí, todos. Desde hace seis meses ésta es la única esperanza.

- ¿Y usted, también espera? -inquirí.

-Ha de tener en cuenta que yo no soy parienta; no soy más que lanuera del general. Sin embargo, me consta que no me olvidará en sutestamento. Lo sé de muy buena fuente.

-Me parece que heredará usted una bonita suma -dije con aplomo.

-Sí, la pobre abuelita me quería mucho; pero, ¿por qué se figurausted eso?

-Y dígame -repliqué, preguntándole a mi vez-, ¿el marqués estátambién al corriente, según creo, de todos estos secretos de familia?

- ¿Por qué le interesa a usted eso? -contestó Paulina lanzándomeuna mirada seca y dura.

-Si no me equivoco, el general ha encontrado ya el medio de pedirle prestado dinero.

-Es usted buen adivino.

-Así, vamos a ver; ¿cree usted que si hubiese ignorado el estadode la pobre babulinka hubiese abierto su bolsa? ¿No ha notado ustedque, durante la comida, al referirse a la abuela, la ha llamado por tresveces babulinka? ¡Qué conmovedora familiaridad!

-Tiene usted razón. Cuando se entere de que yo también heredo,pedirá inmediatamente mi mano. ¿Era esto lo que deseaba saber?

- ¡Cómo! ¿Todavía no lo ha hecho? Yo creía que ya la había pedido.

- ¡Usted sabe perfectamente que no! -exclamó Paulina con enojo- ¿Dónde encontró usted a ese inglés? -añadió tras unos instantes de silencio.

-Estaba seguro de que iba usted a hacerme esta pregunta.

Le conté entonces mis anteriores encuentros con Mr. Astley.

-Es tímido y fácilmente inflamable -añadí-, y, naturalmente, yaestará enamorado de usted.

-Sí, está enamorado de mi -confesó Paulina.

-Es diez veces más rico que el francés. ¿Tiene fortuna ese francés? ¿Es cosa segura?

-Absolutamente segura. Posee un château. Ayer mismo me loconfirmó el general. ¿No le basta?

-Yo, en lugar de usted, no dudaría en casarme con el inglés.

- ¿Por qué? -inquirió Paulina.

-El francés es más buen mozo, pero peor persona. Además de suhonradez, el inglés es diez veces más rico -dije.

-Sí, pero en cambio, además de su marquesado, el francés es másinteligente -objetó ella con la mayor tranquilidad.

- ¿De veras? -pregunté en el mismo tono.

-Absolutamente de veras.

Mis preguntas no eran en modo alguno del agrado de Paulina.Comprendí, por el tono y la dureza de sus contestaciones, que deseabairritarme; así se lo espeté en seguida.

- ¡Qué quiere usted! Me encanta hacerle enfadar. Y además, porel hecho de tolerar sus preguntas y suposiciones, me debe usted unacompensación.

-Si me concede el derecho de hacerle toda clase de preguntas-repliqué tranquilamente es porque estoy dispuesto a pagar cualquiercompensación; con mi vida, si es preciso.

Paulina se echó a reír.

-La última vez que hicimos la ascensión al Schlangenberg dijousted que estaba dispuesto a una señal mía, a precipitarse de cabezadesde la cima. Llegará un día en que haré esta señal, únicamente paraver cómo cumple usted su palabra. Le odio precisamente porque le heconsentido demasiadas cosas, y todavía más porque necesito de usted.Pero como le necesito, debo, por ahora, tratarle bien.

Iba a levantarse. Su voz sonaba irritada. Desde hacía tiemponuestras entrevistas terminaban siempre en exasperación, en animosidad; sí, ésa es la palabra: animosidad.

-Permítame una pregunta: ¿quién es la señorita Blanche?-inquirí, deseoso de no dejarla marchar sin haber llegado a una explicación.

-Usted mismo sabe perfectamente quién es la señorita Blanche.Ningún hecho nuevo ha ocurrido desde que usted se fue. La señoritaBlanche será seguramente generala -desde luego en el caso de que elrumor de la muerte de la "abuela" se confirme-, pues la señorita Blanche, lo mismo que su madre y su primo el marqués... conocen nuestra ruina.

- ¿Y el general está definitivamente prendado de ella?

-No se trata de eso ahora. Escúcheme bien. Aquí hay setecientosflorines; tómelos y gáneme la mayor cantidad que pueda a la ruleta.Necesito dinero inmediatamente, sea como fuere.

Después de hablar así llamó a Nadina y fue a reunirse con losnuestros cerca del casino. En cuanto a mí, tomé el primer sendero, a laizquierda, y di rienda suelta a mi perplejidad.

Su orden de jugar a la ruleta me había producido el efecto de ungolpe en la cabeza. Cosa extraña: entonces, que tenía tantos motivosde meditación, me absorbía en el análisis de los sentimientos que experimentaba respecto a Paulina. A decir verdad, durante esos quince días de ausencia tenía el corazón menos oprimido que en el día de regreso. Sin embargo, durante el viaje había sentido una angustia loca, desvariando constantemente y viéndola en todo instante como en sueños. Una vez -fue en Suiza- me dormí en el vagón y empecé a hablar, según parece, en voz alta con Paulina, lo que motivó las risas de mis compañeras de viaje.

Una vez más hoy me pregunto: "¿ La amo?", y una vez más no séqué contestarme. O más bien por centésima vez me he contestado quela odiaba. Sí, me era odiosa. Hubo momentos -al terminar cada una denuestras entrevistas- en que hubiese dado la mitad de mi vida por estrangularla. De haber sido posible hundirle un puñal en el pecho, creo que lo habría hecho con placer.

Y, sin embargo, palabra de honor, si en el Schlangenberg, enaquella cima de moda, me hubiera, efectivamente, dicho: "Túreseabajo de cabeza", me habría lanzado inmediatamente, incluso consatisfacción. Ya lo sabía yo. De un modo o de otro la crisis debía resolverse. Ella lo comprende perfectamente y la idea que tiene de quese me escapa, de que no puedo realizar mis caprichos, le causa, estoyseguro de no equivocarme, una satisfacción extraordinaria. ¿Podría, sino fuese así, tan prudente y avispada como es, mostrarse tan familiar,tan franca conmigo?

Tengo la impresión de que, hasta ahora, me ha considerado como aquella emperatriz de la antigüedad que se desnudaba delante de su esclavo por no considerarlo hombre. Sí, muchas veces ella no me ha tenido por hombre.

Sin embargo, me había confiado una misión: ganar a la ruleta,fuere como fuere.

No tenía tiempo para reflexionar el porqué ni en qué plazo erapreciso ganar ni qué nuevas fantasías estarían germinando en aquellacabecita que constantemente calculaba. Además, durante aquellosquince días era evidente que habían ocurrido una multitud de nuevoshechos, de los que no me había dado todavía cuenta. Era menesteraveriguarlo, aclararlo todo lo más pronto posible. Pero, por lo pronto,no era cuestión de eso... Yo debía ir a jugar y ganar a la ruleta.

CAPITULO II

Confieso que aquella misión me era desagradable. Aunque decidido a jugar, no pensaba empezar por cuenta ajena.

Me sentía incluso desconcertado y penetré de muy mal humor enla sala de juego. Nada de todo aquello me agradó a la primera ojeada.No puedo soportar el servilismo de los cronistas de todos los países, yespecialmente de Rusia, que al comenzar la primavera celebran a corodos cosas: primero, el esplendor y el lujo de las salas de juego en losbalnearios del Rin, y luego los montones de oro, que, según afirman,cubren las mesas. No se les paga por hacer estas descripciones, quesólo están inspiradas en una complacencia desinteresada.

En realidad, aquellas tristes salas están desprovistas de esplendor, y, en lo que se refiere al oro, no solamente no está amontonado sobre las mesas, sino que se le ve muy poco.

Sin duda, durante la temporada llega de pronto algún ser extravagante, algún inglés o algún asiático o turco, como ha ocurrido este verano, que gana o pierde sumas considerables. Los demás jugadores no arriesgan, en general, sino pequeñas cantidades, y, regularmente, hay poco dinero sobre el tapete verde.

Cuando, por primera vez en mi vida, puse los pies en la sala,permanecí algún tiempo dudando antes de jugar. Además, la genteparalizaba mis movimientos. Pero aunque hubiese estado solo habríaocurrido exactamente lo mismo. Creo que, en vez de jugar, quizá mehabría salido en seguida. Lo confieso: el corazón me latía con violencia y no estaba tranquilo. Desde hacía tiempo estaba persuadido de que no saldría de Ruletenburg sin una aventura, sin que algo radical y definitivo se mezclase fatalmente a mi destino. Así debe ser y así será.

Por ridícula que pueda parecer una tal confianza en la ruleta meparece todavía mucho más risible la opinión vulgar que estima absurdo el esperar algo del juego. ¿Es que es peor el juego que cualquier otro medio de procurarse dinero, el comercio, por ejemplo? Verdad es que de cien individuos uno solamente gana, pero... ¿qué importa eso?

En todo caso estaba decidido a observar primero y no acometernada de importancia aquella noche. El resultado de esa primera sesiónno podía ser más que fortuito e insignificante. Tal era mi conviccciónen aquellos momentos.

Además, era preciso estudiar el mecanismo del juego, pues, a pesar de las innumerables descripciones de la ruleta que había leído con avidez, nada comprendía acerca de ello.

En primer lugar, todo me pareció sucio y repugnante. No hablode la expresión ávida e inquieta de aquellos rostros que, por docenas,por centenares, asedian el tapete verde. No veo absolutamente nadasucio en el deseo de ganar de prisa la mayor cantidad posible. Siempreme ha parecido absurda la idea de un moralista rentista que al argumento de que "se jugaba flojo" contestó: "Tanto peor, puesto que se obedece entonces un deseo mezquino y se gana menos." Como si la avidez no fuese siempre igual, cualquiera que sea el objeto. Todo es relativo en este mundo.

Lo que es mezquino para Rothschild es opulento para mí, y en loque se refiere al lucro y a la ganancia, no es solamente en la ruleta,sino en todas las cosas, donde los hombres procuran enriquecerse acosta del prójimo. Otra cosa es saber si el lucro y el provecho son vilesen ellos mismos... Pero no se trata ahora de eso.

Como yo experimentaba en mí mismo un vivo deseo de ganar,esa ansia, ese pecado general si se quiere, me era familiar en el mismomomento de entrar en la sala. Nada tan encantador como no hacerceremonias, como conducirse abiertamente y con desenfado. Además,¿para qué censurarse a sí mismo? ¿No es la ocupación más vana einconsiderada? Lo que no gustaba, a primera vista, en esa reunión dejugadores, era su modo respetuoso de proceder, la seriedad y la deferencia con que todos rodeaban el tapete verde. He aquí por qué existeuna precisa demarcación entre el juego llamado de mal género y elque es permitido a un hombre correcto.

Hay dos clases de juego: uno para uso de caballeros; otro plebeyo, rastrero, propio para la plebe. La distinción se halla aquí bien expresada; pero en el fondo, ¡qué vileza hay en esta pasión!

Un caballero, por ejemplo, arriesga cinco o diez luises, raramente más -si es rico llegará hasta mil francos-, pero los arriesga por amor al juego sólo por placer. Se proporciona el placer de la ganancia o de la pérdida sin apasionarse por el lucro. Si la suerte le favorece tendrá una sonrisa de satisfacción, bromeará con su vecino, quizá se atreva a doblar de nuevo la postura, pero únicamente por curiosidad, para observar el caprichoso azar, para hacer cábalas; en ningún caso obedecerá al plebeyo deseo de ganar.

En una palabra, un "gentleman" no debe considerar el juego másque como un pasatiempo organizado con el único objeto de divertirle.No debe ni siquiera sospechar las trampas y los cálculos sobre los queestá fundada la banca. Obraría muy delicadamente suponiendo quetodos los demás jugadores, todas las gentes que le rodean y tiemblanpor un florín, se componen de ricos caballeros, que, como él mismo,juegan únicamente para distraerse y divertirse.

Esta ignorancia completa de la realidad, esta credulidad inocente, serían, sin duda alguna, sumamente aristocráticas. He visto a algunas madres hacer avanzar a sus hijos, graciosas e inocentes criaturas de quince a dieciséis años, y entregarles algunas monedas de oro explicándoles las reglas del juego. La ingenua jovencita ganaba o perdía y se retiraba encantada, con la sonrisa en los labios.

Nuestro general se aproximó a la mesa con majestuoso aplomo.Un criado se apresuró a acercarle una silla, pero él ni se dio cuenta siquiera. Con una lentitud extrema sacó su monedero, retiró de él trescientos francos, los puso al color negro y ganó. No retiró la ganancia. El negro salió de nuevo. Dejó todavía su postura y cuando a la tercera vez fue el rojo el que salió, perdió mil doscientos francos de un golpe. Se retiró impasible y sonriente.

Un francés, ante mis ojos, ganó primero, y luego perdió, sin lamenor sombra de emoción, treinta mil francos. El verdadero "gentleman" no debe denotar emoción aunque pierda toda su fortuna. Debe hacer poco caso del dinero, como si fuese cosa que no mereciera la pena de fijar atención en él.

Evidentemente es muy aristocrático el fingir que se ignora la suciedad de esa chusma y del medio en que evoluciona. Algunas veces también resulta distinguido hacer lo contrario. Fijarse, observar los manejos de esa gentuza, examinarla incluso a través del monóculo, pero afectando que se contempla a esa multitud sórdida como una distracción, como una comedia destinada a divertir al espectador. Uno se puede mezclar a esa muchedumbre, pero entonces es preciso testimoniar con su actitud que se ha ido allí como un aficionado, sin tener nada de común con ella.

Aunque, después de todo, tampoco está bien eso de mirar con insistencia; sería también indigno de un caballero, pues este espectáculono merece una atención persistente. No son muy numerosos, para uncaballero, los espectáculos dignos de interés. Sin embargo, me pareceque todo esto merecería una

seria atención, sobre todo para el que noha venido como simple espectador, sino para mezclarse sinceramentey de buena fe entre esa gentuza.

En lo que se refiere a mis convicciones morales íntimas, no pueden, naturalmente, encontrar sitio aquí. He de manifestarlo así tansólo para descargo de mi conciencia. Anotaré, sin embargo, que desdehace cierto tiempo experimento una viva repugnancia a aplicar a misactos y pensamientos una autocrítica moral. Mi impulso es otro...

Por otra parte, yo estoy aquí observando y fijándome; estas notasy observaciones no tienen por objeto describir simplemente la ruleta.Me pongo al corriente para saber cómo habré de comportarme en losucesivo. He notado especialmente que, a menudo, resbala entre losjugadores de la primera fila una mano que se apropia de la posturaajena. Resulta de esto un altercado, con protestas y gritos. ¡E id a probar, con la ayuda de testigos, que se trata de vuestra postural ¡Que oshan levantado un muerto, como se dice en el argot del juego!

Al principio, todo aquel mecanismo me pareció un verdaderoenigma. Adiviné confusamente que se hacían posturas en los números,en los pares e impares y en los colores. Decidí no arriesgar más quecien florines del dinero de Paulina Alexandrovna. La idea de que empezaba a jugar por cuenta ajena me desconcertaba. Era aquélla una sensación muy desagradable de la que tenía prisa de liberarme. Parecíame que al comenzar por cuenta de Paulina aniquilaba mi propia suerte. ¿Es posible acercarse al tapete verde sin que la superstición se apodere en seguida de nosotros? Empecé por tomar cinco federicos, es decir, cincuenta florines, y los puse sobre el par. El disco empezó a girar y salió el trece. Había perdido.

Presa de una sensación mórbida, únicamente para terminarcuanto antes, puse cinco florines al rojo. El rojo salió. Dejé los diezflorines. El rojo se dio de nuevo. Hice nueva postura con el total. Saliótambién el rojo. En posesión de los cuarenta federicos coloqué veintesobre los doce números del centro, sin saber lo que iba a resultar. Mepagaron el triple.

Los diez federicos del principio se elevaban ahora a ochenta.

Pero entonces una sensación desacostumbrada y extraña me causó tal malestar que decidí no repetir la postura.

Me parecía que, por mi propia cuenta, no habría jugado de aquelmodo. Sin embargo, puse de nuevo los ochenta federicos sobre el par.

Esta vez salió el cuatro. Me entregaron ochenta federicos. Recogílos ciento sesenta y salí en busca de Paulina Alexandrovna.

Estaban todos paseando por el parque y no pude verla lista después de cenar. Aquella vez el francés estaba ausente y el general se despachó a su gusto. Entre otras cosas juzgó oportuno hacerme observar de nuevo que no deseaba verme en la mesa de juego. Según él, se vería muy comprometido si yo sufría una pérdida importante.

-Pero aunque ganase usted mucho, me comprometería también-añadió gravemente-. Sin duda que no tengo derecho a dirigir su conducta, pero convenga usted mismo en que si...

No terminó, según su costumbre. Le repliqué en tono seco que,teniendo muy poco dinero, no podía distinguirme por mis pérdidasaunque me diese por jugar.

Al subir a Mi habitación pude entregar a Paulina su ganancia ydeclararle que, en lo sucesivo, no jugaría más por cuenta de ella.

- ¿Por qué? -preguntó alarmada.

-Porque quiero jugar para mí -contesté, mirándola con sorpresa-,y eso me lo impide.

- ¿Así, persiste usted en creer que la ruleta es su única probabilidad de salvación? -preguntóme con tono zumbón.

Afirmé, con gran seriedad, que así lo creía. En lo que se refiere ami seguridad de ganar a toda costa, siempre admití que ello sería ridículo. "Deseaba que me dejaran tranquilo." Paulina Alexandrovna insistió en repartir conmigo la ganancia de la jornada y me entregó ochenta federicos, es decir, ochocientos florines, proponiéndome continuar jugando con esta condición.

Me negué categóricamente y declaré que no podía seguir jugandopor cuenta ajena, no por mala voluntad, sino porque estaba seguro deperder.

-Y sin embargo, por estúpido que esto parezca, yo no tengo otraesperanza que la ruleta -dijo ella, pensativa-. Por esta causa debe ustedcontinuar jugando conmigo, a medias... y estoy segura de que lo hará.

Dicho esto, alejóse de mí sin querer escuchar mis objeciones.

CAPITULO III

Ayer, sin embargo, Paulina no volvió a hablarme del juego. Evitódurante todo el día dirigirme la palabra. Su modo anterior de conducirse conmigo no había cambiado.

Cuando nos encontramos sigue tratándome con absoluta indiferencia, a la que añade incluso un desdén hostil. No intenta, lo veo claramente, disimular su aversión hacia mí. Por otra parte, tampoco oculta que le soy necesario y que me tiene como reserva para otras ocasiones propicias.

Una relación extraña se ha establecido entre nosotros. No me loexplico, dada la arrogancia y el orgullo con que trata a todo el mundo.

Sabe, por ejemplo, que yo la amo con locura, y me permite, incluso, hablarle de mi pasión, francamente, sin trabas. No podía demostrarme mejor su desdén con este permiso: "Ya ves, hago tan poco caso de tus sentimientos, que todo lo que puedas decirme o experimentar me tiene absolutamente sin cuidado. "Ya antes me hablaba mucho de sus asuntos, pero jamás con entera confianza. Por si eso fuera poco, en su desprecio hacia mí ponía refinamientos del siguientegénero: sabiendo que me hallaba al corriente de tal o cual circunstancia de su vida, de una grave preocupación, por ejemplo, me contaba sólo una parte de los hechos si creía necesario utilizarme para sus fines, o para alguna combinación, como un esclavo. Pero si ignoraba todavía las consecuencias de los acontecimientos, si me veía compartir sus sufrimientos o sus inquietudes, no se dignaba jamás tranquilizarme con una explicación amable. Como ella me confiaba a menudo misiones no solamente delicadas, sino peligrosas, estimo que deberíahaber sido más franca. Pero, ¡a qué inquietarse de mis sentimientos,por el hecho de que yo también me alarmase, y quizá me atormentasetres veces más que ella por sus preocupaciones y sus fracasos!

Yo conocía desde hacía tres semanas su intención de jugar a laruleta. Me había incluso avisado de que yo debía jugar en su lugar,pues las conveniencias prohibían que ella lo hiciese. En el tono de suspalabras comprendía, entonces, que ella experimentaba una hondainquietud y no el simple deseo de ganar dinero. Poco le importa eldinero en sí. En eso hay un objetivo, circunstancias que puedo adivinar, pero que, hasta este momento, ignoro.

Naturalmente, la humillación y la esclavitud en que ella me tiene, me darían -se da a menudo el caso- la posibilidad de preguntarle aella misma derechamente y sin ambajes. Puesto que soy para ella unesclavo, que no merece consideración a sus ojos, no tiene que impresionarse por mi atrevida curiosidad. Pero aunque me permita que le dirija preguntas, no por eso me las contesta. Algunas veces ni siquiera me atiende. ¡Así estamos!

Ayer se habló mucho, entre nosotros, de un telegrama enviado aPetersburgo hace cuatro días y que no ha sido aún constestado. El general está visiblemente agitado y pensativo. Se trata, seguramente, de la abuela.

El francés también está desasosegado. Ayer, por ejemplo, tuvieron, después de la comida, una larga conversación. El francés afecta hacia nosotros un tono arrogante y despreocupado. Como dice el proverbio: "Dejad que pongan un pie en vuestra casa y pronto habrán puesto los cuatro." Con Paulina finge igualmente una indiferencia que bordea la grosería. Sin embargo, se une de buena gana a nuestros paseos familiares por el parque y a las excursiones a caballo por los alrededores.

Conozco desde hace tiempo algunas de las circunstancias quehan puesto al francés en relación con el general. En Rusia proyectabanestablecer, en sociedad, una fábrica. Ignoro si su proyecto ha fracasadoo

si hablan todavía de él.

Además, me he enterado, por casualidad, de una parte de un secreto de familia. El francés sacó efectivamente de apuros al general elaño pasado, facilitándole treinta mil rublos para completar la sumaque éste debía al Estado, cuando presentó la dimisión de su empleo.Naturalmente, el general se halla a merced suya, pero ahora, sobretodo ahora, es la señorita Blanche la que desempeña el principal papelen todo eso. Estoy seguro de no equivocarme.

¿Que quién es la señorita Blanche?

Aquí, entre nosotros, dicen que es una francesa distinguida, a laque acompaña su madre, una dama muy rica. Se sabe también que esuna prima lejana de nuestro marqués. Parece ser que antes de mi viajea París el francés y la señorita Blanche habían tenido relaciones mucho más ceremoniosas, vivían en un plan más reservado. Ahora su amistad y su parentesco se manifiestan de una manera más atrevida, más íntima. Quizá nuestros asuntos les parecen en tan mal estado que juzgan inútil hacer cumplidos y disimular. Noté anteayer que Mr. Astley hablaba con la señorita Blanche y su madre como si las conociera. Me parece también que el francés se había entrevistado con anterioridad con Mr. Astley. Por otra parte, Mr. Astley es tan tímido, tanpúdico, tan discreto, que verdaderamente se puede fiar de él. No sacará, seguramente, la ropa sucia. El francés apenas le saluda ni le mira,lo que quiere decir que no le teme.

Esto es todavía comprensible, pero ¿por qué la señorita Blanchetampoco le concede ninguna importancia? Hay que tener en cuentaque el marqués se traicionó ayer diciendo durante la conversación, nosé con motivo de qué, que Mr. Astley era colosalmente rico y que él losabía. Era, pues, la ocasión para que la señorita Blanche le mirase.

En resumen, el general es presa de la mayor inquietud. ¡Se comprende la importancia que puede tener para él en estos momentos un telegrama anunciando la muerte de la abuela!

Aunque estaba seguro de que Paulina evitaba una entrevistaconmigo, afecté un aire frío, indiferente. Pensaba que iba a hablarmede un momento a otro. Para desquitarme, ayer y hoy he concentradomi atención sobre la señorita Blanche. ¡Pobre general, está perdido!Dejarse dominar a los cincuenta y cinco años por una pasión tan ardiente... es, evidentemente, una desgracia. Añádase a eso su viudez, sus hijos, su ruina, sus deudas y, finalmente, la clase de mujer de que se ha enamorado. La señorita Blanche es elegante, pero tiene una de esas caras que infunden miedo.

No sé si comprenderán bien lo que quiero decir. Por mi partesiempre he temido a semejantes mujeres. Debe tener unos veinticincoaños. Es alta y bien formada, de hombros redondos, busto opulento,tez bronceada, cabellos negros muy abundantes, suficiente para dospeinados. Tiene los ojos negros, la esclerótica amarillenta, la miradacínica, los dientes muy blancos; los labios siempre pintados. Sus piernas y sus manos son admirables. Su voz tiene un timbre de contralto enronquecida. Se ríe algunas veces a carcajadas, enseñando todos los dientes; pero generalmente su mirada es insistente y silenciosa, al menos en presencia de Paulina y de María Philippovna.

A propósito, una noticia inesperada. María Philippovna regresa aRusia. La señorita Blanche me parece desprovista de instrucción; esuna mujer de cortos alcances. Creo que en su vida no han faltadoaventuras. Para decirlo todo, es muy posible que el marqués no seapariente suyo y su madre pudiera muy bien ser una madre fingida.Pero está comprobado que en Berlín, que fue donde los encontramos,su madre y ella tenían buenas amistades. En lo que se refiere al marqués, aunque dudo en estos momentos que tenga tal título, el hecho es que pertenece a la buena sociedad, tanto entre noso-

tros como, por ejemplo, en Moscú o en Alemania. Esto es indudable. Me pregunto lo que es en Francia. Se dice que posee un castillo.

Creía que pasarían muchas cosas durante esos quince días, pero,sin embargo, no sé aún de cierto si la señorita Blanche y el generalhan cambiado palabras decisivas.

En resumen, todo depende ahora de nuestra situación, es decir,de la mayor o menor cantidad de dinero que el general pueda ofrecerle. Si, por ejemplo, se afirmase que la abuela no había muerto, estoy seguro de que la señorita Blanche se apresuraría a desaparecer. Paramí mismo es un motivo de extrañeza y de risa el ver que me he vueltotan entrometido. ¡Cómo me repugna todo eso! ¡Con qué placer loabandonaría todo y a todos! Pero, ¿puedo alejarme de Paulina? ¿Puedodejar de realizar el espionaje en torno de ella? El espionaje es seguramente una cosa vil, pero ¿a mí qué me importa?

Ayer y hoy, Mr. Astley ha excitado igualmente mi curiosidad. Sí.¡Estoy persuadido de que está enamorado de Paulina! ¿Cuántas cosaspuede expresar a veces la mirada de un hombre púdico, de una castidad enfermiza, precisamente en el momento en que este hombre preferiría hundirse debajo de tierra a manifestar sus sentimientos con una palabra o con una mirada? Es a la vez curioso y cómico.

Mr. Astley se encuentra con nosotros a menudo en el paseo. Sedescubre y pasa muriéndose de ganas de acercarse a nosotros. Si se leinvita, se apresura a rehusar. En los lugares donde nos sentamos, en elcasino, en el concierto o delante de la fuente, no deja de pararse cercade nosotros. Allí donde estemos -en el parque, en el bosque, en elSchlangenberg- basta mirar en torno nuestro para que, indefectiblemente, en el sendero vecino o detrás de una maleza, aparezca el inevitable Mr. Astley.

Creo que busca la ocasión para hablarme en privado. Esta maña-na nos hemos encontrado y hemos cruzado dos o tres palabras. Hablacasi siempre de un modo entrecortado. Antes de darme los buenos díascomenzó por decir: - ¡Ah, la señorita Blanche! ¡He visto muchas mujeres como ésa!

Quedóse luego callado, mirándome con aire significativo. Ignorolo que intentaba expresar con eso, pues a mi pregunta "¿ Qué quiereusted decir?", se encogió de hombros con sonrisa maliciosa y añadió:

-Esto es así...

Y luego preguntó, de pronto:

- ¿Le gustan las flores a la señorita Blanche?

-No lo sé -le contesté.

- ¡Cómo! ¿Ignora usted esto? -exclamó con sorpresa.

-No, no sé nada -añadí riendo.

- ¡Hum! Esto me da que pensar.

Hizo un movimiento con la cabeza y se alejó. Parecía muy satisfecho.

Habíamos conversado en un francés bastante malo.

CAPITULO IV

Hoy ha sido un día ridículo, escandaloso, incoherente.

Son las once de la noche y me hallo en mi cuartito concentrandomis recuerdos. Comencé la mañana yendo a jugar a la ruleta porcuenta de Paulina Alexandrovna. Tomé sus ciento sesenta federicos,pero con dos condiciones: la primera, que no quería jugar a medias, yla segunda, que Paulina me explicara por qué tenía tal necesidad deganar y me indicara, concretamente, la suma que le era necesaria.

Yo no podía suponer que ella quisiese jugar únicamente por eldinero. Con seguridad lo necesita, y lo más pronto posible, para finesque ignoro. Me prometió darme esa explicación y nos despedimos.

En las salas de juego había mucha gente. Se veían rostros cínicosen cuyos ojos se pintaba la avidez. Me abrí paso hacia la mesa delcentro y me senté cerca del croupier. Mis principios fueron tímidos,no arriesgaba más que dos o tres monedas cada vez. Sin embargo, hicediversas observaciones. Me parece que en el fondo todos esos cálculossobre el juego no significan mucho y no tienen la importancia que lesatribuyen muchos jugadores. Estos se hallan allí con papeles cubiertosde cifras, anotan cuidado-samente las jugadas, cuentan, deducen lasprobabilidades. Después de haberlo calculado todo se deciden por fin ajugar... y pierden, exactamente lo mismo que aquellos que como yo,simples mortales, juegan al azar.

He hecho, sin embargo, un descubrimiento que parece cierto: enla sucesión de las probabilidades fortuitas hay no un sistema, sino algoparecido a un orden... Lo que, sin duda, es extraño.

Por ejemplo, que los doce últimos números salen después que losdoce del centro, supongamos dos veces. Luego vienen los doce primeros, a los cuales siguen de nuevo los doce del centro, que salen tres ocuatro veces alineados. Después de esto vienen los doce últimos, lomás a menudo dos veces. Luego son los doce primeros, que no se danmás que una. De este modo la suerte designa tres veces los doce delcentro, y así seguidamente durante una hora y media o dos horas. ¿Noes curioso esto?

Tal día, una tarde por ejemplo, ocurre que el negro alterna continuamente con el rojo. Esto cambia a cada instante, de forma que cada uno de los dos colores no sale más que dos o tres veces seguidas. Al día siguiente, o a la misma tarde, el rojo sale solo, jugada tras jugada, por ejemplo, hasta veintidós veces seguidas, y continúa, así, infaliblemente, durante algún tiempo. Algunas veces un día entero.

Muchas de estas observaciones me han sido comunicadas porMr. Astley, que permanece a todas horas junto al tapete verde, perosin jugar ni una sola vez. Por lo que a mí se refiere, perdí todo mi dinero en muy poco tiempo. Primero puse veinte federicos al par y gané.Los puse de nuevo y volví a ganar. Y así dos o tres veces seguidas.Salvo error, reuní en algunos minutos unos cuatrocientos federicos.

Era el momento de marcharse, pero una ansia extraña se apoderóde mí. Experimentaba una especie de deseo de desafiar a la suerte, dehacerle burla, de sacarle la lengua. Arriesgué la mayor postura permiti-da, cuatro mil florines, y perdí. Luego, poseído por la exaltación,saqué todo el dinero que me quedaba; hice la misma postura y perdídel mismo modo.

Salí de la sala como aturdido. No podía comprender lo que mepasaba y no anuncié mi pérdida a Paulina Alexandrovna hasta el momento antes de cenar. Hasta esa hora había vagado por el parque.

Durante la comida me sentí de nuevo excitado, exactamenteigual que dos días antes. El francés y la

señorita Blanche comían connosotros. Esta última se hallaba por la mañana en el casino y habíapresenciado mis proezas. Esta vez se fijó más en mí.

El francés procedió más francamente y me preguntó "si habíaperdido todo mi dinero particular". Tuve la impresión de que sospechaba de Paulina. Mentí y dije que si, el mío...

El general no salía de su asombro. ¿De dónde había sacado yoaquella suma? Le expliqué que había empezado con diez federicos yque al doblar mi postura seis o siete veces había llegado a ganar cincoo seis mil florines, y que luego en dos jugadas me quedé sin un céntimo.

Todo lo cual era verosímil. Al dar estas explicaciones miraba aPaulina, pero no pude leer nada en su rostro.

Me había dejado hablar sin interrumpirme, de lo que deduje queera necesario mentir y disimular que había jugado por ella. En todocaso, pensaba yo, me debe la explicación que me ha prometido estamañana.

Esperaba que el general hiciese algún comentario, pero guardósilencio. En cambio, tenía un aire agitado e inquieto. Quizás, en lasituación en que se hallaba, le era penoso saber que todo ese oro habíaestado en poder de un imbécil atolondrado como yo.

Presumo que hubo ayer noche una discusión borrascosa con elfrancés. Estuvieron encerrados mucho tiempo, hablando acaloradamente. Al salir, el francés parecía estar furibundo, y esta mañana, muy temprano, ha visitado de nuevo al general, sin duda para reanudar la conversación de la víspera.

Al enterarse de mis pérdidas el francés me hizo observar, conmalicia, que era preciso ser más prudente.

-Aun cuando hay numerosos jugadores entre los rusos -añadió nosé con qué intención- los rusos no me parecen capaces para el juego.

-Pues yo -repliqué- estimo que la ruleta no ha sido inventada nada más que para los rusos.

Como el francés sonreía desdeñosamente, le dije que la verdadestaba de mi parte. Al aludir a los rusos como jugadores, les censurabamás bien que alababa, y, por lo tanto, se me podía creer.

- ¿En qué funda usted su opinión? -preguntó el francés.

-En el hecho de que la facultad de adquirir constituye, a través dela historia, uno de los principales puntos del catecismo de las virtudesoccidentales. Rusia, por el contrario, se muestra incapaz de adquirircapitales, más bien los dilapida a diestro y siniestro. Sin embargo,nosotros, los rusos, tenemos también necesidad de dinero -añadí-, ypor consiguiente, recurrimos con placer a procedimientos tales comola ruleta, donde uno se puede enriquecer de pronto, en unas horas, sintomarse ningún trabajo. Esto nos encanta, y como jugamos alocadamente... perdemos casi siempre.

-Eso es verdad... en parte -aprobó el francés con aire de suficiencia.

-No; eso no es verdad, y debería sentirse avergonzado de hablarasí de nuestros compatriotas -intervino el general con tono impresionante.

-Permítame -le respondí-, se puede discutir qué es más vil: laextravagancia rusa o el procedimiento germánico de amasar fortunascon el sudor de la frente.

- ¡Qué idea tan absurda! -exclamó el general.

- ¡Qué idea tan rusa! -exclamó el francés.

Yo reía y me moría de ganas de hacerles rabiar.

-Preferiría mucho más permanecer toda mi vida en una tienda dekirguises -exclamé- que adorar al ídolo alemán.

- ¿Qué ídolo? -exclamó el general poseído por la cólera.

-La capacidad alemana de enriquecerse. Estoy aquí desde hacepoco tiempo y, sin embargo, las observaciones que he tenido tiempode hacer sublevan mi naturaleza tártara. ¡Vaya qué virtudes! Ayerrecorrí unos diez kilómetros por las cercanías. Pues bien, es exactamente lo mismo que en los libros de moral, que en esos pequeños libros alemanes ilustrados; todas las casas tienen aquí su papá, su Vater, extraordinariamente virtuoso y honrado. De una honradez tal que uno no se atreve a dirigirse a ellos. Por la noche toda la familia lee obras instructivas. En torno de la casita se oye soplar el viento sobre los olmos y los castaños. El sol poniente dora el tejado donde se posa la cigüeña, espectáculo sumamente poético y conmovedor. Recuerdo que mi difunto padre nos leía por la noche, a mi madre y a mi, libros semejantes, también bajo los tilos de nuestro jardín... Puedojuzgar con conocimiento de causa. Pues bien, aquí cada familia sehalla en la servidumbre, ciegamente sometida al Vater. Cuando elVater ha reunido cierta suma, manifiesta la intención de transmitir asu hijo mayor su oficio o sus tierras. Con esa intención se le niega ladote a una hija que se condena al celibato. El hijo menor se ve obligado a buscar un empleo o a trabajar a destajo y sus ganancias van a engrosar el capital paterno. Sí, esto se practica aquí, estoy bien informado. Todo ello no tiene otro móvil que la honradez, una honradez llevada al último extremo, y el hijo menor se imagina que es por honradez por lo que se le explota. ¿No es esto un ideal, cuando la misma víctima se regocija de ser llevado al sacrificio? ¿Y después?, me preguntaréis. El hijo mayor no es más feliz. Tiene en alguna parte una Amalchen, la elegida de su corazón, pero no puede casarse con ellapor hacerle falta una determinada suma de dinero. Ellos también esperan por no faltar a la virtud y van al sacrificio sonriendo. Las mejillas de Amalchen se ajan, la pobre muchacha se marchita. Finalmente, al cabo de veinte años, la fortuna se ha aumentado, los florines han sido honrada y virtuosamente adquiridos. Entonces el Vater bendice la unión de su hijo mayor de cuarenta años con Amalchen, joven muchacha de treinta y cinco años, con el pecho hundido y la nariz colorada...Con esta ocasión vierte lágrimas, predica la moral y exhala acaso elúltimo suspiro. El hijo mayor se convierte a su vez en un virtuoso Vatery vuelta a empezar. Dentro de cincuenta o sesenta años el nieto del primer Vater realizará ya un gran capital y lo transmitirá a su hijo;éste al suyo y después de cinco o seis generaciones, aparece, en fin, elbarón de Rothschild en persona, Hope y Compañía o sabe Diosquién... ¿No es ciertamente un espectáculo grandioso? He aquí el coronamiento de uno o dos siglos de trabajo, de perseverancia, de honradez, he aquí a dónde lleva la firmeza de carácter, la economía, la cigüeña sobre el tejado. ¿Qué más podéis pedir? Ya más alto que esto no hay nada, y esos ejemplos de virtud juzgan al mundo entero lanzando el anatema contra aquellos que no los siguen. Pues bien, prefiero más divertirme a la rusa o enriquecerme en la ruleta. No deseo ser Hope y Compañía... al cabo de cinco generaciones. Tengo necesidaddde dinero para mí mismo y no deseo vivir únicamente para ganar unafortuna. Ya sé que he exagerado mucho, pero me alegro de que ésassean mis convicciones.

-Ignoro si tendrá o no razón en lo que ha dicho -insinuó el general, pensativo-, pero el hecho es que usted es un charlatán insoportablecuando le aflojan la rienda...

Según su costumbre, no acabó la frase. Cuando nuestro general,aborda un tema que rebasa, por poco que sea, el nivel de una conversación corriente, no termina jamás sus frases.

El francés escuchaba tranquilamente, abriendo mucho los ojos.No había comprendido casi nada de lo que yo decía. Paulina afectabauna indiferencia desdeñosa. Parecía no enterarse de nuestra conversación de sobremesa.

CAPITULO V

Paulina parecía sumida en un profundo ensueño. Sin embargo,inmediatamente después de la comida me ordenó que la acompañaseal paseo. Nos llevamos a los niños y fuimos al parque, hacia al ladodel surtidor.

Como me hallaba muy excitado, pregunté tontamente, de pronto:- ¿Por qué nuestro marqués ya no la acompaña cuando usted sale? ¿Porqué pasa días enteros sin dirigirle la palabra?

-Porque es un malvado -respondióme ella en tono extraño.

No la había oído nunca tratar así a Des Grieux y guardé silencio,temiendo comprender el motivo de aquella irritación.

- ¿Se ha fijado usted en que hoy ha estado en desacuerdo con elgeneral?

-Usted quiere enterarse de qué se trata -replicó ella, de mal humor-. Usted no ignora que el general está a su merced: toda la fincaestá hipotecada, y si la abuela no se muere, el francés entrará inmediatamente en posesión de la casa.

- ¡Ah! ¿Entonces es, efectivamente, cierto que todo está hipotecado? Lo había oído decir, pero no estaba muy seguro.

- ¡Es bien cierto!

-Entonces, ¡adiós, señorita Blanche! -insinué-. En ese caso no será generala. ¿Y sabe usted una cosa? Creo que el general está enamorado, y que se saltará la tapa de los sesos si ella no le acepta por marido. A su edad es muy peligrosa una pasión de este calibre. Sí, créame; es sumamente peligrosa.

-También yo creo que le ocurrirá alguna desgracia irreparable-observó Paulina Alexandrovna, pensativa.

- ¡Perfectamente! -exclamé-. Imposible es demostrar de un modomás claro que ella no consiente en casarse más que por dinero. No sehan guardado siquiera las apariencias, se ha hecho todo sin pudor.¡Magnífico! Por lo que respecta a la abuela, nada tan grotesco ni tanvil como enviar telegrama tras telegrama y preguntar: "¿ Se ha muerto? ¿Se ha muerto ya?" ¿Qué le parece a usted, Paulina Alexandrovna?...

- ¡Murmuraciones! -interrumpió con desdén-. Lo que me extrañaes verle a usted de tan buen humor. ¿De qué se alegra? ¿Será, quizá,por haber perdido mi dinero?

- ¿Por qué me lo dio usted para que lo perdiera? Ya le dije que yono podía jugar por cuenta de otro, y con mucha más razón que usted.Yo obedezco y hago cuanto usted me ordena, pero el resultado no depende de mí. Dígame, ¿está consternada por haber perdido tanto dinero? ¿A qué lo destinaba?

- ¿Por qué me lo pregunta?

-Usted misma prometió darme una explicación... Escuche: estoypersuadido de que cuando empiece a jugar para mí (tengo doce federicos), ganaré. Tome usted entonces lo que le haga falta.

Paulina hizo un mohín de desagrado.

-No se ofenda... Espero que no se enoje conmigo -proseguí- poresa proposición. Hasta tal punto estoy convencido de ser un cero a susojos que no puede usted tener reparo en aceptar de mí hasta dinero.Un regalo mío no puede ofenderla, ni tiene importancia alguna. Además, he perdido el suyo...

Me lanzó una mirada escrutadora y al observar la irritación y elsarcasmo de mis palabras interrumpió la conversación: -Mis asuntoscarecen de interés para usted. Pero si desea saber la verdad, sepa queestoy llena de deudas. He pedido prestado ese dinero y necesito devolverlo. Tenía la loca esperanza de ganarlo en el tapete verde. ¿Por qué?Lo ignoro, pero lo creía. ¡Quién sabe! Quizá porque era la última solución y no cabía elegir otra.

-O bien porque era necesario ganar a toda costa. Es exactamentecomo el que se ahoga y se agarra a una pajita. Convenga usted en quesi no se ahogase no se agarraría a una pajita, sino a una tabla-repliqué.

-Pero -dijo asombrada Paulina-, ¿no abrigaba usted la misma esperanza? Hace quince días me habló usted de su seguridad absoluta deganar aquí a la ruleta y me rogaba que no le tuviese por un insensato.¿Era una broma suya? Nunca lo hubiera creído, pues usted me hablaba, lo recuerdo, en un tono muy serio.

-Es verdad -contesté-, y tengo todavía la convicción de que ganaré... Hasta le confieso que usted acaba de sugerirme una pregunta:¿Por qué no tengo duda alguna después de haber perdido de un modotan lamentable? Estoy seguro de ganar en cuando empiece a jugar pormi cuenta.

- ¿De dónde saca esa seguridad?

-Me vería muy apurado si tuviese que explicarlo. Sólo sé que mees preciso ganar y que ésta es mi única tabla de salvación. He aquí, sinduda, la razón de por qué estoy seguro de ganar.

- ¿Le es, pues, necesario ganar a toda costa, ya que tiene usted esaseguridad fantástica?

-Apuesto a que me juzga usted incapaz de sentir una necesidadverdadera.

-A mi eso me es indiferente -contestó Paulina-. Si espera ustedque le conteste que sí, debo decirle, en efecto, que dudo de que algoimportante pueda atormentarle, pero no seriamente. Usted es desordenado e inconstante. ¿Qué necesidad tiene de dinero? Ninguna de las razones que alega es concluyente...

-A propósito -la interrumpí-, dice usted que debe pagar una deuda. Una famosa deuda, sin duda. ¿No será el francés?

- ¿Qué significa esa pregunta? ¿Está usted ebrio?

-Usted sabe perfectamente que me permito decirlo todo y preguntar a menudo con la mayor franqueza. Le repito que soy su esclavo. Nadie se avergüenza ante los esclavos y un esclavo no puede ofender.

- ¡Todo eso son cuentos! No puedo sufrir esa teoría de la "esclavitud".

-Tenga en cuenta que si hablo de mi esclavitud no es porque desee ser su esclavo. Deseo sólo hacer constar un hecho independiente de mi voluntad.

-Hable francamente. ¿Qué necesidad tiene usted de dinero?

- ¿Por qué quiere usted saberlo?

-Haga lo que quiera... no lo diga -repuso ella con un altivo movimiento de cabeza.

-Usted no admite la teoría de la esclavitud, pero la practica."¡ Conteste sin discutir!" Sea.

¿Por qué necesito dinero?, me pregunta usted. ¡Qué pregunta!¡Porque el dinero lo es todo!

-Bien; mas al desearlo no es preciso caer en tal locura. Porqueusted llega también hasta el frenesí, hasta el fatalismo. Hay ahí otracosa, un objetivo especial. Hable ya sin rodeos. ¡Se lo exijo!

La cólera parecía dominarla y el ardor que ponía en sus preguntas me encantaba.

-Perfectamente, hay un motivo -respondí-, pero no puedo explicarle cuál. Se trata, sencillamente, del hecho de que, con dinero, meconvertiré en otro hombre y no seré ya un esclavo para usted.

- ¿Cómo es eso? ¿Qué espera usted ser para mí?

- ¡Valiente pregunta! ¿Ni siquiera puede usted comprender el quepueda usted llegar a mirarme de otro modo que como a un esclavo?¡Pues bien! ¡Ya estoy harto de sus desdenes, de su incomprensión!

-Usted decía que esta esclavitud le causaba delicia... Yo tambiénasí me lo figuraba.

- ¡Usted también se lo figuraba! -exclamé con una volubilidadextraña-. ¡Extraordinaria candidez la suya! Pues bien, lo confieso, sersu esclavo me produce placer. Hay un deleite en el último grado de lahumillación y del rebajamiento -continué de un modo delirante-.Quien sabe, quizá se experimenta bajo el knut, cuando sus correas seabaten y desgarran la espalda... Pero yo deseo tal vez gozar otros placeres. Hace un momento, en la mesa, el general me ha sermoneadodelante de usted porque me paga setecientos rublos al año, que quizánunca logre cobrar. El marqués Des Grieux, con las cejas fruncidas,me contemplaba y al mismo tiempo fingía no verme. Y yo, por miparte, es muy probable que arda en deseos de agarrar a ese marquéspor la nariz, en presencia de usted.

- ¡Tonterías! En cualquier situación uno debe mantenerse condignidad. Si es preciso luchar, lejos de rebajar, la lucha ennoblece.

-Habla usted perfectamente. Y presume que yo no sé sostener midignidad. Es decir, que siendo digno, no sé mantener esta dignidad.¿Cree usted que puede ser así? Sí; todos los rusos somos así. Voy aexplicárselo: su naturaleza, demasiado ricamente dotada les impideencontrar rápidamente una forma adecuada. En estas cuestiones lomás importante es la forma. La mayoría de los rusos estamos tan ricamente dotados que nos es preciso el genio para descubrir una formaconveniente. Ahora bien, frecuentemente estamos faltos de genio, quees cosa rara en general. Entre los franceses y en algunos otros europeos la forma está tan bien fijada que se puede aliar a la peor bajezauna dignidad extraordinaria. He aquí por qué la forma tiene entreellos tanta importancia. Un francés podrá soportar sin alterarse unagrave ofensa moral, pero no tolerará en ningún caso un papirotazo enla nariz, pues esto constituye una infracción a los prejuicios tradicionales en materia de conveniencias sociales. Si los franceses gustantanto a nuestras muchachas, es precisamente porque tienen unos modales tan señoriales. O más bien no. A mi juicio, la forma, la corrección, no desempeña aquí ningún papel, se trata simplemente del

coq gaulois . Por otra parte, no puedo comprender esas cosas... porque nosoy una mujer. Quizá los gallos tienen algo bueno... Pero, en resumen,estoy divagando y usted no me interrumpe. No tema interrumpirmecuando le hablo, pues quiero decirlo todo, todo, todo, y olvido los modales. Confieso, desde luego, que estoy desprovisto no sólo de formasino también de méritos. Sepa que no me preocu-pan esas cosas. Estoyahora como paralizado Usted sabe la causa. No tengo ni una ideadentro de la cabeza. Desde hace mucho tiempo ignoro lo que pasa,tanto aquí como en Rusia. He atravesado Dresde sin fijarme en esaciudad. Usted ya adivina lo que me preocupaba. Como no tengo esperanza alguna y soy un cero a sus ojos, hablo francamente. Usted está,sin embargo, presente en mi espíritu. ¿Qué me importa lo demás?¿Por qué y cómo yo la amo? Lo ignoro. Tal vez no sea usted hermosa.¡Figúrese que no sé si es usted hermosa, ni siquiera de cara! Tieneusted, seguramente, mal corazón y sus sentimientos es muy posibleque no sean muy nobles.

-Usted espera, tal vez, comprarme a fuerza de oro -dijo-, porqueusted no cree en la nobleza de mis sentimientos.

- ¿Cuándo he pensado yo en comprarla con dinero? -exclamé.

-Con tanto hablar ha perdido usted el hilo del discurso. Intentacomprar mi cariño, ya que no a mí misma.

-No, no; usted no tiene nada que ver. Ya le dije a usted que mecuesta trabajo explicarme. Usted me aturde. No se enoje a causa de miconversación. Usted comprende por qué no puede enfadarse conmigo.Estoy sencillamente loco. Por otra parte, su cólera me importaría muypoco. Me basta sola-mente imaginar, en mi pequeña habitación, elfru- fru de su vestido, y ya estoy dispuesto a morderme los puños. ¿Porqué se enfada usted conmigo? ¿Por el hecho de llamarme esclavo suyo? ¡Aprovéchese de mi esclavitud, aprovéchese! ¿No sabe usted queun día u otro la he de matar? No por celos o porque haya dejado deamarla, sino porque sí, la mataré sencillamente, porque tengo algunasveces deseos de devorarla. Usted se ríe...

-No me río lo más mínimo -dijo-. Y le ordeno que se calle inmediatamente.

Se detuvo, sofocada por la cólera. Palabra, ignoro si es bonita,pero me gusta contemplarla cuando se detiene así ante mí, y por esodeseo muchas veces verla enfadada. Posiblemente ella lo había notadoy se encolerizaba adrede. Asi se lo dije.

- ¡Puah, qué ignominia! -exclamó con repugnancia.

-Poco me importa -continué-. Sepa, además, que es peligroso quepaseemos juntos. He experimenta-do muchas veces deseos de pegarla,de desfigurarla, de estrangularla. ¿Cree usted que no me atrevería? Mehace usted perder la razón. ¿Imagina que temo el escándalo? ¿El enojode usted? ¡Qué me importan a mí el escándalo y su enojo! La amo sinesperanza y sé que luego la amaría mucho más. Si la mato, tendré quematarme yo también. Pues bien, me mataré lo más tarde posible, a finde sentir lejos de usted ese dolor intolerable. ¿Quiere saber una cosaincreíble? La amo cada día más, lo que es casi imposible. ¿Y despuésde esto quiere que no sea fatalista? Recuerde lo que le dije anteayer, enSchlangenberg, cuando me retó: "Diga una sola palabra y me arrojo alabismo." Si hubiese dicho esa palabra, me hubie-ra precipitado en él.¿Puede usted dudar de ello?

- ¡Qué estúpida charla! -exclamó.

-Estúpida o no, nada me importa. En su presencia tengo necesidad de hablar, de hablar sin tregua... y

habló. En su presencia pierdototodo amor propio y me da todo igual.

- ¿Por qué iba yo a obligarle a precipitarse de lo alto del Schlangenberg? -interrumpió ella en tono singularmente hiriente-. ¿Qué utilidad sacaría yo con eso?

- ¡Magnífico! -exclamé-. Usted ha pronunciado, intencionadamente, la palabra "inútil" a fin de aplastarme. Leo en su alma. ¿Es inútil, dice usted? El placer es siempre útil y un poder despótico, sin límites -aunque ejercido sobre una mosca-, es también una especie de placer. El hombre es déspota por naturaleza. Le gusta hacer sufrir. A usted le gusta eso enormemente.

Recuerdo que me examinaba con reconcentrada atención. Mi fisonomía debía reflejar todas mis sensaciones incoherentes y absurdas. Nuestra conversación se desarrolló casi según acabo de referirla. Mis ojos estaban inyectados en sangre. Tenía la boca seca y espuma en los labios. Y en lo que se refiere al Schlangenberg, lo juro, aun ahora, que si ella me hubiese ordenado arrojarme de cabeza, lo habría hecho inmediatamente y aunque lo hubiese dicho únicamente por broma, con desprecio, escupiéndome además, me hubiera lanzado también.

- ¿Por qué no he de creerle? -preguntó con aquel tono de desprecio, el tono de que ella solamente es capaz. Y este tono es tan sarcástico, tan arrogante, que, en aquel momento, con gusto la hubiéra matado. Corría un gran riesgo y yo no mentía al decírselo.

- ¿No es usted cobarde? -preguntóme bruscamente.

-No lo sé. Todo es posible. Hace mucho tiempo que no he pensado en eso.

-Si yo le dijera: "Mate usted a ese hombre", ¿lo mataría?

- ¿A quién?

-A quien yo le dijera.

- ¿Al francés?

-No me interrogue. Conteste. Al que yo designaría. Quiero sabersi usted me hablaba formalmente hace un momento.

Esperaba mi respuesta con una seriedad y una impaciencia queme parecieron extrañas.

- ¿Me dirá usted de una vez lo que pasa -exclamé-. ¿Tiene ustedmiedo de mí, acaso? Veo perfectamente el lío que reina aquí. Usted esla cuñada de un hombre arruinado, de un chiflado consumido por lapasión hacia ese demonio de Blanche. Luego hay ese francés y sumisteriosa influencia sobre usted. ¡Y ahora me hace una proposicióntremenda! Que sepa al menos de qué se trata. Si no, voy a perder larazón y cometer una barbaridad. Pero ¿puede usted sentir vergüenzade mí?

-No se trata de eso. Le he hecho una pregunta y espero.

-Perfectamente -exclamé-; a quienquiera que me señale, le mataré... Pero ¿acaso podría usted ordenarme eso?

- ¿Cree usted que he de tener lástima? Ordenaré y permaneceré almargen. ¿Lo soportaría usted?

¡Pero no, no es usted un hombre bastante fuerte para eso! Usted mataría sin duda por orden mía, pero luego vendría a matarme a mí, por haberme atrevido a mandarle.

Al oír estas palabras sentí una conmoción. Creí que su proposición era una broma, un reto. Pero había hablado con demasiada seriedad.

Está estupefacto de que se hubiese expresado así, de que conservase sobre mí un imperio semejante, hasta el extremo de decirme claramente: "Corre a tu pérdida, mientras yo permaneceré aquí muy tranquila." Había en sus palabras un cinismo y una franqueza a mi parecer excesivos. ¿Pero cómo se comportaría después conmigo? Esto rebasaba los límites del envilecimiento y de la esclavitud. Y por absurda e increíble que fuese toda nuestra conversación, mi corazón se estremecía.

De pronto se echó a reír. Estábamos a la sazón sentados en unbanco, delante de los niños que jugaban frente al lugar en que los coches se detenían y dejaban al público en la avenida que precede al casino.

- ¿Ve usted a esa señora gorda? -exclamó Paulina-. Es la baronesaWurmenheim. Se halla aquí desde hace tres días. Mire usted a su marido; ese prusiano alto y seco con un bastón en la mano. ¿Recuerda cómo nos miraba anteayer? Vaya inmediatamente a su encuentro, aborde a la baronesa, quítese el sombrero y dígale algo en francés.

- ¿Por qué?

-Juraba usted hace un instante que se arrojaría de cabeza desde elSchlangenberg, se declaraba dispuesto a matar a una orden mía. Enlugar de esos asesinatos y de esas tragedias quiero únicamente reírme.Obedézcame sin discutir. Quiero ver cómo le apalea el barón.

- ¿Me reta usted? ¿Cree que no soy capaz de hacerlo?

-Sí, le reto. Vaya, ¡lo quiero!

-Sea, voy, aunque se trate de un capricho salvaje. Con tal queesto no sea perjudicial para el general y para usted. Palabra, no meinquieto por mí sino por usted y por el general. ¡Qué idea la de ir, porpuro capricho, a ofender a una señora!

-Usted no es más que un charlatán, por lo que veo -dijo con desprecio-. Los ojos de usted estaban inyectados en sangre hace un momento... Esto quizá fuera, sencillamente, el resultado de sus liberaciones durante la comida... Sí, es una cosa absurda y vulgar y el general se enfadará. Lo comprendo perfectamente, créalo, pero tengo ganas de reír. Lo quiero, y esto debe bastarle. ¿Por qué habla de ofender a una señora? Antes le apalearían a usted muy pronto.

Me puse en pie y me dirigí en silencio a ejecutar su capricho.Evidentemente era una cosa absurda y no había sabido zafarme. Sinembargo, al acercarme a la baronesa, me sentí estimulado por unaespecie de sentimiento de pilluelo. Además, estaba terriblemente excitado, como borracho.

CAPITULO VI

Han transcurrido dos días desde aquella estúpida jornada.¡Cuántos gritos, cuánto ruido, cuánta agitación! Y yo soy la únicacausa de este desorden, de todo ese revuelo ridículo. Sin embargo, aveces resulta divertido... Para mí al menos. No puedo darme cuenta delo que ocurre: si es que atravieso realmente por una crisis de agitacióno si, simplemente, estoy descarrilado y desorientado en espera de queme aten. Algunas veces me parece que pierdo la razón, a veces también que apenas he salido de la infancia y de la escuela y que hago travesuras, como los niños.

¡De todo eso tiene la culpa Paulina! Sin ella, tal vez no hubiesehecho tales chiquilladas. Quién sabe, tal vez sea la desesperación de loque me ha empujado -por absurdo que parezca este razonamiento.

No puedo comprender, no comprendo lo que es esa mujer. Esbonita, sí, es bonita según parece. Hace perder la cabeza también a losdemás. Es alta y esbelta, muy delgada. Tengo la impresión de que sepodría hacer con ella un paquetito o doblarla. Sus pies son largos yestrechos, obsesionantes. Positivamente obsesionantes. Tiene los cabellos de un tono rojizo y ojos de gata. ¡Pero qué orgullo, qué arrogancia en su mirada! Hace cuatro meses, poco después de mi llegada, tuvo una noche, en el salón, con Des Grieux, una conversación larga y animada. Y le miraba de un modo... que luego, una vez en mi cuarto, me hube de imaginar que ella le había abofeteado... Desde aquella noche la amo.

Pero volvamos a los hechos.

Tomé un sendero que se dirige hacia la avenida, me detuve enmitad del camino y esperé a la baronesa y al barón. A cinco pasos dedistancia me quité el sombrero y saludé.

La baronesa llevaba, lo recuerdo, un vestido de seda gris de unaanchura desmesurada, con volantes, crinolina y cola. Es de baja estatura y de una corpulencia extraordinaria, con una barbilla monumental que le oculta el cuello. La cara, abotargada, ojos malignos ydescarados, pero su aspecto en conjunto es bondadoso.

El barón es seco, alto. Tiene, como es corriente entre alemanes,el rostro señalado con una cicatriz y surcado de pequeñas arrugas. Usalentes. Aparenta cuarenta y cinco años de edad. Las piernas pareceque le arrancan casi del pecho; signo de raza. Es vanidoso como unpavo real. Un tanto contrahecho. Ese ser pesado tiene en sus faccionesuna expresión de borrego, lo que, según él, es indicio de superioridad.

Todo esto fue observado por mí en pocos segundos.

Mi saludo y mi sombrero en la mano llamaron apenas su atención. El barón frunció ligeramente las cejas. La baronesa me miró de frente.

-" Madame la baronne" -dije claramente marcando las sílabas-" j'ai l'honneur d'étre votre esclave".

E inmediatamente saludé, me puse de nuevo el sombrero y pasejunto al barón, sonriéndole burlonamente.

Que me quitara el sombrero fue por orden de Paulina, pero memostré insolente por voluntad propia y Dios sabe lo que me impulsabaa ello. Tenía la sensación de una caída.

-"¡ Hein!" -gritó, o más bien gruñó el barón volviéndose hacia mícon aire sorprendido y enojado.

Me detuve en una espera respetuosa continuando mirándole y sindejar de sonreírme. Su perplejidad era visible, fruncía las cejas hastael "nec plus ultra". Su rostro se ensombrecía cada vez más. La baronesa se volvió también y me contempló con perplejidad rencorosa. Lostranseúntes nos observaban. Algunos incluso se habían parado a ver.

-"¡ Hein!" -gruñó de nuevo el barón con cólera redoblada.

-" Ja woh!" (Perfectamente) -articulé, mientras continuaba mirándole fijamente a los ojos.

-"¿ Sind sie rassend?" (¿ Está usted loco?) -gritó blandiendo subastón como si empezase a tener miedo. Quizá mi indumentaria ledesconcertaba. Yo iba vestido correctamente, incluso con elegancia,como hombre de mundo.

-"¡ Ja wo- h- ohl!" -grité, repentinamente, con todas mis fuerzas,prolongando la o, a la manera de los berlineses, que emplean a cadainstante ese latiguillo en su conversación y prolongan más o menos lavocal o, para expresar diversos matices.

Espantados, el barón y la baronesa dieron rápidamente mediavuelta y se dieron casi a la huida. Entre el público algunas personasbromeaban, otros me miraban sin comprender. Por otra parte, misrecuerdos son vagos.

Me volví y me dirigí con mi paso habitual hacia Paulina Alexandrovna. Pero antes de llegar a un centenar de pasos de su banco vicómo se alejaba con los niños en dirección al hotel.

La alcancé a la entrada.

-Ya he realizado esa imbecilidad -le dije cuando estuve a su lado.

-Bueno, pues ahora, ¡arrégleselas usted! -replicó sin mirarme siquiera. Y subió la escalinata.

Pasé toda la tarde fuera. A través del parque, luego por el bosque, llegué incluso hasta otra comarca. En una posada comí una tortilla y bebí cerveza. Este refrigerio me costó un taler y medio.

Hasta las once de la noche no regresé al hotel.

El general me mandó llamar inmediatamente. Nuestras gentesocupaban en el hotel dos departamentos, dos cuatro habitaciones entotal.

La primera, muy espaciosa, es un salón con un piano de cola. Allado, otro cuarto grande, el gabinete del general. Allí me esperaba, depie, en el centro, en una actitud la mar de majestuosa. Des Grieuxestaba tumbado en el sofá.

-Señor, permítame que le pregunte: ¿Qué ha hecho usted?-comenzó diciendo el general.

-Preferiría, mi general, verle abordar directamente la cuestión -ledije-. Usted quiere hablar, sin duda, de mi encuentro de hoy con unalemán.

- ¿Con un alemán? ¡Ese alemán... es el barón Wurmenheim, y esun importante personaje! Se ha portado usted groseramente con él y labaronesa.

-De ninguna manera.

- ¡Usted les ha asustado, señor! -gritó el general.

-Nada hay de eso. Desde Berlín tenía las orejas atiborradas deese "¡ ja woh!" constantemente repetido de un modo tan antipático. Alencontrarles en la avenida aquel "¡ ja woh!" no sé por qué me vino a lamemoria y tuvo el don de crisparme los nervios. Además, la baronesa,a quien he encontrado ya tres veces, tiene la costumbre de andar directamente hacia mí como si yo fuera un gusano al que se quiereaplastar con el pie convenga conmigo en que yo puedo tener tambiénmi amor propio. Me descubrí, diciendo rnuy cortésmente -le aseguro austed que cortésmente- : "Madame, j'ai l'honneur d'étre votre esclave."Cuando el barón se volvió, diciendo "¡ Hein!", me sentí incitado a gritar inmediatamente: "ja wohl". Lancé dos veces esta exclamación, laprimera con mi voz ordinaria y la segunda con toda la fuerza de mispulmones. Eso es todo.

Estaba, lo confieso, encantado con esta explicación completamente digna de un chiquillo. Sentía un extraño deseo de abultar esaestúpida historia del modo más absurdo posible. Además esto megustaba mucho.

-Usted se burla de mí, ¿no es cierto? -gritó e general.

Se volvió hacia Des Grieux y le explicó, en francés, que decididamente yo buscaba un altercado. Des Grieux se encogió de hombros.

- ¡Oh, no crea eso, no hay nada de eso! -grité a mi vez al general-. Lo que hice no estuvo bien, lo confieso con toda franqueza. Sepuede calificar de chiquillada estúpida e indecorosa, pero.... eso estodo. Y sepa, mi general, que me arrepiento de veras. Pero aquí mediauna circunstancia que, a mis ojos, me dispensa casi del arrepentimiento. En estos últimos tiempos, desde hace dos o tres semanas, mesiento enfermo. Estoy nervioso, irritable, abúlico, y me ocurre quepierdo muchas veces el dominio de mí mismo. Verdaderamente muchas veces tengo gran deseo de dirigirme al marqués Des Grieux y de... Por otra parte, juzgo inútil terminar; tal vez se ofendería. En resumen, son síntomas de enfermedad. Ignoro si la baronesa de Wurmenheim tendrá en cuenta este hecho cuando le presente mis excusas -pues tengo intención de hacerlo-. Creo que no, tanto más cuanto que, según tengo entendido, se está ya abusando de esta circunstancia en el mundo jurídico; en los procesos criminales los abogados han justificado frecuentemente a sus clientes alegando su inconsciencia en el momento del crimen, que constituye, según ellos, como una enfermedad."Ha matado y no se acuerda ya de nada." Y figúrese usted, general,que la Medicina les da la razón... Afirma, en efecto, que existe unademencia temporal durante la cual el individuo pierde, si no completamente, al menos casi completamente la memoria. Pero el barón y labaronesa son gentes de la vieja generación, y además, junkers prusianos. Ignoran, por consiguiente, este progreso de la Medicina legal. Y,por lo tanto, no admitirán mis explicaciones. ¿Qué opina usted, general?

- ¡Basta, señor! -gritó bruscamente el general, con indignacióncontenida-. ¡Basta! Voy a intentar, de una vez y para siempre, librarme de sus chiquilladas. No tendrá usted necesidad de excusarse ante elbarón y la baronesa. Toda relación con usted, aunque no se tratasemás que de una simple demanda de perdón, les parecería demasiadohumillante. El barón se ha enterado de que usted formaba parte de micasa, se h explicado conmigo, en el casino, y se lo confieso ha faltadopoco para que me pidiese una satisfacción. ¿Comprende, señor, a loque me ha expuesto? He tenido que presentar excusas al barón y dadomi palabra de que, hoy mismo, dejaría usted de formar parte de micasa.

-Permítame, permítame, general. ¿Es realmente él quien ha exigido que no siga formando parte de "su casa" como usted dice?

-No, pero yo mismo he juzgado necesario darle esta satisfaccióny, naturalmente, el barón se ha dado por satisfecho. Vamos a separarnos, señor mío. Va a recibir de mí, en moneda del país, cuatro federicos y tres florines. He aquí el dinero y he aquí el recibo. Puede contarlo. Adiós. Ahora somos extraños el uno para el otro. No he recibido de usted más que molestias. Voy a llamar al camarero y le diré que a partir de mañana no respondo de sus gastos en el hotel. Tengo el honor de renunciar a su servicio.

Tomé el dinero, lo conté, saludé al general y le dije, muy seriamente: -General, este asunto no puede quedar así. Lamento mucho que usted haya sufrido molestias por parte del barón, pero, excúseme, la culpa es toda suya. ¿Cómo ha podido usted encargarse de responder al barón en mi lugar y en mi nombre? ¿Qué significa esa expresión de que yo pertenezco a su casa? Soy, sencillamente, un preceptor en su casa y nada más. No soy su hijo ni estoy bajo su tutela, y usted no puede responder de mis actos. Puedo obrar con plena capacidad legal. Tengo veinticinco años, soy gentilhombre, licenciado y completamente ajeno a usted. Sólo el profundo respeto hacia sus méritos me retiene para preguntarle con qué razón se ha arrogado el derecho de preguntarle en mí nombre ante ese alemán...

El general, desconcertado, alzó los brazos al cielo, y volviéndosehacia el francés, le indicó en pocas palabras que yo acababa casi deprovocarle a un duelo. Este se echó a reír.

-No estoy dispuesto a considerar como arreglado el asunto delbarón -continué, con sangre fría imperturbable, sin hacer caso de larisa de Des Grieux-. Y como al consentir en oir las reclamaciones delbarón y atenderlas, usted ha participado, por decirlo así, en todo esteasunto, tengo el honor, general, de informarle que mañana por la mañana exigiré al barón, en mi nombre, una explicación formal. Le preguntaré por qué motivo, tratándose de un asunto mío, se ha dirigido, prescindiendo de mí, a una tercera persona... como si yo no pudiese o no fuese digno de responder de mis actos.

Lo que yo presentía ocurrió. Al anuncio de esta nueva extravagancia el general se asustó de veras.

- ¡Qué! ¿Quiere usted insistir en su maldita actitud? -exclamó-.¡En qué situación me coloca usted, Dios mío! ¡Guárdese bien, señor,guárdese bien! Si no, se lo juro... Aquí hay autoridades y... yo... Enfin, mi grado... Y el barón igualmente... En una palabra, le detendrány será expulsado por la policía, para evitar un escándalo. ¿Lo ha comprendido, no es verdad? -y aunque la cólera lo poseía, sentía, a pesar de todo, un miedo horrible.

-General -le contesté, con una flema que debió parecerle insoportable-. No se puede detener a nadie por escándalo antes de que lo haya dado. No he tenido todavia ninguna explicación con el barón y usted ignora completamente de qué manera intento liquidar el asunto. Deseo solamente dilucidar la suposición, ofensiva para mí, de que me hallo bajo tutela, que una persona tenga autoridad sobre mi libre albedrío. No tiene usted razón para alarmarse ni preocuparse de ese modo.

- ¡Por el amor de Dios, por el amor de Dios, Alexei Ivanovitch,abandone ese proyecto insensato! -murmuró el general, que pasó deltono rencoroso al tono suplicante e incluso me cogió las manos-.Veamos, piense usted en las consecuencias. ¡Una nueva complicación!Considere que debo comportarme aquí de un modo especial, sobretodo en este momento... ¡Oh, usted no conoce, no conoce todas lascircunstancias en que me encuentro...! Cuando nos vayamos de aquí,estoy dispuesto a tomarle de nuevo a mi servicio. No le despido másque momentáneamente. ¡En una palabra, comprenda usted los motivos que me obligan a obrar así! -clamaba desconsolado-. ¡Veamos, Alexei Ivanovitch...!

Al dirigirme a la puerta, todavía le rogué que no se inquietase; leprometí que todo se arreglaría decorosamente y me apresuré a salir.

A veces, en el extranjero, los rusos son timoratos en exceso. Obsesionados por las conveniencias, temen enormemente el qué dirán yla manera cómo serán mirados. En una palabra, se diría que llevancorsé, sobre todo los que pretenden darse importancia. Adoptan, desdeun principio, una actitud determinada, que siguen servilmente en loshoteles, las excursiones, las reuniones...

Pero el general había hecho, además, alusión a ciertas circunstancias que le obligaban a "comportarse de un modo particular". Poresta razón le había entrado miedo de pronto y había cambiado de tonopara conmigo. Registré cuidadosamente este hecho. Podía muy bien,por pura estupidez, dirigirse al día siguiente a las autoridades, por locual yo debía ser prudente.

Por otra parte, era a Paulina y no al general a quien deseaba disgustar. Me había tratado tan cruelmente y empujado por un caminotan absurdo que deseaba ahora obligarla a suplicarme que no hiciesenada. Mi insensato comportamiento podía terminar por comprometerla también a ella. Además, sensaciones, veleidades nuevas surgíanen mí. Si, por ejemplo, me aniquilaba voluntariamente ante Paulina,esto no significaba en modo alguno que fuese un cobarde, y seguramente no era tan fácil al barón eso de "apalearme". Tenía ganas deburlarme de todos ellos, pero quedando en buen lugar. Ya veríamos.Sin duda ella temería el escándalo y me llamaría. Y aun cuando no mellame, verá, sin embargo, que no soy cobarde.

(Una noticia sorprendente: En este momento acabo de saber porla niñera, a quien he encontrado en la escalera, que María Philippovna ha salido hoy para Carlsbad, en el tren de la tarde, a casa de suprima. ¿Qué significa esto? Si hay que creer a la niñera, hace muchotiempo que estaba preparando este viaje. Pero, ¿cómo se explica quenadie lo supiera? Quizá yo era el único que lo ignoraba. La niñera meha revelado que anteayer María Philippovna tuvo un violento altercado con el general. Lo comprendo; seguramente a causa de la señoritaBlanche. Sí, estamos en vísperas de acontecimientos decisivos.)

CAPITULO VII

Por la mañana llamé al camarero y le indiqué que debía hacer micuenta aparte. El precio de mi habitación no era tan caro como paraasustarse y obligarme a salir del hotel. Tenía dieciséis federicos, yluego... allí... ¡en el casino, tal vez me esperase la riqueza! Cosa extraña, todavía no había ganado, y ya obraba, sentía y pensaba como sifuese rico y no podía imaginarme a mí mismo de otro modo.

Había decidido, no obstante lo temprano de la hora, ir a ver inmediatamente a Mr. Astley al Hotel de Inglaterra, cercano al nuestro,cuando de pronto apareció Des Grieux. Era algo que aún no habíaocurrido nunca, pues aparte de todo, con aquel caballero, en los últimos tiempos, nos habíamos mantenido en las más distantes y fríasrelaciones. Lejos de disimular el desdén que sentía por mí, procurabamanifestarlo, y yo... yo tenía mis razones particulares para que no mefuese simpático. Su llegada me sorprendió mucho. Comprendí inmediatamente que algo me inquietaba.

Se mostró muy amable y dijo que le agradaba mi habitación. Alverme con el sombrero en la mano me preguntó si me disponía a salirde paseo tan temprano. Al oír que iba a ver a Mr. Astley para ciertoasunto, en su rostro se reflejó honda preocupación.

Des Grieux era, como todos los franceses, jovial y amable porinterés y por necesidad e insoportablemente fastidioso cuando la necesidad de aparecer jovial había dejado de existir.

Raramente amable por naturaleza, el francés lo es siempre porencargo o por cálculo. Si, por ejemplo, ve la necesidad de mostrarsefantástico, original, sus fantasías más absurdas y más barrocas revisten formas convencidas de antemano y desde hace mucho tiempo intrascendentes. La naturaleza del francés es producto del "positivismo" más burgués, más meticuloso, más rutinario... En una palabra, son las criaturas más aburridas que puede imaginarse. Según mi opinión, los franceses no pueden interesar más que a las jovencitas y sobre todo a las muchachas rusas que se desviven por ellos. Cualquier persona de mediano juicio descubre inmediatamente esa frívola mezcla de amabilidad de salón, de desenvoltura y jovialidad.

Me pregunté a qué se debería su visita.

-Vengo a verle para un asunto -comenzó, con aire desenfadadoaunque cortés-. No oculto que el general me envía en calidad de mensajero o más bien de mediador. Conozco muy poco al ruso, así es que no comprendí casi nada de la conversación de ayer, pero el general me ha explicado ciertos detalles, y confieso que...

- ¡Cómo, señor Des Grieux! -le interrumpí-. ¡Usted también desempeña en este asunto el papel de mediador! Yo no soy, ciertamente,más que un "uchitel" y jamás he pretendido el honor de ser amigo dela casa o tener relaciones particularmente estrechas con esa familia.Hay también circunstancias que ignoro... Dígame, sin embargo: ¿forma usted tal vez parte de la familia? Porque, realmente, toma usteduna parte tan activa en todo lo que a ella concierne, que es el árbitroen todos los asuntos...

Mi pregunta no fue de su agrado. Era demasiado clara e intencionada y no quería enredarse en discusiones.

-Estoy unido al general en parte por negocios, en parte por"ciertas circunstancias particulares" -dijo secamente-. El general meha enviado a rogar a usted que renuncie a sus intenciones de ayer.Todo lo que usted ha imaginado es, ciertamente, muy espiritual, perome ha encargado le advierta que no conseguirá usted nada. Por lopronto, el barón no le recibirá. No olvide que tiene medios de evitarnuevas

molestias de usted. Convénzase usted mismo. ¿Para qué insistir? El general se compromete formalmente a tomarle a su servicio,cuando las circunstancias lo permitan, y le garantiza hasta esa época"sus honorarios". Lo cual es bastante ventajoso para usted. ¿No le parece?

Le objeté en tono muy tranquilo que se equivocaba, que el barónno me echaría con malos modos, sino que, por el contrario, era muyposible que me escuchase.

-Vamos -añadí-, confiese que usted ha venido para enterarse delo que voy a hacer.

- ¡Dios mío!, puesto que el general se interesa tanto por esa historia, naturalmente, le gustaría mucho saber que ha cambiado usted deintención. ¡Es tan natural!

Empecé a darle explicaciones y exponerle mis planes, y él me escuchaba, arrellanado en un sillón, la cabeza ligeramente inclinadahacia mí, con un poco de ironía no disimulada. En suma, afectabaaires de superioridad. Me esforcé en simular que consideraba eseasunto con la mayor seriedad. Añadí que al quejarse de mí al general,como si fuera su criado, el barón me había hecho perder mi colocación, y, en segundo lugar, me había tratado como a un individuo incapaz de responder de sus actos por sí mismo, como si fuese un ser despreciable.

Sin embargo, apreciando la diferencia de edades, la situación social, etc. -me costó trabajo contener la risa al llegar a este punto-, noquería realizar una nueva ligereza, es decir, pedir satisfacciones albarón ni aun siquiera dárselas. No obstante, me juzgaba plenamenteautorizado para presentarle mis excusas, sobre todo a la baronesa,tanto más cuando que, efectivamente, en los últimos tiempos me encontraba mal, deprimido de espíritu, lleno de ideas absurdas, etc.

El propio barón, al dirigirse la víspera al general, de un modovejatorio para mí, y al insistir en que me despidiese, me había puestoen una situación tal que me era imposible presentarle mis excusas, asícomo a la baronesa, pues los dos y todo el mundo pensaría seguramente que había ido a excusarme para recobrar mi empleo.

De todo lo cual resultaba que me veía obligado a rogar al barónque me diese primero explicaciones, en los términos más moderados,por ejemplo, declarando que no había tenido en modo alguno intención de ofenderme.

-Cuando el barón haya hecho esto, yo le presentaré a mi vez excusas, libremente, con sinceridad y franqueza. En una palabra-concluí- pido tan sólo que el barón me deje en libertad de obrar.

- ¡Hum, y qué susceptibilidad y cuántas sutilezas! ¿Para qué presentar tantas excusas? Vamos, convenga, señor... señor... señor... queusted hace todo esto a propósito para exasperar al general... Pero quizá persigue usted un fin particular... "mon cher monsieur... pardon,j'ai oublié votre nom; monsieur Alexis, n'est ce pas?".

Pero, permítame usted "mon cher marquis", ¿qué le va ni le viene en el asunto?

-" Mais le général..."

- ¿Qué tiene que ver el general? Ayer dio a entender que debíamantenerse en cierta forma... y se alarmaba de tal modo... que yo, adecir la verdad, no comprendí nada.

-Hay una circunstancia particular -replicó Des Grieux con un tono de ruego que me llenaba cada vez

más de despecho-. ¿Usted conoce a la señorita de Cominges?

- ¿Quiere usted decir la señorita Blanche?

-Sí, la señorita "Blanche de Cominges... et madame sa mere...",convenga usted mismo que el general... En una palabra, que el generalestá enamorado... y tal vez el matrimonio tendrá lugar aquí. Y figúrese usted, con todo este escándalo y todos esos chismes.

-No veo aquí escándalos ni chismes relacionados con esa boda.

-"¡ Oh! le baron est si irascible... Un caractére prussien, vous savez... en fin, il fera une querelle d'allemand."

-Pues entonces será a mí y no a usted, porque yo no pertenezcoya a la casa... (Hacía toda clase de esfuerzos para parecer lo más estúpido posible.) Pero permítame usted, ¿está, pues, decidido que la señorita Blanche se casará con el general? ¿A qué esperan? Quiero decir...¿por qué ocultarlo, al menos a nosotros, los de la casa?

-No le puedo... Por otra parte no es todavía cosa hecha... Sin embargo... Sepa usted, que se esperan noticias de Rusia; el general necesita arreglar sus asuntos...

- ¡Ah, ah, la "babulinka"!...

-En una palabra -interrumpió-, espero de su reconocida amabilidad, de su talento, de su tacto... Usted hará, sin duda, eso por esta familia que le ha tratado como a un pariente, que le ha mimado, considerado...

-Permítame... ¡Me han despedido! Usted afirma ahora que essólo pura apariencia... Sin embargo, si a uno le dicen: "No tengo intención de tirarte de las orejas, pero permíteme que te dé un tirón paramantener las apariencias"... convenga usted en que casi es la misma cosa.

-Si así es, si usted se muestra sordo a todo ruego -añadió conarrogancia-, permítame le participe que se adoptarán algunas medidas. Hay aquí autoridades, usted será expulsado hoy mismo. "¡ Quediable! Un brancbec comme vous" quiere provocar a un duelo a todoun personaje como el barón. ¿Cree usted que le van a dejar tranquilo?¡Sepa que nadie tiene miedo de usted aquí! Si le he dirigido un ruegoha sido más bien por mi propio impulso, pues usted había inquietadoal general. ¿Y se imagina usted que el barón no le hará expulsar tranquilamente por un criado?

-Pero yo no iré personalmente a buscarle -contesté con gran flema-. Usted se equivoca, señor Des Grieux. Todo eso pasará con elmayor decoro de lo que usted imagina. Iré ahora mismo a ver a Mr.Astley para rogarle que me sirva de mediador, de segundo, si usted loprefiere. Es muy amigo mío y seguramente no se negará. Irá a casa delbarón y el barón tendrá que recibirle; aunque yo sea un "uchitel", ytenga aspecto de "Subalterno", de individuo sin apoyo. Mr. Astley,nadie lo ignora, es sobrino de un lord auténtico, lord Pabroke, el cualse encuentra aquí. Esté seguro de que el barón se mostrará muy cortéscon Mr. Astley y que le escuchará. Y si no le escuchara, Mr. Astley seconsiderará ofendido (ya sabe usted lo suspicaces que son los ingleses), y enviará al barón uno de sus amigos, pues él tiene muy buenosamigos. Las cosas, como usted ve, pueden tomar un aspecto distintodel que usted creía.

El francés, sin duda, se asustó. En efecto, todo aquello era muyverosímil y resultaba que yo era realmente capaz de provocar un escándalo.

- ¡Se lo ruego -dijo en tono suplicante-, deje usted eso! Se diríaque usted está satisfecho de provocar un conflicto. ¡No es una satisfacción lo que usted desea, es un escándalo! Ya le he dicho que todo estosería divertido y quizás hasta espiritual, pero -terminó diciendo al verque me levantaba y cogía el sombrero- he venido para entregar estaslíneas de parte de cierta persona... Lea, me encargaron que aguardasela respuesta.

Al decir eso sacó del bolsillo una carta lacrada.

Aquellas líneas estaban escritas por Paulina. Leí:

"Me parece que intenta usted explotar la situación: usted estáenfadado y hace tonterías. Pero median ciertas circunstancias especiales que le explicaré luego. ¡Por favor, no haga nada y permanezcatranquilo! ¡Qué absurdo es todo esto! Usted me es necesario y ha prometido obedecerme. Recuerde el Schlangenberg. Le ruego sea dócil y,si es preciso, se lo ordeno.

Suya,
P."

"P. S. -Si me guarda rencor a causa de lo que pasó ayer, perdóneme."

Sentí una especie de deslumbramiento. Mis labios palidecieron yempecé a temblar. El maldito francés afectaba una discreción extremay apartaba su vista, como para no notar mi turbación. Habría preferidoque se hubiera reído de mí.

-Está bien -respondíle-. Diga a la señorita Blanche que se tranquilice. Permítame, sin embargo, preguntarle -añadí bruscamente- por qué ha tardado usted tanto en entregarme esta carta. En lugar de discutir cosas insustanciales, creo que usted debía haber empezado por ahí... si es que ha venido realmente para cumplir ese encargo.

- ¡Oh! Yo quería... Todo esto es tan extraño que le ruego me excuse por mi natural impaciencia... Tenía prisa por saber, por ustedmismo, sus intenciones. Por otra parte, ignoraba el contenido de lacarta, y pensé que podía entregársela en cualquier momento.

-Comprendo. A usted le mandaron que no entregara la carta másque en el último extremo, en caso de que usted no hubiese podidoarreglar las cosas de palabra. ¿No es así? ¡Hable francamente, DesGrieux!

-" Peut- être" -asintió, afectando una extremada reserva y lanzándome una mirada significativa.

Cogí mi sombrero; me saludó con una inclinación de cabeza y sefue. Me pareció ver en sus labios una sonrisa burlona. ¿Podía ser deotro modo?

"No hemos saldado todavía nuestras cuentas, franchute, no pierdes nada con esperar", murmuré cuando llegué al final de la escalera.Todavía me encontraba en la imposibilidad de ordenar mis ideas.

El aire libre me despejó un poco. Algunos instantes después,cuando hube recobrado mi lucidez, dos ideas se me aparecieron claramente.

Primera: Fútiles motivos, golpes en el aire, amenazas de muchacho, han suscitado una alarma "general". Segunda: ¿Qué influenciaejerce este francés sobre Paulina? A una sola palabra suya hace todo loque él

quiere, ha escrito una carta e incluso me ha dirigido un "ruego". Cierto que desde el principio sus relaciones me han parecidosiempre un enigma. Pero, no obstante, en estos últimos tiempos notéen ella una aversión pronunciada y casi desprecio hacia él, y él por suparte lo ignora y se muestra poco cortés. Me he fijado ya en todo eso.Paulina misma me habla de su aversión. Se le han escapado palabrassignificativas... El la domina, la tiene esclavizada...

CAPITULO VIII

En el paseo, como aquí lo llaman, es decir, en la avenida de castaños, encontré al inglés.

- ¡Oh, oh! -exclamó al verme-. Yo iba a su casa y usted a la mía.¿Ha dejado ya a los suyos?

-Dígame, ante todo, ¿cómo es posible que esté usted al corriente?-le pregunté asombrado-. ¿Todo el mundo se ocupa, pues, de eso?

- ¡Oh, oh, no todos! Por otra parte, tampoco vale la pena que sesepa. Nadie habla ya de ello.

-Entonces, ¿por quién lo sabe usted?

-Lo sé, es decir, tuve ocasión de enterarme casualmente. ¿Pero adónde irá usted al marcharse de aquí? Le tengo afecto, y por eso iba abuscarle.

-Es usted un hombre excelente, Mr. Astley -le dije (yo estaba estupefacto: ¿quién se lo habría dicho?)-. Como no he tomado todavíacafé y usted seguramente lo habrá tomado de prisa, vamos al casino.Mientras fumamos un cigarro le contaré el asunto y usted me explicará también...

El café se hallaba a cien pasos. Nos sentamos a una mesa, nossirvieron, encendí un cigarrillo. Mr. Astley no imitó mi ejemplo. Conlos ojos fijos en mí se disponía a escucharme.

-Yo no me voy a ningún lado; me quedaré aquí -empecé.

Al dirigirme a casa de Mr. Astley, estaba firmemente decidido ano hablar para nada de mi amor había tenido ocasión de dirigirle lapalabra. Además, él, por su parte, era muy tímido. Yo había notado,desde el principio, que Paulina le producía una impresión extraordinaria, a pesar de que jamás pronunciaba su nombre. Pero, cosa extraña:cuando se hubo sentado y me miró con mirada bondadosa, experimenté de pronto, Dios sabe por qué, deseos de contárselo todo, es decir, mi amor con todos sus sinsabores. Hablé durante media hora yesto me producía un placer muy grande. ¡Era la primera vez que medesahogaba! Habiendo notado su turbación al oírme decir ciertas frases apasionadas, aumentaba deliberadamente el ardor de mi relato. Deuna sola cosa me arrepiento: quizás hablé demasiado respecto al francés.

Mr. Astley escuchaba, sentado frente a mí, inmóvil y silencioso,sus ojos fijos en los míos. Mas cuando me referí al francés, interrumpió de pronto y me preguntó gravemente si tenía derecho a mencionaraquella circunstancia secundaria. Mr. Astley formulaba siempre de unmodo extraño sus preguntas.

-Tiene usted razón; temo que no -le contesté.

-Usted no puede decir nada de particular sobre ese marqués y sobre miss Paulina, aparte de simples suposiciones.

Volví a admirarme de una afirmación tan rotunda en labios deun hombre tan tímido como Mr. Astley.

-No, en efecto -le respondi.

-Si es así, hace usted mal, no sólo en hablar de ello conmigo, sino hasta pensarlo.

- ¡Bien! ¡Bien! Lo reconozco. Pero no se trata de eso, al menospor ahora -interrumpí, interiormente sorprendido.

Le conté entonces la escena de la víspera con todos sus detalles,la actitud de Paulina, mi aventura con el barón, mi despido, la pusilanimidad extraordinaria del general. Luego le expuse detalladamente lavisita matinal de Des Grieux, con todos sus pormenores. Y, para terminar, le enseñé la carta.

- ¿Qué deduce usted de todo esto? -le pregunté-. Iba precisamentea verle para conocer su opinión. Por lo que a mí se refiere, me sientocapaz de matar a ese francés, y es posible que lo haga.

-También yo -dijo Mr. Astley-. En lo que concierne a miss Paulina... usted sabe perfectamente que entablamos relaciones hasta congentes que detestamos, cuando la necesidad nos obliga a ello. Puedeque en este caso existan relaciones que dependan de circunstanciasaccesorias que usted ignora. Yo creo que puede usted medio tranquilizarse... En cuanto a la conducta de Paulina, ayer fue realmente extraña... Admito que haya querido desembarazarse de usted, entregándole a los bastonazos del barón (y no comprendo cómo no se sirviera de él teniéndolo a mano)... Semejante modo de obrar es verda-deramente sorprendente en una persona tan... tan distinguida. Naturalmente, noiba ella a imaginar que usted cumpliera a rajatabla su deseo...

- ¿Sabe usted -exclamé de pronto, mirando fijamente a Mr.Astley- que tengo la impresión de que ya se había enterado usted detodo eso antes, y sabe usted por quién?... ¡Por la propia miss Paulina!

Mr. Asfley me miró asombrado.

-Sus ojos brillan y leo en ellos la sospecha -dijo, tranquilizándoseinmediatamente-, pero usted no tiene derecho alguno para sospechartal cosa. No puedo reconocerle este derecho y me niego formalmente acontestar a su pregunta.

- ¡Sea! ¡Basta! ¡No es necesario que responda! -exclamé, extrañamente emocionado, y, sin saber por qué, pensaba: ¿cómo y cuándoPaulina ha podido elegir a Mr. Astley como confidente? En estos últimos tiempos, pasaba largos días sin ver a Mr. Astley. Paulina hasido siempre para mí un enigma... y en el momento en que me disponía a contar la historia de mi amor a Mr. Astley, quedé estupefactoal ver que no podía decir nada preciso y positivo acerca de mis relaciones con ella. Por el contrario, todo me parecía fantástico, extraño,inverosímil.

-Está bien, está bien; estoy desconcertado y hay muchas cosas delas que aún no puedo darme cuenta -continué, casi sin aliento-. Porotra parte, es usted un excelente hombre. Ahora se trata de otro asunto, en el que le pido no su consejo, sino su opinión.

Después de una pausa, dije: - ¿Qué opina usted? ¿Por qué el general ha tenido tanto miedo, por qué han exagerado tanto todos el alcance de mi chiquillada? Pues la han abultado tanto que Des Grieux enpersona ha juzgado necesario intervenir -no interviene más que en loscasos graves-, me ha hecho una visita - ¡Des Grieux a mí!-. Me harogado, suplicado - ¡él!-. En fin, fíjese usted en esto: ha venido a lasnueve de la mañana, y la carta de miss Paulina estaba ya en su poder.¿Cuándo la escribió? ¡Quizás han despertado a miss Paulina por eso!Además, aparte el hecho de que miss Paulina es su esclava -es, al menos lo que deduzco, pues llega incluso a pedirme perdón-, aparte eso,¿qué tiene ella que ver, personalmente, en el asunto? ¿Por qué se interesa hasta ese punto? ¿Por qué han tenido miedo de un barón cualquiera? ¿Qué importa que el general se case o no con la señorita Blanche? Dicen que deben comportarse de un modo especial a causa de esta circunstancia... ¡Pero convenga conmigo en que esto es demasiado raro! ¿Qué opina usted? Leo en sus ojos que usted sabe más detodo esto que yo.

Mr. Astley sonrió y asintió.

-En efecto, creo estar mejor informado que usted acerca de eso-dijo-. Todo el asunto atañe únicamente a la señorita Blanche, y puedoasegurarle que digo la verdad.

- ¿Entonces, la señorita Blanche? -exclamé con impaciencia.

Había sentido, de pronto, la esperanza de saber algo acerca de laseñorita Blanche.

-Yo creo que la señorita Blanche tiene, ahora, un interés particular en evitar cualquier encuentro desagradable y, lo que es peor...escandaloso.

- ¡Eh, eh!

-Hace dos años la señorita Blanche estaba aquí, en Ruletenburg,en plena temporada. Yo me hallaba aquí también. En aquel tiempo, laseñorita Blanche no se llamaba señorita de Cominges, ni tampoco laacompañaba entonces su madre de ahora, la señora viuda de Cominges. Al menos no se hablaba jamás de ella. Des Grieux tampoco estaba aquí. Estoy persuadido de que no son parientes, que no se hanconocido hasta hace poco. Des Gricux es un marqués de nuevo cuño,se le ha concedido el título en fecha reciente; cierta circunstancia mepermite afirmarlo. Incluso lo ha adoptado también recientemente. Conozco aquí a alguien que le ha conocido usando otro nombre.

-Pero él, positivamente, cuenta con muy buenas relaciones.

-Es posible. La señorita Blanche misma puede también tenerlas.Pero hace dos años, por denuncia de esa misma baronesa, la señoritaBlanche fue invitada por la policía a abandonar la ciudad, y tuvo quehacerlo.

- ¿Cómo fue eso?

-Se había presentado aquí, en compañía de un italiano, un príncipe que llevaba el histórico apellido de Barberini, o algo por el estilo,un personaje cargado de sortijas y diamantes auténticos. Llevaba unespléndido tren de vida. La señorita Blanche jugaba al treinta y cuarenta. Comenzó ganando, pero luego la suerte le volvió la espalda.Recuerdo que una noche perdió una cantidad muy importante. Paracolmo de desgracias, una mañana su príncipe desapareció no se sabecómo. Ella debía una aterradora cuenta en el hotel. La señorita Zelmade Barberini -se había metamorfoseado en Zelma- se entregó a la mássombría desesperación. Gritaba y sollozaba por todo el hotel, y en sufuria desgarraba sus vestidos. Pero vivía en el hotel un conde polaco-todos los polacos que viajan... son condes-, y la señorita Zelma, desgarrando sus vestidos y arañando su rostro con sus bellas uñitas sonrosadas, le produjo cierta impresión. Entablaron conversación y durante la comida ya se había ella consolado. Por la noche, él apareció en el casino dándole el brazo. La señorita Blanche sonreía, según su costumbre, y sus modales eran más desenvueltos. Se agregó en seguida a esta categoría de fervientes a la ruleta que, al acercarse al tapete verde, empujan con el hombro a un jugador para procurarse sitio. Es la especialidad de esas damas. Ya lo habrá usted notado, sin duda.

- ¡Oh, sí!

-No vale la pena tampoco fijarse en ello... Con el consiguientedisgusto del público correcto se las tolera aquí. Por lo menos a las quecambian todos los días en la mesa billetes de mil francos. Por otraparte, en cuanto dejan de cambiar billetes, se les ruega que se retiren.La señorita Zelma continuó

cambiando, pero fue todavía más desgraciada. Advierte usted que esas señoras tienen a menudo suerte. Poseenun sorprendente dominio de sí mismas. En fin, mi historia terminaaquí. Un día el conde desapareció, igual que el príncipe. La señoritaZelma fue a jugar sola por la noche. Aquella vez no hubo quien leofreciera el brazo. En dos días quedó completamente arruinada. Después de arriesgar y perder su último luis de oro, miró en torno y vio albarón de Wurmenheim, que la examinaba con una atención indignada. Pero la señorita Zelma no reparó en esa indignación y, dirigiéndose al barón, con una sonrisa profesional, le rogó apostase por ella diezluises al rojo. Poco después, y debido a una denuncia de la baronesa,fue invitada a no dejarse ver más por el casino. ¿Le extraña tal vezque yo conozca todos esos escandalosos detalles? Los sé por Mr. Fider,mi pariente, que condujo a Spa, aquella noche misma, en su coche, ala señorita Zelma. Ahora comprenda usted: la señorita Blanche quiereser generala, sin duda para no volver a caer en semejantes desgracias.Ahora no juega ya, tiene un capital que presta a los jugadores mediante usura. Es mucho más práctico. Sospecho que el desgraciado general es uno de sus deudores. Des Grieux quizá también, a menos que vayan a medias. Comprenderá usted que hasta después de haberse casado no desee llamar la atención del barón ni de la baronesa. En su situación, nada tiene que ganar con un escándalo. Usted está relacionado con su casa y sus actos pueden provocar escándalo, con mayormotivo porque ella se exhibe cada día en público del brazo del generalo con miss Paulina. ¿Comprende usted ahora?

- ¡No, no comprendo! -exclamé dando un tremendo puñetazo enla mesa, que hizo acudir al mozo, asustado-. Dígame, Mr. Astley-añadí con exaltación-, si usted conocía toda esta historia y sabíaquién era esa señorita Blanche, ¿por qué no me advirtió de ello, o almismo general, en último caso, y, sobre todo, a miss Paulina, la cualha aparecido en público en el casino, dando el brazo a mademoiselleBlanche? ¿Es eso admisible?

No tenía para qué prevenirle, pues usted no hubiera podido hacernada -replicó, flemáticamente, Mr. Astley-. ¿Prevenirle de qué? Elgeneral sabe, tal vez, mucho más que yo sobre la señorita Blanche ysin embargo se pasea con ella y con miss Paulina. El general... es unpobre hombre. Vi ayer a la señorita Blanche que galopaba en un hermoso caballo al lado de Des Grieux y ese principillo ruso. El generallos seguía sobre un alazán. Por la mañana se había lamentado de quele dolían las piernas, y no obstante, a caballo, sabía mantenerse bien.En aquel momento tuve la idea de que era hombre irremisiblementeperdido. En fin, eso no me afecta, y hace muy poco tiempo que conozco a la señorita Paulina. Por otra parte -terminó bruscamente Mr.Astley-, ya le dije a usted que no puedo admitir su derecho a hacermeciertas preguntas, a pesar del afecto que por usted siento.

-Basta -dije, levantándome-. Ahora veo que la señorita Paulinase halla también enterada de lo que se refiere a la señorita Blanche,pero no pudiendo romper con su francés consiente en pasearse con esapersona. Esto me parece tan claro como la luz del día. Esté seguro deque ninguna otra influencia ha podido obligarla a acompañar a la señorita Blanche y a suplicarme por carta que no haga nada respecto albarón. ¡Y sin embargo, es ella quien me lanzó contra el barón! ¡Procure comprender este enredo!

-Usted olvida: primero, que la referida señorita de Cominges esla novia del general, y segundo, que miss Paulina tiene un hermanitoy una hermanita, hijos de su suegro el general, abandonados completamente por ese insensato y, a lo que parece, arruinados.

-Sí, sí. ¡Eso es! Marcharse equivaldría a abandonar a los niños,mientras que, permaneciendo aquí ella, defiende sus intereses y conseguirá salvar tal vez algunos restos de su fortuna. ¡Todo eso es verdad! Sin embargo... ¡Oh, ahora comprendo por qué todos aquí se interesan tanto por la "babulinka"!

- ¿Por quién?

-Por esa vieja bruja de Moscú.... por la abuela, que no se decide amorir, a pesar de que se espera el telegrama anunciando su muerte.

-Sí, naturalmente, todo el interés se halla concentrado en ella...Todo depende de la herencia.

Si la hereda, el general se casará. Miss Paulina tendrá tambiénlas manos libres y Des Grieux...

- ¿Qué?

-Pues que Des Grieux cobrará. Esto es lo único que aquí aguarda.

- ¿Usted cree?

-No sé nada más -se concretó a decir Mr. Astley.

-Pues yo sí sé algo más -repliqué, molesto-. Espera también laherencia, porque Paulina recibirá una dote y, una vez en su poder, selanzará a sus brazos. ¡Todas las mujeres son iguales! Y las más orgullosas se convierten en las más sumisas, en las más esclavas. ¡Paulinasólo es capaz de amar apasionadamente, y nada más! Esta es la opinión que tengo formada de ella. Obsérvela, principalmente cuandoestá sentada, aparte, pensativa; parece predestinada, condenada bajo elpeso de una maldición. Está a merced de todas las tempestades de lavida y de las pasiones; ella... ella... ¿Pero quién me llama? -excláméde pronto-, ¿quién grita? He oído gritar en ruso: "Alexei Ivanovitch."Una voz de mujer... ¡Escuche usted! ¿No lo oye?

En aquel momento nos acercábamos al hotel. Habíamos salidodel café hacía ya un rato.

-He oído, sí, una voz de mujer que llamaba en ruso, pero ignoroa quién se dirigía. Aguarde; veo ahora de dónde salen los gritos-indicó Mr. Astley-, es esa mujer que está sentada en ese gran sillón ya la que unos criados acaban de transportar a la terraza. Ah, tras ellallevan maletas, lo cual prueba que acaba de llegar.

-Pero, ¿por qué me llama a mí? Vea cómo grita de nuevo. Mire,nos hace señas con las manos.

-Ya veo que nos hace señas -dijo Mr. Astley.

- ¡Alexei Ivanovitch, Alexei Ivanovitch! ¡Dios mío, qué torpe!-gritaba una voz chillona en la terraza del hotel.

Corrimos hacia la entrada. Llegué a la terraza y... los brazos mecayeron a lo largo del cuerpo a causa de la sorpresa. Mis pies quedaron como clavados en el suelo.

CAPITULO IX

Habían llevado su sillón hasta el rellano del amplio vestíbulo y sehallaba rodeada de sus criados, de la obsequiosa servidumbre del hotel, y en presencia del "oberkellner" que había acudido a recibir aquella visitante de alta categoría llegada allí con tal aparato y ruido, tannumerosos sirvientes propios y tanto equipaje... ¡la abuela!

Sí, era ella misma, la imponente y rica Antonina Vassilievna Tarassevitchev, gran propietaria y gran dama moscovita; la "babulinka",a la que se habían mandado tantos telegramas, moribunda de setenta ycinco años que no se decidía a morir y que de pronto nos llegaba encarne y hueso, como caída del cielo. Allí estaba, conducida en su sillón, como siempre, desde hacía cinco años, con su gesto avispado,irascible, satisfecha de sí misma, erguida en su asiento, dando gritosimperiosos, regañando a todo el mundo... En una palabra, exactamente la misma Antonina Vassilievna que yo había tenido el honor dever dos veces, desde que entré de preceptor en casa del general. Eranatural que me quedase ante ella fulminado de estupor. Sus ojos delince me habían visto a la distancia de cien pasos; me había reconocido y llamado por mi nombre y apellido, pues estaba dotada de unamemoria prodigiosa.

"He aquí, pues, a la que esperaban ver muerta y enterrada y después de haberles dejado una herencia -pensé en seguida-; pero es ellaquien nos enterrará a todos y a toda la gente del hotel ¡Dios mío! Pueses capaz de revolver el hotel de arriba abajo."

-Bueno, amigo mío, ¿por qué me miras con los ojos tan abiertos?-me apostrofaba a gritos la abuela-. ¿No sabes saludar y dar los buenosdías? ¿Es el orgullo lo que te detiene? ¿No me has reconocido? Mira,Potapytch -y se dirigía a un viejecito vestido de frac y corbata blanca,con una calva rosada, su mayordomo, que la acompañaba en el viaje-.Mira. ¡No me conoce! ¡Ya me han enterrado! Recibíamos telegramas:"¿ Se ha muerto o no?" ¡Sí, sí, lo sé todo! Pues bien, ya lo ves; aúnestoy vivita.

-Por favor, Antonina Vassilievna, ¿por qué tengo yo que desearlaningún mal? -repliqué alegremente cuando me hube serenado-. Me hasorprendido y es muy natural... ¡Su llegada es tan inesperada!...

- ¿Qué hay en ello de extraño? Me he sentado en un vagón y,¡adelante, marchen! Se va muy bien, no hay sacudidas, a fe mía.¿Vienes de paseo?

-Sí, he dado una pequeña vuelta hasta el casino. Está aquí cerca.

-Se está muy bien aquí -dijo la abuela girando la vista en tornosuyo-. Hace calor y los árboles son frondosos. ¡Esto me gusta! Pero ¿ynuestra gente? ¿Y el general?

- ¡Oh, sí! A esta hora todos están en sus habitaciones.

- ¡Ah! ¿También aquí tienen sus horas reglamentadas y andanhaciendo ceremonias? ¡Se dan tono! Tienen coche, según me han dicho. Los señores rusos. ¿No es eso? Después de haberse comido sufortuna, huyen al extranjero. ¿Y Praskovia, está con ellos?

-Sí, Paulina Alexandrovna debe de estar con ellos.

- ¿Y el francés también? Bueno, ya los veré a todos. Alexei Ivanovitch, llévame en seguida a las habitaciones del general. ¿Te encuentras bien aquí?

-Regular, Antonina Vassilievna.

La abuela volvióse hacia sus mayordomos.

-Y tú, Potapytch, dile a ese papanatas de mozo que nos dé unahabitación cómoda, agradable, en el primer piso, y haz que trasladenmi equipaje. Pero, ¿por qué quieren llevarme todos? ¿Por qué estainsistencia? ¡Qué serviles!... ¿Quién es ése que está contigo? -me preguntó de nuevo.

-Es Mr. Astley -respondí.

- ¿Y quién es Mr. Astley?

-Un viajero, uno de mis buenos amigos. Conoce también al general.

- ¡Un inglés! Por eso me contempla fijamente sin despegar los labios. Me gustan los ingleses. Que me lleven a las habitaciones de nuestra familia. ¿Dónde se hospedan?

Transportaron a la abuela. Yo marchaba a la cabeza por la amplia escalera del hotel. Nuestro grupo causaba sensación. Las personasque encontrábamos a nuestro paso se detenían y abrían mucho losojos. Nuestro hotel pasa por ser el mejor, el más caro y el más aristrocrático de Ruletenburg. En la escalera y en los corredores encuéntranse siempre grandes damas y graves ingleses. Muchos interrogabanabajo al "oberkellner", que, por su parte, estaba muy impresionado.Contestaba naturalmente que se trataba de una extranjera muy principal, "una rusa, una condesa, una gran señora", y que ocuparía las mismas habitaciones que habían sido reservadas una semana antes a la gran duquesa de N.

Lo que más llamaba la atención era el aspecto majestuoso y autoritario de la gran dama que conducían en un sillón. Al encontrarsecon alguna persona desconocida ya estaba midiéndola de arriba abajocon curiosos ojos y me hacía preguntas en voz alta acerca de ella.

La abuela era de recia complexión, aun viéndola sentada se adivinaba que era de elevada estatura. Se mantenía derecha como una tabla en su asiento, sin apoyarse en el respaldo, y llevaba erguida su cabeza gris; los rasgos de su rostro eran muy pronunciados. Tenía un aire de arrogancia y de desafío, si bien su mirada y sus gestos eran completamente naturales.

No obstante sus setenta y cinco años tenía la cara fresca y losdientes bastante bien conservados. Llevaba un vestido de seda negra yuna cofia blanca.

- ¡Qué anciana más interesante! -murmuró Mr. Astley, que meacompañaba.

"Se halla al corriente del asunto de los telegramas -pensaba yo-;conoce también a Des Grieux, pero no a la señorita Blanche." Inmediatamente revelé este pensamiento a Mr. Astley.

¡Debilidades del corazón humano! Tan pronto me repuse de misorpresa, me hallé encantado del golpe que en aquel momento íbamosa dar al general. Me sentía agresivo y marchaba a la cabeza de la comitiva con alegría.

Nuestras gentes se alojaban en el segundo piso. Sin prevenir, nisiquiera llamar, abrí las puertas de par en par y la abuela hizo unaentrada triunfal.

Como si lo hubieran hecho adrede, todos se hallaban reunidos enel gabinete del general. Era mediodía y proyectaban, según parece,una excursión, unos en coche y otros a caballo, y, además, tenían invitados a algunos amigos.

Además del general, y Paulina con los niños y su niñera, se hallaban presentes: Des Grieux, la señorita Blanche vestida de amazona;su madre, la señora viuda de Cominges; el principillo y un sabio alemán, doctor viajero y explorador al que había ya visto anteriormente.

El sillón de la abuela fue colocado en el centro de la habitación,a tres pasos del general.

¡Dios mío, jamás olvidaré aquella escena!

Al entrar nosotros estaba el general contando no sé qué cosa yDes Grieux rectificaba. Hay que observar que desde hace dos o tresdías Des Grieux y la señorita Blanche manifiestan, en las mismas barbas del general, una gran admiración hacia el pequeño príncipe. Lareunión, al menos en apariencia, daba la impresión de la alegría másfranca, más íntima.

Al ver a la abuela el general, de pronto, quedóse estupefacto,abrió la boca y no llegó a pronunciar una frase. La contemplaba conlas pupilas dilatadas... como fascinado por la mirada de un basilisco.La abuela le examinaba también, inmóvil, con aire de triunfo, provocativo y burlón. Se observaron así durante unos diez segundos, en medio de un profundo silencio. Des Grieux se sintió primeramenteaniquilado, pero pronto su rostro reflejó una inquietud extrema. Laseñorita Blanche, con las cejas levantadas, la boca abierta, mirabaestúpidamente a la abuela. La mirada de Paulina expresaba asombro yduda extraordinarios; de pronto se puso pálida como la cera y al cabode un instante la sangre afluyó a su rostro coloreándole las mejillas.¡Sí, aquélla era verdaderamente una catástrofe para todo el mundo!

Paseé mi mirada por todos los presentes.

Mr. Astley se mantenía apartado, tranquilo y digno, como decostumbre.

- ¡Bueno, ya estoy aquí, en vez de un telegrama! -exclamó, finalmente, la abuela, rompiendo el silencio-. ¿No me esperabais?

-Antonina Vassilievna... querida tía... ¡qué sorpresa! ¿Cómo hasvenido?... -murmuró el infortunado general.

Si la abuela hubiese tardado en hablar unos cuantos segundosmás, el general hubiese sufrido un ataque.

- ¿Que cómo he venido? ¡Pues que tomé asiento en un vagón yadelante, marchen! ¿Para qué sirve el ferrocarril? Pero todos pensaban: la vieja ha estirado la pata y ¡vamos a heredar! Sé que has telegrafiado muchas veces y me imagino lo que ha debido costarte eso.Creo que aquí es muy caro. Pero yo, ni corta ni perezosa... aquí metienes... ¿Es éste el famoso francés? ¿El señor Des Grieux, no se llamaasí?

-" Oui, madame" -asintió Des Grieux-, "et croyez, je suis enchanté ... Votre santé... c'est un miracle... Vous voir ici ... une surprisecharmante..."

-Sí, sí "charmante"... Te conozco, farsante, y no te creo ni así...-y le mostró su dedo meñique-. ¿Quién es? -preguntó luego, señalandoa la señorita Blanche. La francesa, vestida de amazona y con la fustaen la mano, le producía una impresión que no podía ocultar-. ¿Viveaquí? ¡Hum!

-Es la señorita Blanche de Cominges, y ésta es su madre, la señora de Cominges. Se hospedan en nuestro hotel -expliqué.

- ¿Está casada la hija? -preguntó, sin ambages, la abuela.

-La señorita de Cominges es soltera -contesté lo más respetuosamente posible y con toda intención en voz baja.

- ¿Es alegre?

No quise entender la pregunta.

- ¿Resulta distraído hablar con ella? ¿Comprende el ruso? EnMoscú, Des Grieux lo chapurreaba bastante mal.

Le expliqué que la señorita de Cominges no había estado nuncaen Rusia.

-" Bonjour" -dijo la abuela, encarándose bruscamente con la señorita Blanche.

-" Bonjour, madame".

Y la señorita Blanche hizo una ceremoniosa reverencia, marcando bajo el velo de una extremada cortesía su estupefacción ante unosmodales tan extraños.

- ¡Oh, baja los ojos, se hace la tímida!... Se conoce al pájaro porsu manera de volar. Debe ser una comedianta... Me alojo en este hotel,justamente en el primer piso -continuó, dirigiéndose al general-. Seremos vecinos. ¿No te alegras?

- ¡Oh, tiíta! Crea en mis sinceros sentimientos... de satisfacción-replicó el general.

Este se había tranquilizado ya hasta cierto punto, y como, cuandollegaba la ocasión sabía hablar con facilidad pasmosa, se puso en seguida a perorar afectadamente.

-Estábamos tan alarmados... tan consternados por las malas noticias que temíamos acerca de su salud... Recibíamos telegramas tan inquietantes... Y de pronto.

- ¡Cuéntaselo a otro! -interrumpió la abuela.

-Pero, ¿cómo? -contestó inmediatamente el general, alzando lavoz y haciéndose el desentendido-. ¿Cómo se ha podido decidir a hacer semejante viaje? A su edad... con su mal estado de salud... Todoesto es tan imprevisto que nuestra sorpresa es comprensible. Pero estoy tan contento... y procuraremos todos -aquí una encantadora sonrisa-, por todos los medios, hacer su estancia aquí lo más agradable posible. Ya lo verá usted.

-Basta de cumplidos. Charlas, según tu costumbre. Ya sabré vivira mi manera. De todos modos, no te guardo rencor, he olvidado lasofensas. ¿Cómo he podido decidirme a venir?, me preguntas. ¿Quéhay en ello de sorprendente? Es la cosa más sencilla. ¿Y por qué seextrañan todos...? Buenos días, Praskovia. ¿Qué haces aquí?

-Buenos días, abuela -dijo Paulina, acercándose-. ¿Fue muy largoel viaje?

-He aquí, al menos, una pregunta sensata. Los demás se limitan aexclamar: ¡Oh! y ¡Ah! Bueno, escucha. Pasaba el tiempo en la cama,el tratamiento se eternizaba, envié a paseo a los médicos e hice

veniral bedel de San Nicolás, el cual había curado de la misma enfermedada una mujer con harina de heno. Bueno; pues este remedio me diobuen resultado. Al cabo de tres días sudaba abundantemente y me levanté. Luego, mis médicos alemanes se reunieron de nuevo, se pusieron las gafas y deliberaron: "La estancia en un balneario contratamiento apropiado haría desaparecer la obstrucción." ¿Por quéno?, pensé. Los Duorzaivguine lanzaron suspiros: "¡ Qué idea irte tanlejos!" ¿Qué os parece eso? En veinti-cuatro horas, mis preparativos deviaje estaban hechos y el viernes de la semana pasada tomé a mi camarera, luego Potapytch, luego a Fiodor, mi criado, del que me separéen Berlín, pues me era inútil y hubiera podido ya viajar sola. Tomé undepartamento reservado. Hay factores en todas las estaciones que, porveinte kopeks, os llevan a donde queréis... ¡Qué habitación! -terminódiciendo, mientras miraba en torno-. ¿De dónde sacas el dinero, amigo mío? Porque toda tu hacienda está hipotecada. ¡Sólo a este franchute le debes una buena suma! ¡Lo sé todo, todo!

-Tía... -comenzó diciendo, confuso, el general-. Creo no tener yanecesidad de tutela. Además, mis gastos no rebasan mis recursos, yaquí...

- ¿No los rebasan? ¡Vamos! ¡Seguramente has desvalijado a losniños, tú, su tutor!

-Después de eso, después de esas palabras, -replicó el general,indignado- ya no sé...

- ¡No sabes! Dime, ¿no has dejado la ruleta? Estás exhausto,¿verdad?

El general estaba tan consternado que, bajo el peso de la emoción, apenas podía hablar.

- ¡La ruleta! ¡Yo! En mi situación... ¿Yo? Tranquilícese, tía, usted debe estar todavía enferma...

- ¡Cállate! ¡No haces más que mentir...! Pero hoy mismo he dever yo qué es eso de la ruleta... Vea-mos, Praskovia, cuéntame, dime loque hay que ver aquí. Alexei me lo enseñará, y tú, Potapytch, tomanota de los lugares adonde se puede ir. ¿Qué se puede visitar aquí?-preguntó de nuevo a Paulina.

-Cerca de aquí están las ruinas de un castillo y, además, elSch1angenberg.

- ¿Qué es el Schlangenberg? ¿Un bosque?

-No; no es un bosque; es una montaña; hay allí una "punta".

- ¿Qué es eso de "la punta"?

-La cima, el lugar más elevado de la montaña. Se disfruta desdeallí de una vista incomparable.

- ¿Habría que transportar el sillón a la montaña? ¿Es posible?

-Se pueden encontrar braceros -dije.

En aquel momento, Feodosia, la niñera, vino a saludar a laabuela, trayendo consigo a los niños del general.

- ¡Nada de besuqueo! No me gustan las babas de los niños. ¿Cómo estás, Feodosia?

-Muy bien, muy bien, mi buena Antonina Vassilievna -contestóFeodosia-. ¿Y usted, cómo lo pasa? Hemos estado inquietos por su salud.

-Ya lo sé, tienes un buen corazón tú. ¿Quiénes son esas gentes,invitados? -preguntó, dirigiéndose de nuevo a Paulina-. ¿Quién es esetipo con gafas?.

-El príncipe Nilski, abuela -murmuró Paulina.

- ¡Ah! ¿Un ruso? ¡Y yo que creía que no me entendía! Quizá nome ha oído... Ya he visto a Mr. Astley. Pero hele aquí de nuevo. ¡Buenos días! -exclamó, encarándose, de pronto a él.

Mr. Astley la saludó en silencio.

-Vamos a ver, ¿qué me cuenta usted de bueno? ¡Dígame algo!Tradúcelo esto, Paulina.

Paulina hizo de intérprete.

-La contemplo con verdadero placer, y estoy muy satisfecho deque goce usted de buena salud - contestó Mr. Astley, en un tono muyserio, pero extremadamente apresurado.

Esta frase, traducida a la abuela, pareció gustarle. Estaba predispuesta hacia el inglés.

- ¡Qué bien contestan siempre los ingleses! -observó-. Siempre hesentido simpatía hacia ellos, muy al contrario de los "franchutes".Venga a verme -dijo a Mr. Astley-. Procuraré no aburrirle demasiado.Tradúcele esto y añádele que me alojo aquí abajo... aquí abajo... ¿entiende usted? -repitió a Mr. Astley, bajando el dedo.

Mr. Astley pareció encantado de la invitación.

Con una mirada satisfecha, la abuela examinó a Paulina de lacabeza a los pies.

-Te quiero mucho, Praskovia -dijo de pronto-. Eres una buenamuchacha. Vales mucho más que todos juntos, pero tienes mal carácter... Bueno, también yo lo tengo... Vuélvete; ¿son cabellos postizosesos que llevas aquí?

-No, abuela, son míos.

-Tanto mejor. No me gusta la estúpida moda actual. Eres encantadora. Me enamoraría de ti si fuese hombre. ¿Por qué no te casas...?Pero bueno, es hora de que me vaya. Tengo ganas de pasearme, estoyharta de ferrocarril... Bien, ¿estás todavía enfadado? -preguntó al general.

- ¡Por favor, querida tía, deje usted eso! -suplicó el general, mástranquilizado-. Comprendo que a su edad...

-" Cette vieille est tombée en enfance" -me dijo en voz baja DesGrieux.

-Quiero verlo todo... ¿Me cedes a Alexei Ivanovitch? -preguntóla abuela al general.

-Tanto como usted quiera, y yo mismo... y Paulina, y DesGrieux..., todos tendremos mucho gusto en acompañarla.

-" Mais, madame, cela sera un plaisir..." -intervino Des Grieux,con una sonrisa encantadora.

- ¡Caramba, un "plaisir"! ¡Me diviertes! Pero no te daré dinero-añadió, dirigiéndose al general-, y ahora, pasemos a mis habitaciones. Quiero verlas. Luego iremos a todos esos sitios. ¡Vamos, transportadme!

Se transportó de nuevo a la abuela, y toda la comitiva, escoltandoel sillón, descendió por la escalera tras ella.

El general iba atontado, como si hubiese recibido un garrotazoen la cabeza. Des Grieux meditaba. La señorita Blanche quiso primeramente quedarse, pero luego juzgó oportuno seguir a los demás. A suzaga venía también el principillo; sólo el alemán y la señora viuda deCominges se quedaron en la habitación del general.

CAPITULO X

Probablemente, en los balnearios y en los hoteles de toda Europa,cuando el gerente destina una habitación a los huéspedes, se guía másque por los gustos de ellos por su opinión personal acerca de la cuentaque podrá hacerles pagar. Pero Dios sabe por qué se destinó a laabuela un alojamiento cuya suntuosidad no dejaba nada que desear:cuatro habitaciones magníficamente amuebladas, con sala de baño,dormitorios para los criados, para la camarera, etc. En efecto, estashabitaciones habían sido ocupadas, una semana antes, por una granduquesa, lo que se apresuraron en poner de relieve a la nueva huéspeda, con lo cual les daban más valor a esos departamentos, para justificar, así, su elevado precio.

Se transportó, o más bien, se paseó a la abuela por todas las habitaciones, que ella examinó con la más rigurosa atención. El oberkellner, hombre calvo, de edad ya madura, la acompañaba condeferencia en aquella inspección preliminar.

Ignoro por qué razón todo el mundo tomaba a la abuela por persona de elevado rango, y sobre todo riquísima. Se inscribió en el registro: "Madame la générale, princesse de Tarassevitchev", aunque laabuela no había sido jamás princesa.

Los criados que la acompañaban, la masa imponente de su equipaje, paquetes inútiles, maletas, valijas y hasta cofres, dieron pie aaquella suposición. Luego, el sillón, el trono de la abuela, sus preguntas desconcertantes, hechas con perfecta despreocupación y en untono que no admitía disculpa, en fin, su persona franca, brusca, autoritaria, terminaron de granjearse la consideración general.

Al pasar aquella revista, la abuela hacía detener el sillón, designaba algún objeto del mobiliario y hacía preguntas inesperadas aloberkellner, que sonreía respetuoso, pero ya con cierto temor.

Se expresaba en francés, lengua que hablaba bastante mal, demanera que yo tenía que traducir muy a menudo sus palabras.

Las contestaciones del oberkellner parecían no agradarle muchoy las consideraba insuficientes. Por otra parte, sus preguntas eran verdaderamente fantásticas. Por ejemplo, se detuvo delante de un cuadro,copia bastante mala de un original conocido, de asunto mitológico.

- ¿De quién es este retrato?

El oberkellner replicó que, sin duda, se trataba de una condesa.

- ¿Pero, cómo? ¿No lo sabes? Vives aquí y no estás al corriente.¿Qué hace aquí este retrato? ¿Por qué tiene los ojos bizcos?

El oberkellner no podía responder de un modo satisfactorio a todas estas preguntas, y hasta se aturullaba.

- ¡Vaya imbécil! -dijo la abuela, en ruso.

La llevaron más lejos y la inspección continuó. La misma escenase repitió ante una estatuita de Sajonia que la abuela examinó largotiempo; luego la hizo quitar, no se sabe por qué. Finalmente, hizo lasiguiente pregunta al oberkellner:

- ¿Cuánto han costado los tapices de la habitación? ¿Dónde hansido tejidos?

El oberkellner prometió informarse.

- ¡Qué bobos son! -murmuró la abuela, cuya atención se habíaconcentrado en la cama-. ¡Qué suntuoso pabellón! A ver, deshaganesa cama.

Fue obedecida.

- ¡Todo, quítenlo todo! ¡Las almohadas, el edredón también!

La abuela miraba con atención.

-Bueno, felizmente, ya veo que no hay chinches. Quite las sábanas. Poned mis sábanas y mis almohadas. Todo esto es demasiadolujoso. ¿Qué he de hacer, a mi edad, en semejante habitación? Meaburriré mucho aquí. Alexei Ivanovitch, ven a verme a menudo, después de darles la lección a los niños.

-Desde ayer no estoy ya al servicio del general -contesté-; vivo enel hotel, completamente aparte y por mi cuenta.

- ¿Por qué? ¿Cómo es eso?

-Pues porque hace unos días llegó a Berlín un barón alemán,muy distinguido, con su esposa. Le hablé, en alemán, ayer, en el paseo, sin observar la pronunciación berlinesa.

-Pero, ¿qué paso?

-Pues que consideró eso como una impertinencia y se ha quejadoal general, el cual me despidió ayer.

-Debes haber injuriado al barón, sin saberlo, pues por lo que mecuentas no veo que haya para tanto...

- ¡Oh, no, es él quien me amenazó con el bastón!

-Y tú, calzonazos -exclamó ella, apostrofando al general-, tú hasdejado tratar así al preceptor de tus hijos, ¡e incluso le despides! ¡Quévalientes sois todos!

-No se inquiete usted, tía -replicó el general en un tono de familiaridad arrogante-. Sé dirigir por mí mismo mis asuntos. Además,Alexei Ivanovitch no le ha relatado los hechos exactamente.

- ¿Y tú cómo has soportado esa injuria? -me preguntó ella.

-Quería provocar al barón a un duelo -contesté con aire modestoy tranquilo-, pero el general se opuso.

- ¿Por qué te opusiste? -insistió la abuela, dirigiéndose al general-. Y en lo que se refiere a ti, muchacho, puedes retirarte, vendráscuando te llamen -dijo al oberkellner-; es inútil que permanezcas aquícon la boca abierta... ¡No puedo soportar este pasmarote nuremburgués!

Aquél saludó y salió, sin entender los cumplidos de la abuela.

-Por favor, tía, ¿son aún posibles los duelos? -dijo el general,sonriendo.

- ¿Por qué no? Los hombres son como gallos y riñen por nada.Pero vosotros sois todos gallinas, a lo que veo, incapaces de defenderel honor de vuestra patria. ¡Vamos, llevadme! Potapytch, arréglatepara mover el sillón. Dos bastarán. Diles que se me lleve a hombrossolamente por la escalera y que por la calle iré en coche. Págales poradelantado, así serán más respetuosos. Permanecerás siempre cerca demí, y tú, Alexei Ivanovitch, enséñame a ese barón en el paseo, que veaal menos qué clase de tipo es... Y ahora, dime: ¿Dónde se encuentraesa famosa ruleta? Quiero saberlo.

Expliqué que las ruletas estaban instaladas en las salas del casino. Luego siguieron las preguntas: "¿ Hay muchas?" "¿ Se juega fuerte?" "¿ Se juega durante todo el día?" "¿ Cómo están organizadas?"Acabé por contestar que era mucho mejor que lo viera por sí misma,pues era bastante dificil de describir.

-Pues bien, subiremos a ella. ¿Qué más hay ¡Enséñamos el camino, Alexei Ivanovitch!?

- ¿Cómo, tía, no quiere usted descansar del viaje? -preguntó, solícito, el general.

Parecía un poco agitado. Todos parecían cohibidos y cambiabanmiradas entre sí. Probablemente les daba algún reparo acompañar a laabuela al casino, donde podía cometer excentricidades, en público estavez. Sin embargo, todos se ofrecieron a escoltarla.

- ¿Descansar? ¿Para qué? No estoy cansada. Además, no me hemovido durante cinco días. Luego iremos a ver las fuentes, las aguastermales. Después... ¿Cómo has dicho, Praskovia, la punta, es eso?

-Sí, abuelita.

-Pues, bien, subiremos a ella. ¿Qué más hay que ver?

-Muchas cosas, abuela -dijo Paulina confusa.

- ¡Conque tú misma no lo sabes! Marta, tú también me acompañarás -añadió, dirigiéndose a su camarera.

- ¿Por qué quiere llevarla con usted, tía? -intervino el general-. Esimposible. No es fácil que dejen entrar a su camarera en el casino.

- ¿Porque es una criada no la dejarán entrar? Es una persona como yo. Hace ocho días que viajamos juntas y también tiene derecho aver cosas. ¿Con quién ha de ir, si no es conmigo? Sola no podrá ir aninguna parte.

-Pero tía...

- ¿Es que te da vergüenza? Entonces quédate aquí, podemos pasarsin ti. ¡Un general, valiente cosa! También yo soy generala. ¿Por quéme habéis de seguir todos? Con que me acompañe Alexei Ivanovitchbasta.

Pero Des Grieux insistió para que todos fuesen de la partida ycomenzó a modular una serie de frases amables sobre el placer deacompañarla, etcétera.

-" Elle est tombée en enfance" -repetíale Des Grieux al general-;"seule, elle fera des betises..."

No pude oír más, pero era evidente que la abuela tenía algunaintención, tal vez acariciaba ilusiones.

La sala de juego está a quinientos metros del hotel. Seguimos porla avenida de castaños hasta la plaza, que cruzamos para entrar en elcasino.

El general se tranquilizó un poco, porque nuestro cortejo, aunquebastante estrafalario, no dejaba de ser digno y decoroso. La presenciaen el balneario de una enferma debilitada e impedida no tenía nada desorprendente. Pero, por lo visto, al general le daba mucho miedo elcasino. ¿Por qué una enferma imposibilitada, y además vieja, había deir a la ruleta?

Paulina y la señorita Blanche, una a cada lado, daban escolta alsillón.

La señorita Blanche manifestaba una dulce alegría y a vecesbromeaba gentilmente con la abuela, hasta tal punto que ésta acabópor cumplimentarla. Paulina, al otro lado, estaba obligada a contestara cada momento a las numerosas preguntas de la abuela, tales como:"¿ Quién es ése que viene hacia acá?" "¿ Quién es aquél que va en coche?" "¿ Es grande la ciudad?" "¿ Y el jardín?" "¿ Cómo se llaman esosárboles?" "¿ Qué montañas son aquéllas?" "¡ Qué tejado tan ridículo!"

Mr. Astley, que iba a mi lado, me susurró al oído que aquellamañana sería decisiva.

Potapytch y Marta venían detrás de nosotros, inmediatamente ala zaga del sillón; él con frac y corbata blanca, cubierto con gorra, yMarta -una jamona de cuarenta años, de tez rosada- llevaba cofia yvestido de indiana, y unos zapatos de cabritilla que crujían al andar.La abuela volvíase con frecuencia para hablar con ellos.

Des Grieux y el general iban un poco atrás y conversaban animadamente. El general estaba abatido. Des Grieux se expresaba conaire resuelto. Es posible que infundiese ánimos al general; era evidente que algo le aconsejaba.

Pero la abuela había ya pronunciado, hacía un momento, la fatídica frase: "No te daré dinero." Esto parecía inconcebible a DesGrieux, pero no al general, que conocía bien a su tía. Noté que DesGrieux y la señorita Blanche cruzaban miradas de inteligencia.

Vi al príncipe y al explorador alemán al final de la avenida. Sehabían quedado rezagados y tomaron pronto otra dirección.

Hicimos una entrada triunfal en el casino. El portero y los ujierestestimoniaron visiblemente la misma deferencia que el personal delhotel. Nos contemplaban, sin embargo, con curiosidad. La abuela sehizo pasear primeramente por todas las salas, alabando esto, criticando lo otro, pero enterándose de todo.

Finalmente, llegamos a la sala de juego. Sorprendido, el ujierque estaba a la puerta la abrió de par en par.

La aparición de la abuela produjo viva impresión en el público.En torno a la ruleta y al otro extremo de la sala, donde funcionaba unamesa de "treinta y cuarenta", se apiñaba un grupo de hasta doscientosjugadores. Según costumbre, los que habían conseguido llegar hasta eltapete verde se mantenían firme y no cedían su puesto mientras lesquedaba dinero que perder, pues no hay derecho a permanecer allícomo simple espectador, sin llevarse la mano al bolsillo.

Aunque haya sillas dispuestas alrededor de la mesa, pocos de lospuntos las aprovechaban, sobre todo cuando hay mucho público, porque una persona en pie ocupa mucho menos sitio y puede operar máscómodamente. Las gentes de la segunda y tercera filas se apretujancontra los de la primera, esperan su turno y vigilan una ocasión parainstalarse ante la mesa. Pero, en su impaciencia, algunos avanzan lamano para colocar sus puestas. Hasta los más alejados de la mesa procuran jugar por encima de las cabezas de los demás, y ocurre que,debido a ello, cada cinco o diez minutos se originan dudas acerca dequiénes han hecho las posturas.

La policía del casino está, por otra parte, bastante bien organizada. Naturalmente, no es posible evitar las apreturas. La afluencia beneficia a la banca, que gana en proporción al número de jugadores.Los ocho croupiers que están sentados en torno de la mesa no pierdende vista las posturas. Como son ellos lo que pagan las ganancias, hacen de árbitros, con conocimiento de causa, en las disputas eventuales.En último término se llama a la policía y se arregla la cuestión. Losagentes, que van vestidos de paisano, se mezclan con los espectadores,y así nadie puede conocerlos. Vigilan especialmente a los ladrones yrateros profesionales que pululan en la ruleta, donde pueden ejercercon facilidad su industria; en efecto, en cualquier otra parte es precisoexplorar los bolsillos y forzar cerraduras, lo que, en caso de fracaso,proporciona graves molestias. Aquí, por el contrario, basta con acercarse al tapete verde, ponerse a jugar y, de pronto, ostensiblemente,dejar caer la mano sobre la ganancia ajena y metérsela en el bolsillo.En caso de reclamación, el ladrón jura por lo más sagrado que aquellapostura... le pertenece. Cuando el golpe ha sido realizado con habilidad y los testigos dudan, el dinero robado queda en el bolsillo del ladrón; eso, claro está, si se trata de una suma pequeña, porque de locontrario los croupiers o algún jugador no dejarán de darse cuenta deello. Si se trata de una suma mínima, el verdadero dueño renunciamuchas veces a discutir y se retira, por temor al escándalo. Cuando seconsigue desenmascarar al ratero se le expulsa en el acto de un modoignominioso por "levantar muertos", como se dice en el argot de losjugadores.

La abuela observaba todo aquello desde atrás, con ávida curiosidad. Le hizo mucha gracia la expulsión de un ratero. El "treinta y cuarenta" no llamó mucho su atención. La ruleta le gustó más, sobre todoel rodar de la bolita. Quiso, finalmente, ver jugar desde más cerca.Cómo sucedió no lo sé, pero los ujieres y otros individuos oficiosos-sobre todo polacos arruinados que imponen sus servicios a los jugadores con suerte, y a todos los extranjeros- encontraron medio, a pesarde las apreturas, de hacer sitio a la abuela, en el centro de la mesa,cerca del croupier principal, corriendo el sillón hasta allí.

La multitud de visitantes que se contentaban con observar el juego -principalmente ingleses con sus familias- se dirigió inmediatamente hacia aquel lado a fin de observar qué haría la abuela.Numerosos gemelos se volvieron hacia aquella dirección. Los croupiers concibieron esperanzas. Se podía, en efecto, esperar algo extraordinario de una jugadora de las que no se ven todos los días. Una septuagenaria impedida no se arriesga a jugar... era indudablemente algo insólito. Me acerqué a la mesa y me situé al lado de la abuela. Potapytch y Marta se alejaron de la mesa. El general, Paulina, Des Grieux y la señorita Blanche, figuraban entre los curiosos.

La abuela, al principio, estuvo mirando a los puntos. Me hacia envoz baja breves preguntas: "¿ Quién es ése? ¿Y aquél? ... " Se interesóespecialmente por un joven que, al extremo de la mesa, jugaba fuerte yhabla ganado, según se decía, cuarenta mil francos que tenía amontonados ante él en oro y billetes. Estaba pálido, sus ojos chispeaban, susmanos temblaban. Hacía posturas sin contar, tomando el dinero a puñados. Sin embargo, no cesaba de ganar y de aumentar de oro y billetes el montón. Las ujieres se agrupaban, solícitos, en torno suyo,separaban las sillas, hacían sitio para que estuviese cómodo, para queno le apretasen... todo esto con vistas a recibir una buena propina. Conla alegría de la ganancia, algunos jugadores repartían propinas sinmirar lo que daban. Cerca de aquel joven se hallaba un polaco que seestremecía y murmuraba, sin cesar, con tono obsequioso, prodigandosin duda consejos y esfor-

zándose en dirigir el juego, naturalmenteesperando una propineja. Pero no se fijaba en él, apostabade cualquier modo y seguía recogiendo. Había perdido evidentementeel juicio. Es un caso corriente en las salas de juego.

La abuela le observó algunos minutos y me dio con el codo.

-Dile que pare de jugar, que se meta cuanto antes el dinero en elbolsillo y que se vaya. ¡Lo va a perder todo! -decía, inquieta, con emoción-. ¿Dónde está Potapytch? Envíale a Potapytch. Díselo, díselo- decía empujándome-. ¡Salga! ¡Márchese! -gritóle ella misma al joven.

Me incliné a su oído y le expliqué que no se podía gritar de aquelmodo. No se permitía ni siquiera hablar alto, pues eso entorpecía elcálculo e iba a dar lugar a que nos echasen.

- ¡Qué lástima! ¡Este hombre está perdido! Lo quiere él mismo.No puedo mirarle, me subleva.

Y la abuela diose prisa en mirar hacia otro lado.

Allí, a la izquierda, en la otra mitad de la mesa, entre los jugadores, había una joven dama acompañada de un enano. Ignoro si esteenano era su pariente o si le llevaba para llamar la atención. Habíavisto a esa dama todos los días en el casino, a la una de la tarde. Ya laconocían allí e inmediatamente le acercaban una silla. Sacaba un puñado de oro de su bolso, algunos billetes de mil francos, y empezaba ajugar despacito, anotando los números con un lápiz, tratando de averiguar el sistema según el cual se agrupan las suertes. Arriesgaba importantes posturas, y cuando había ganado mil, dos mil, y algunasveces tres mil francos... se retiraba inmediatamente.

La abuela la estuvo observando largo tiempo con curiosidad.

- ¡Vaya, ésa es una que no pierde! ¡Qué ha de perder! ¿Sabesquién es?

-Una francesa, probablemente una de esas damas... -contesté.

- ¡Ah, se conoce al pájaro por su manera de volar! Debe tener pico y uñas. Ahora explícame lo que significa cada vuelta de la ruleta ycómo es preciso apostar.

Expliqué a la abuela, lo mejor que pude, el mecanismo de lasnumerosas combinaciones "rojo y negro", "par e impar", "caballo" ypara terminar, las diversas formas en que se agrupan los números.

Ella escuchaba atentamente, hacía nuevas preguntas y se instruíasobre el azar. De cada sistema de posturas se podia poner en seguidaejemplos, así es que muchas cosas las pudo aprender pronto y fácilmente. La abuela estaba encantada.

- ¿Y qué es eso del "cero"? Mira ese croupier de pelo rizado, elprincipal, que acaba de gritar "cero". ¿Por qué se ha llevado todo loque había encima de la mesa? ¡Una cantidad tan enorme! ¿Qué significa eso?

-El "cero", abuela, queda a beneficio de la banca. Si la bola caeen el "cero" todo lo que está sobre la mesa, todo, sin distinción, pertenece a la banca. Cierto que se concede otra postura por pura fórmula,pero en caso de perder la banca no paga nada.

- ¡Toma! ¿Entonces si pongo al "cero" y gano no cobro nada?

-No, abuela. Si usted hubiese puesto previamente al "cero" y hubiese salido, cobraría treinta y cinco veces la puesta.

- ¡Cómo! ¡Treinta y cinco veces! ¿Y sale a menudo? ¿Por quéentonces esos imbéciles no juegan al "cero"?

-Hay treinta y cinco probabilidades en contra, abuela.

- ¡Qué negocio! ¡Potapytch, Potapytch! Espera, llevo dinero encima... ¡Aquí está! -sacó del bolsillo un portamonedas repleto y tomóun federico-. Toma, ponlo en el "cero".

-Pero, abuela, el "cero" acaba de salir -objeté-. No saldrá, por lotanto, en mucho tiempo. Usted se arriesga demasiado, espere al menosun poco -insistí.

- ¡Ponlo y calla!

-Sea, pero quizá no saldrá ya más en todo el día.

- ¡No importa! Quien teme al lobo no va al bosque. Bien, ¿hemospedido? ¡Pues vuelve a jugar!

Perdimos el segundo federico. Siguió un tercero. La abuela apenas si podía estarse quieta. Clavaba los ojos ardientes en la bola quezigzagueaba a través de las casillas del platillo móvil. Perdimos eltercer federico. La abuela estaba fuera de sí, se estremecía. Dio ungolpe con el puño sobre la mesa cuando el croupier anunció el 36, enlugar del esperado "cero".

- ¡Ah! ¡El maldito! ¿Saldrá pronto? -decía irritada la abuela-.¡Dejaré mi piel, pero permaneceré aquí hasta que salga! ¡Tiene la culpa ese maldito croupier de pelo ondulado! Alexei Ivanovitch, pon dosfedericos a la vez. Pones tan poco que no valdrá la pena cuando el"cero" salga.

- ¡Abuela!

- ¡Ponlos! ¡Ponlos! ¡El dinero es mío!

Puse los dos federicos. La bolita rodó largo tiempo sobre el platillo y comenzó a zigzaguearse a través de las casillas. La abuela, conteniendo la respiración, me agarró por el brazo. Y, de pronto, ¡crac!

-¡" Cero"! -gritó el croupier.

- ¿Lo ves? ¿Lo ves? -exclamó la abuela, volviéndose hacia mí conaire de triunfo-. ¡Ya te lo decía yo! ¡Es el mismo Dios que me ha su-gerido que pusiese dos monedas de oro! ¿Cuánto voy a cobrar? ¿Porqué no pagan? Potapytch, Marta, ¿dónde están? ¿Dónde se han ido losnuestros? ¡Potapytch, Potapytch!...

-En seguida, abuela -murmuré-. Potapytch se ha quedado a lapuerta, no le dejarán entrar aquí. ¡Mire, ahora pagan!

Entregaron a la abuela un pesado cartucho de papel blanco quecontenía cincuenta federicos. Le contaron además otros veinticincofedericos. Recogí todo aquello con la raqueta.

- ¡Hagan juego, señores! ¡Hagan juego! ¡No va más! -decía elcroupier, dispuesto a hacer girar la

ruleta.

- ¡Dios mío! ¡Es demasiado tarde! ¡Ya van a tirar!... ¡Juega, juega, pues! -decía, inquieta, la abuela-. ¡No te entretengas, atolondrado!

Estaba nerviosa y me daba con el codo con todas sus fuerzas.

- ¿A qué número juego, abuelita?

-Al "cero". ¡Otra vez al "cero"! ¡Pon lo más posible! ¿Cuántostenemos? ¿Setecientos federicos? Pon veinte de una sola vez.

- ¡Reflexione, abuela! A veces está doscientas veces sin salir. Corre usted el riesgo de perder todo su dinero.

-No digas tonterías. ¡Juega! Oye cómo golpean con la raqueta. Sélo que hago -dijo, presa de una agitación febril.

-El reglamento no permite poner en el "cero" más de doce federicos a la vez, abuela, y ya os he puesto.

- ¿Cómo no se permite? ¿Es esto cierto...? "¡ Moussieé, moussieé!"

Tiró de la manga al croupier sentado a su lado, que se disponía ahacer girar la ruleta.

-" Combien zéro? Douze? Douze?"

Me apresuré a explicar al croupier la pregunta en francés.

-" Oui, madame" -confirmó, cortésmente, el croupier-; tampoconinguna postura individual puede pasar de cuatro mil florines. Es elreglamento.

-Entonces, tanto peor. Pon doce.

-Hecho el juego -anunció el croupier.

El disco giró y salió el 30. ¡Habíamos perdido!

- ¡Sigue poniendo! -dijo la abuela.

Me encogí de hombros y sin replicar puse doce federicos. El platillo giró largo tiempo. La abuela observaba temblando. "¿ Se imaginaque el "cero" y va a ganar de nuevo?", pensé, contemplándola consorpresa. La certeza absoluta de ganar se reflejaba en su rostro, la espera infatigable de que se iba a gritar: ¡" Cero"! La bola paró dentro deuna casilla.

-¡" Cero"! -cantó el croupier.

- ¡Lo ves! -gritó triunfalmente la abuela.

Comprendí en aquel momento que yo también era un jugador.Mis manos y mis piernas temblaban. Era

realmente extraordinario queen un intervalo de diez jugadas el "cero" hubiese salido tres veces,pero sin embargo había sucedido así. Yo mismo había visto, la víspera, que el "cero" había salido tres veces seguidas y un jugador, queanotaba cuidadosamente en un cuadernito todas las jugadas, me hizonotar que la víspera, el mismo "cero" no se había dado más que unavez en veinticuatro horas.

Después de aquella jugada afortunada la abuela fue objeto de general admiración. Cobró exactamente unos cuatrocientos veinte federicos, o sea, cuatro mil florines y veinte federicos, que le fueron pagados parte en oro y parte en billetes de banco.

Pero aquella vez la abuela no llamó a Potapytch. Tenía otra ideaen la cabeza. No manifestó siquiera emoción.

Pensativa, me interpeló:

- ¡Alexei Ivanovitch! ¿Has dicho que se podían poner solamentecuatro florines a la vez?... ¡Toma, pon esos cuatro billetes al "rojo"!

¿Para qué intentar disuadirla? El platillo comenzó a girar.

-¡" Rojo"! -cantó el croupier.

Nueva ganancia de cuatro mil florines, o sea, ocho mil en total.

-Dame la mitad y pon la otra, de nuevo, al "rojo" -ordenó laabuela.

Puse los cuatro mil florines.

-¡" Rojo"! -anunció el croupier.

- ¡Total, doce mil! Dámelo todo. Pon el oro en el bolso y guardalos billetes. ¡Ya hasta! ¡Vámonos a casa! ¡Empujad mi sillón!

CAPITULO XI

Condujeron el sillón hacia la puerta, al otro extremo de la sala.La abuela estaba radiante. Nuestras gentes hicieron corro en torno suyo para felicitarla. Por excéntrica que hubiese sido la conducta de laabuela, su triunfo compensaba muchas cosas, y el general ya no temíaque su parentesco con una mujer tan original le comprometiese. Conrisuena y alegre condescendencia familiar, como quien halaga a unniño, felicitó a la anciana. Se le notaba visiblemente emocionado, lomismo que todos los especta-dores. Se hablaba de la abuela y se la señalaba. Muchos pasaban por su lado para poderla contemplar mejor.Mr. Astley hablaba de ella con dos compatriotas. Algunas majestuosasdamas, muy sorprendidas, la miraban como a un fenómeno. DesGrieux prodigaba cumplidos y sonrisas.

-"¡ Quelle victorie!" -proclamó.

-" Mais, madame", c'etait du feu!" -añadió con sonrisa seductora,la señorita Blanche.

- ¿Eh, que sí? ¡He ganado doce mil florines! ¡Qué digo doce mil!¡Con el oro casi hacen trece! ¿Cuán-to es eso en rublos? Unos seis mil,¿no es verdad?

Le expliqué que llegarían a los siete mil, y tal vez, al cambio actual, a los ocho mil rublos.

- ¡Casi nada, ocho mil rublos! ¡Pero, qué hacéis aquí, pegadoscomo si fueseis moluscos! Potapytch, Marta, ¿habéis visto?

-Nuestra buena señora, ¿es posible? ¡Ocho mil rublos! -exclamóMarta, dando muestras de alegría.

Vaya, tomad cinco federicos para cada uno de vosotros.

Potapytch y Marta se apresuraron a besarle las manos.

-Y a cada portador de mi silla, un federico. Dales uno a cadauno, Alexei Ivanovitch. ¿Por qué me saluda ese lacayo? ¿Y ese otrotambién? ¿Me felicitan? Pues dales un federico a cada uno ...

-" Madame la princese... Un pauvre expatrié... Malheurs continuels... Les princes russes sont si génereux..." -imploró, cerca del sillón, un individuo de raída levita, chaleco de colorines, largos bigotes, que sonreía obsequioso con la gorra en la mano.

-Dale también un federico. No, dale dos. Basta, si no, no acabaríamos nunca. ¡Conducidme!... Praskovia -se volvió hacia PaulinaAlexandrovna-, te compraré mañana tela para un vestido, y a estaseñorita.... señorita Blanche, según creo, también le compraré otro.¡Tradúceselo, Praskovia!

-" Merci, madame!" -dijo Blanche, que se inclinó, cambiando unasonrisa irónita con Des Grieux y el general.

Este estaba un poco cohibido y experimentó un alivio cuando llegamos a la avenida.

-Feodosia va a tener una sorpresa -dijo la abuela, acordándose dela niñera-. Hay que regalarle tam-bién a ella un vestido. ¡Eh, AlexeiIvanovitch, Alexei Ivanovitch, dale algo a ese mendigo!

Pasaba un pordiosero, cargado de espaldas, los ojos fijos en nosotros.

-Podría ser un pillastre, abuela.

- ¡Dale un florín!

Me acerqué a él y se lo di. El me miró asombrado, pero tomó lamoneda sin decir palabra.

- ¿Y tú, Alexei Ivanovitch, no has probado todavía la suerte?

-No, abuela.

-Pero cómo brillaban tus ojos. Lo he visto.

-Probaré, abuela, pero más tarde.

- ¡Pon también al "cero"! ¡Ya verás! ¿A cuánto se eleva tu capital?

-A veinte federicos.

-Poco es. Te prestaré cincuenta federicos, si quieres. Toma estecartucho... Pero tú, amigo mío, es inútil que esperes que te dé dinero-declaró, dirigiéndose al general.

A éste se le crisparon los nervios, pero nada dijo.

Des Grieux frunció el ceño.

-" Que diable, c'est una terrible vieille!" -murmuró entre dientes.

- ¡Un mendigo! ¡Otro mendigol -gritó la abuela-. Alexei Ivanovitch, dale otro florín.

Aquella vez se trataba de un anciano de cabellos grises, que andaba con pierna de palo y levita azul de largos faldones y se apoyabaen un bastón. Parecía un militar retirado. Cuando le tendí el florín,retrocedió un paso y me miró con aire amenazador.

-" Was ist's der Teufél?" ("¿ Qué diablos es eso?") -gritó lanzandoimprecaciones.

- ¡Qué imbécil! -gritó la abuela-. ¡En marcha! ¡Me muero dehambre! Ahora en seguida a comer, haré después la siesta y luegovolveré allá.

- ¿Quiere usted volver a jugar? -exclamé- ¿Te extraña, muchacho? ¿Porque vosotros os aburris sin hacer nada yo voy a estar contemplándoos?

-" Mais, madame" -intervino Des Grieux -" les chances peuventtourner. Una seule mauvaise chance et vous perdrez tout... surtoutavec votre jeu"...

-" Vous perdrez absolument" -susurró Blanche.

- ¿Y qué os importa a todos vosotros? No perderé vuestro dinero.... sino el mío. ¿Dónde anda ese Mr. Astley? -me preguntó.

-Se ha quedado en el casino, abuela.

-Lo siento, porque ése sí que es un buen hombre.

De regreso al hotel, la abuela, al divisar al oberkellner en la escalera, le llamó, se jactó de su ganancia, le dio tres federicos y ordenóque le sirviesen la comida. Feodosia y Marta se deshicieron en reverencias y felicitaciones.

-Yo estaba allí mirando a nuestra buena señora -balbuceabaMarta-, y dije a Potapytch: "¿ Qué va a hacer nuestra señora...?" ¡Ycuánto dinero, cuánto dinero había sobre la mesa, Señor! En mi vidahabía visto tanto... y en torno nada más que señores sentados. "¿ Dedónde vienen todos esos señores, Potapytch? -preguntaba-. ¡Que laVirgen la ayude!" Rogaba por usted nuestra señora, y mi corazón languidecía y temblaba toda... "¡ Señor, hacedla ganar!", imploraba, y elSeñor la ha protegido. Desde entonces, tiemblo todavía, nuestra buenaseñora, toda yo estoy temblando.

-Alexei Ivanovitch, después de comer, a las cuatro, prepárate;volveremos allá. Entre tanto, adiós, que tengo que llamar algún pícaromédico, y, además, tomar las aguas. Pero, sobre todo, avisa que medespierten.

Dejé a la abuela, medio atontada. Intentaba imaginar lo que iba aser ahora de todas nuestras gentes y qué cariz tomarían las cosas. Veíaclaramente que ellos no habían vuelto aún en sí -el general sobre todo de la primera impresión. La aparición de la abuela en vez del telegrarna esperado, de hora en hora, anunciando su muerte y, por consiguiente, la herencia -había trastornado hasta tal punto todos los proyectos, todas las decisiones tomadas, que ahora contemplaban con una verdadera perplejidad y un estupor general sus ulteriores proezas de ruleta. Sin embargo, este segundo hecho tenía casi más importancia que el primero. La abuela había declarado por dos veces que no daríadinero al general, pero ¿quién sabe?... No había que perder todavía laesperanza. Des Grieux, complicado en todos los asuntos del general,no daba por perdida la partida. Seguro estoy de que, aun en un casodesesperado, la señorita Blanche, igualmente muy interesada -teníapor qué: ser generala y recoger una herencia importante-, hubiese empleado todas las seducciones de la coquetería con la abuela, en contraste con esa orgullosa Paulina, tontuela que no sabía mimar.

Pero ahora, ahora que la abuela había realizado tales proezas enla ruleta, ahora que su personalidad se había manifestado con una talclaridad -para aquella vieja obstinada, autoritaria y "tombée en enfance"- todo amenazaba ruina. Porque ella experimentaba una alegríainfantil en emanciparse y, como siguiera así, se dejaría desplumar enel casino. "¡ Dios mío -pensaba yo-, que el Señor me perdone! Seguramente, cada federico de los que había arriesgado la abuela en la ruleta fue a herir en el corazón del general hacía rabiar a Des Grieux y exasperaba a la señorita Blanche, a la que pasaban la cuchara por debajo de la nariz".

Otro hecho: aun en la alegría de haber ganado, cuando la abueladistribuía a todos dinero y tomaba a los transeúntes por mendigos,incluso, entonces se le había ocurrido decir al general: "¡ No te daré uncéntimo!" Era una idea fija, se obstinaba en ella, se lo había prometidoa sí misma. ¡Peligroso, muy peligroso!

Todas estas consideraciones vinieron a mi mente cuando entré enmi pequeña habitación en el último piso, después de haberme despedido de la abuela. Todo esto me preocupaba mucho, y aunque pudiese adivinar desde aquel momento los principales hilos que tramaban ante mis ojos los actores, no conocía yo, sin embargo, todos los secretos del juego. Paulina no me había testimoniado jamás una confianza completa. Algunas veces, como contra su voluntad, me había abierto su corazón; sin embargo, notaba que, a menudo, y casi siempre despuésde las confidencias, procuraba ridiculizar todo lo que había dicho odeliberadamente le daba un falso aspecto. ¡Disimulaba tantas cosas!En todo caso, presentía que

se aproximaba el final de todo este lío.Otro empujón... y todo quedaría aclarado y resuelto.

En cuanto a mi suerte, que igualmente andaba interesada en todoesto, no me preocupaba gran cosa. ¡Extraño estado de espíritu! Notengo más que veinte federicos en el bolsillo. Estoy lejos de mi patria,en país extranjero, sin colocación y sin recursos, sin esperanzas niproyectos, ¡y no me preocupo! Si no fuese por mi amor a Paulina, meentregaría sencillamente al interés cómico del desenlace próximo y mereiría a carcajadas. Pero Paulina me turba. Se decide su suerte. Sinembargo, y lo lamento, no es solamente su suerte lo que me inquieta.Quiero penetrar sus secretos, desearía que viniese a mí y me dijese:"Te amo." Si es así, si eso es una locura irrealizable... ¿qué desearentonces? ¿Sé, verdaderamen-te lo que deseo? Me hallo como perdido,me bastaría estar siempre al lado de ella, en su aureola, en su fulgor,eternamente, toda mi vida para ser feliz... ¡No sé nada más! ¿Podréacaso separarme de ella?

En el segundo piso, en el corredor, oí como una especia de choque. Me volví y vi a Paulina que salía de su habitación. Al parecer meestaba esperando y me hizo inmediatamente seña para que me aproxi-mase.

- ¡Paulina Alexandrovna...!

- ¡Más bajo! -dijo.

-Figúrese usted -murmuré-, que acabo de tener la sensación dehaber recibido un golpe aquí, en el costado. He mirado hacia atrás ¡yera usted! Se diría que usted irradia una especie de fluido.

-Tome esta carta -dijo Paulina, en tono sombrío y preocupado- yentréguela personalmente a Mr. Astley, en seguida. Vaya pronto, se loruego. No espere contestación. El mismo...

No terminó la frase.

- ¿A Mr. Astley? -pregunté, sorprendido.

"¡ Ah, ah, de modo que se cartean!" Me puse inmediatamente enbusca de Mr. Astley, primero en el hotel, donde no le encontré, luegoen el casino, donde recorrí todas las salas. Y regresaba despechado,casi desolado, cuando le vi, por casualidad, a caballo, en medio de ungrupo de jinetes ingleses de ambos sexos. Le hice seña y se detuvo; meacerqué a él y le entregué la carta. No tuvimos tiempo de cambiar unamirada. Pero sospecho que Mr. Astley espoleó a propósito a su caballo.

¿Me torturarían los celos? No lo sé, pero estaba profundamenteabatido. ¿De qué tratarían sus cartas? Es su confidente, su amigo, pensaba yo, esto es evidente, pero ¿desde cuándo? ¿Tiene eso algo que vercon el amor? Seguramente no, murmuraba la razón. Pero la razón solano basta en semejantes casos. El asunto se complicaba desagradablemente para mí.

Apenas había acabado de entrar en el hotel cuando el portero y el"oberkellner", me avisaron que me necesitaban, que me andaban buscando, que habían preguntado tres veces por mí... y que se me rogabapasase lo más pronto posible por las habitaciones del general.

Yo estaba en una muy enojosa disposición de ánimo.

En el gabinete del general encontré, además de éste, a DesGrieux y a la señorita Blanche, sola, sin su madre. Esta madre, decididamente postiza, servía únicamente para tapar las apariencias. Blanche no necesitaba a nadie para arreglar sus asuntos y aquélla poco sabía de las cosas de su pretendida hija.

Discutían con animación y hasta habían cerrado la puerta..., cosaque nunca hacían. Al acercarme, oí voces, las frases impertinentes ysarcásticas de Des Grieux, las vociferaciones injuriosas de la señoritaBlanche y la entonación lamentable del general, que por lo visto intentaba justificarse de algo.

Al entrar yo, callaron y disimularon. Des Grieux se alisó los cabellos y se esforzó en dar a su iracundo semblante una expresión risueña; tuvo una de esas antipáticas sonrisas francesas, corteses en apariencia y falsas en el fondo, que yo detesto tanto. El general, abatido y trastornado, enderezó su talla maquinalmente. Unicamente la señorita Blanche no cambió de actitud y me miró, con expectación impaciente. Hago notar que hasta entonces me había tratado siempre con un desdén increíble, que fingía no darse cuenta de mi presencia ycasi nunca contestaba a mis saludos.

-Alexei Ivanovitch -comenzó diciendo el general en un tono deafectuoso reproche-, permítame usted que le explique que es muy extraño, muy extraño.... en una palabra, que sus procedimientos paracon mi familia y conmigo... En fin, que es extraño hasta el más altogrado...

-" Eh, ce n'es pas ça" -interrumpió Des Grieux irritado y desdeñoso a un tiempo (decididamente él lo dirigía todo)-. "Mon cher monsieur, notre cher général se trompe." Al tomar ese tono, él queríadecirle... es decir, advertirle, o más bien conjurarle para que no lepierda, si, ¡que no le pierda! Empleo esta palabra con toda intención...

-Pero ¿por qué?, ¿por qué? - interrumpí.

-Permítame, por favor, usted se ha encargado de ser el guía...¿cómo decirlo? de "cette pauvre terrible vieille" -manifestó DesGrieux-. Pero va a perder, hasta que no le quede nada. ¡Usted mismoha visto cómo juega, usted ha sido testigo! Si empieza a perder serámuy dificil que abandone el tapete verde, y por obstinación, por despecho, continuará, sin hacer caso de nada ni de nadie, pues en talescasos no hay freno que valga y entonces...

-Y entonces -intervino el general-, entonces usted habrá ocasionado la ruina de toda la familia. Yo y mi familia, nosotros... somos losherederos más próximos. Debo decirle claramente, con franqueza absoluta: mis asuntos van mal, muy mal. Usted sabe algo de ello... Sipierde una suma importante o desgraciadamente toda su fortuna, ¿quéserá de mis hijos? -el general miró a Des Grieux-, ¡y de mí! -repitiómirando a la señorita Blanche, que se encogió de hombros desdeñosamente-. ¡Alexei Ivanovitch, sálvenos, sálvenos ...!

-Pero, ¿qué puedo hacer yo, mi general?

-Niéguese a acompañarla, abandónela...

-" Ce n'est pas ça, ce n'est pas ça, quel diable!" -interrumpió denuevo Des Grieux-. No, no la abandone, pero, al menos, aconséjela,distráigala... En fin, no la deje usted jugar demasiado, búsquele otropasatiempo...

- ¿Pero cómo? ¿Por qué no lo intenta usted mismo, monsieur DesGrieux? -añadí ingenuamente.

Noté una mirada centelleante de la señorita Blanche a DesGrieux. La fisonomía de éste tuvo, a pesar suyo, un reflejo particularde franqueza.

-Por desgracia, no querrá saber nada de mí, de momento-exclamó gesticulando-; si más adelante... tal vez...

Des Grieux lanzó a la señorita Blanche una mirada significativa.

-" Oh, mon cher monsieur Alexis, soyez si bon!"

Y la señorita Blanche, "elle même", se acercó a mí con una encantadora sonrisa, me cogió las manos, me las estrechó muy fuerte...¡Sapristi! Aquel rostro diabólico sabía cambiar instantáneamente deexpresión. En aquel momento su fisonomía se hizo suplicante, gentil,sonriente. Me miró insinuante al terminar la frase. ¿Quería seducirmede repente? Estuvo un poco vulgar..., pero no lo hizo mal del todo.

El general se asió con presteza al cable de salvación que le tendíaBlanche, ésa es la pura verdad.

-Alexei Ivanovitch, perdóneme por haberme expresado así haceun momento, quería decir otra cosa... Le ruego, le suplico, me inclinohasta la cintura ante usted, a la rusa. ¡Sólo usted puede salvarnos! Laseñorita de Cominges y yo le suplicamos, usted comprende, lo espero-imploraba, mostrándome con la mirada a la señorita Blanche.

Daba pena verle.

De pronto dejáronse oír tres golpecitos discretos en la puerta. Eraun mozo. Potapytch se hallaba a algunos pasos tras él. Venía, segúnmanifestó, de parte de la abuela, con orden de buscarme y de llevarmeinmediatamente a su presencia.

-La señora se pytch.

- ¡Pero si no son más que las tres y media!

-La señora no ha podido dormir, se agitaba incesantemente. Depronto ha pedido su sillón y ha dicho que fuésemos a buscarle a usted.Está ya abajo...

-"¡ Quelle Megère!" -exclamó Des Grieux.

En efecto, la abuela estaba ya en el vestíbulo, exasperada por noencontrarme allí. No había tenido paciencia de esperar hasta las cuatro.

- ¡Vamos, en marcha! -dijo.

Y nos dirigimos hacia la sala de juego.

CAPITULO XII

La abuela estaba impaciente y nerviosa; saltaba a la vista que suobsesión era la ruleta. A ninguna otra cosa atendía, y en general estaba sumamente ensimismada. No preguntó por nada, durante el camino, como por la mañana. Viendo un coche lujosísimo que pasaba antenosotros como un torbellino, inquirió: "¿ Qué coche es ése? ¿De quiénes?", pero creo que no oyó siquiera mi contestación. A pesar de suimpaciencia, no salía de su ensimismamiento. Cuando le enseñé delejos, al aproximarnos al casino, al barón y a la baronesa de Wurmenheim, lanzóles una mirada distraída y un "¡ Ah!" de indiferencia. Luego, volviéndose hacia Potapytch y Marta, que venían detrás, les dijo:-Pero bueno, ¿vosotros por qué me seguís? No os voy a llevar siempreconmigo. Volved al hotel... Me basta contigo -añadió, dirigiéndose amí, cuando aquéllos, después de un saludo tímido y embarazoso, sealejaron.

En el casino aguardaban ya a la abuela, y le tenían reservado elmismo sitio de antes, al lado del croupier. No me cabe duda de queaquellos croupiers -aquellas gentes indignas, que tienen el aspecto defuncionarios a los que no interesa si la banca gana o pierde- no son enel fondo tan indiferentes a las pérdidas de la banca como aparentan.Obran así para atraer a los jugadores y defender, del mejor modo posible, los intereses de la administración, lo que les vale primas y gratificaciones. Por lo menos, a la abuela la miraban ya como a su víctima.

Ocurrió lo que los nuestros preveían. Veamos cómo: La abuela selanzó sobre el "cero" e inmediatamente me hizo poner doce federicos.jugamos una vez, dos veces, tres veces. El "cero" no salía. "Pon, pon"me repetía sin cesar la abuela, empujándome en su impaciencia. Yo laobedecía.

- ¿Cuántas veces hemos jugado? -me preguntó al fin, exasperada.

-Doce veces ya, abuela. Son ciento cuarenta y cuatro federicosperdidos. Dejémoslo, abuela, y volveremos por la noche...

- ¡Calla! -interrumpió-. Sigue apostando al "cero" y al mismotiempo mil florines al "rojo".

El "rojo" salió, el "cero" no. Rescatamos mil florines.

- ¡Ves, ves! -murmuró la abuela-. Lo hemos rescatado casi todo.Pon de nuevo al cero. Todavía diez veces.

Pero a la quinta vez la abuela desistió.

- ¡Manda al diablo a ese miserable "cero"! Toma, pon cuatro milflorines al "rojo" -ordenó.

- ¡Abuela! Eso es mucho, y si el "rojo" pierde... -imploré.

Pero ella casi me pega, aunque me daba tales codazos, que mepegaba. Era inútil resistirse. Puse al "rojo" los cuatro mil florines ganados por la mañana. El disco comenzó a girar. La abuela se manteníaerguida y orgullosa en la convicción de que iba a ganar.

-" Zéro" -proclamó el croupier.

La abuela no comprendió de pronto, pero cuando vio al croupierque recogía sus cuatro mil florines con todo lo demás que estaba encima de la mesa, y se enteró de que el "cero", que se nos había escapado tantas veces y en el que habíamos arriesgado cerca de doscientosfedericos había salido, como si

se burlara de ella por no haber tenidofe en él, lanzó un gemido y dió una estrepitosa palmada. Esto hizo reira los que la rodeaban.

- ¡Dios mío! ¡Ha salido ahora el maldito! -gemía la abuela-. ¡Ah,el miserable! ¡Y todo por tu culpa! -gruñó, dándome un empujón-. Túme lo quitaste de la cabeza.

-Abuela, yo no te he dicho nada. ¿Cómo podía responder de todas tus jugadas?

- ¡Ya te haré ver yo las jugadas! -refunfuñó amenazadora-. ¡Vete!

-Adiós, abuela -y dando media vuelta, me dispuse a retirarme.

- ¡Alexei Ivanovitch, Alexei Ivanovitch, quédate! ¿Adónde vas?¿Qué te pasa? ¡Se ha enfadado! Vamos, quédate, no te enfades. ¡Soyuna tonta! ¡Anda, dime ahora lo que hay que hacer!

-Yo, abuela, no me atrevo a aconsejarla, porque si pierde meechará la culpa... juegue como le parezca. Yo colocaré las apuestas.

- ¡Vamos, vamos! ¡Bueno, pon cuatro mil florines al "rojo"! Toma mi cartera.

Sacó la cartera del bolsillo y me la entregó.

- ¡Anda, listo! Aquí tienes veinte mil rublos en dinero contante ysonante.

-Abuela -murmuré-, tales...

-Dejaré mi piel, pero los rescataré. ¡Juega!

Jugamos y perdimos.

- ¡Pon los ocho mil de una vez!

-Imposible, abuela; la postura máxima son cuatro mil.

-Bien, pon cuatro mil florines.

Esta vez ganamos. La abuela se animó.

- ¡Lo ves! ¡Lo estás viendo! -dijo triunfante, dándome un empujón-. ¡Pon los cuatro mil!

Obedecí sin replicar y perdimos, y así algunas veces seguidas.

-Abuela, los doce mil florines se han evaporado -anuncié.

-Ya lo veo -dijo ella con tranquilo furor, si se puede calificar así-.Ya lo veo, amigo mío -replicó con la mirada absorta y pareciendo meditar-. ¡Ea, dejaré la piel! ¡Pon cuatro mil florines!

-Ya no hay dinero, abuela. En la cartera ya no hay más que cheques y obligaciones rusas al cinco por ciento.

- ¿Y en el bolso?

-Queda muy poco, abuela.

- ¿No hay aquí casas de cambio? Me han dicho que se podíancambiar todos nuestros valores -dijo la abuela con un tono decidido.

- ¡Oh, desde luego! No faltan aquí esta clase de establecimientos.Pero perderá mucho cambiando valores, le cobrarán una elevada prima, capaz de asustar a un judío.

- ¡Cambiemos! ¡Ya los rescataré! Condúceme. ¡Que se llame aesos verdugos!

Yo empujé el sillón, los portadores se presentaron y salimos delcasino.

- ¡De prisa! -nos ordenó la abuela-. Indica el camino, Alexei Ivanovitch; vayamos a la que esté más cerca... ¿Está lejos?

-A dos pasos, abuela.

Pero en la avenida, al volver el "square", nos encontramos a todos nuestros deudos. El general, Des Grieux, la señorita Blanche y sumadre.

Paulina Alexandrovna no estaba con ellos. Mr. Astley tampoco.

- ¡Vamos, vamos, no nos detengamos! -gritó la abuela-. ¿Quéqueréis?... ¡No puedo perder el tiempo con vosotros ahora!

Yo iba detrás. Des Grieux se me acercó.

-Ha perdido todo lo que había ganado antes, y además doce milflorines. Vamos a cambiar obligaciones al cinco por ciento -murmuré,rápidamente.

Des Grieux dio una patada en el suelo y corrió a referir el hechoal general.

El sillón seguía rodando.

- ¡Deteneos! ¡Alto! -gritó el general exasperado.

- ¡Pruebe de detenerla usted mismo! -repliqué.

-Querida tía -comenzó diciendo el general, acercándose-, queridatía... vamos... -su voz temblaba y se debilitaba- vamos a alquilar caballos para irnos de excursión... Una vista admirable... La punta... ¡Veníamos a invitarla!

- ¡Déjame tranquila con tu punta! -gruñó la abuela.

-Allí hay una aldea... Tomaremos allí el té... -continuó el general, ya del todo desesperado.

-" Nous boirons du lait sur l'herbe fraîche" -añadió Des Grieuxcon malicia feroz.

"Du lait sur l'herbe fraîche", he ahí condensado el colmo del idilio para el burgués de París; esto resume, como se sabe, su concepción "de la nature et de la vérité".

- ¡Gracias por la leche! Regálate tú con ella, pues a mí me hacedaño al estómago. Por otra parte, ¿para qué insistir? ¡Os he dicho queno puedo perder el tiempo!

- ¡Ya hemos llegado, abuela! -exclamé.

Nos detuvimos ante la casa de cambio. La abuela permaneció ala entrada. Des Grieux, el general y Blanche se mantuvieron apartados, no sabiendo qué hacer. La abuela los miraba con aire rencoroso.Se decidieron a marchar en dirección al casino.

Me propusieron un cambio tan desventajoso que no me atreví aaceptar y volví para pedir instrucciones a la abuela.

- ¡Ah! ¡Bandidos! -exclamó, juntando las manos-. ¡Cambia de todos modos!... Un instante. ¡Tráeme al banquero!

- ¿Alguno de los empleados, abuela?

-Bien, un empleado. Es igual. ¡Bandidos!

Un empleado consintió en salir, al enterarse de que se trataba deuna anciana condesa impedida. La abuela le reprochó con vehemenciasu mala fe en una mezcla de ruso, de francés y de alemán, mientrasque yo hacía el oficio de intérprete. El empleado, muy grave, nos miraba en silencio y se encogía de hombros. Examinaba a la abuela conuna curiosidad excesiva que bordeaba la grosería. Luego comenzó asonreír.

- ¡Bien, sea! ¡Ahógate con mi dinero! -gritó la abuela-. Cambia,Alexei Ivanovitch, se hace tarde, si no iríamos a otro...

El empleado dijo que en otra casa todavía nos darían menos.

No recuerdo exactamente el cambio, pero era verdaderamenteruinoso. Cobré doce mil florines en oro y billetes, tomé la nota y se lollevé todo a la abuela.

- ¡Vamos! ¡Vamos! Es inútil contar -dijo ella gesticulando-. ¡Deprisa! ¡De prisa! jamás en la vida volveré a poner en ese maldito ceroy en ese rojo -profirió al acercarse al casino.

Esta vez toda mi elocuencia para hacerle ver que sólo debíaarriesgar pequeñas sumas, asegurándole que cuando volviese una racha de suerte se podría aprovechar. Al principio ella consintió, peroera tal su impaciencia que no había manera de retenerla durante eljuego. Cuando había ganado dos posturas de diez o veinte federicos:- ¡Ya lo ves! ¡Ya lo ves! -decía-. Hemos ganado. Si hubiese habidocuatro mil florines en lugar de diez habríamos ganado cuatro mil florines en lugar de... ¡tú tienes la culpa!

Y a pesar del enojo que me causaba su modo de jugar, resolvícallarme y no darle más consejos inútiles.

De pronto acudió Des Grieux. Los tres estaban en torno. Observéque la señorita Blanche se mantenía aparte con su madre y charlabacon el pequeño príncipe. El general estaba visiblemente en

desgracia,casi desterrado. La señorita Blanche ni se dignaba mirarle, a pesar deque él rondaba a su alrededor. ¡Pobre general! Palidecía y luego seponía sofocado; temblaba y ni siquiera podía seguir las jugadas de laabuela.

Blanche y el principito salieron finalmente. El general se apresuró a seguirles. Daba verdaderamente mucha lástima verle en aquelestado.

-" Madame, madame" -murmuró Des Grieux con tono meloso,inclinándose al oído de la abuela-, "madame, esta postura no estábien... no... no... no es posible" -añadía en mal ruso.

- ¿Qué hacer entonces? ¡Dímelo! -manifestó la abuela.

De pronto, Des Grieux se puso a hablar en francés con volubilidad; empezó a darle consejos. Decía que era preciso esperar la suerte ycomenzó incluso a indicar ciertas cifras... La abuela no comprendíanada. Tenía que recurrir constantemente a mí para la traducción. Eldesignaba con el dedo el tapete verde y terminó por coger un lápiz ycalcular en un papel. La abuela perdió la paciencia.

-Bueno, déjame, déjame en paz. Me mareas con tanto madame,madame... Y no entiendo una pala-bra... ¡Déjanos!

-" Pero madame" -gorjeó Des Grieux, y comenzó de nuevo a explicar y a demostrar, picado en su amor propio.

-Pues bien, juega una vez según tus ideas -me ordenó la abuela-,ahora veremos, quizá resulte.

Des Grieux intentó que desistiera de las grandes posturas e inducirla a jugar a los números separada-mente y en bloque. Puse, segúnsus indicaciones, un federico en una serie de cifras impares en losdoce primeros, y cinco federicos en grupos de cifras de doce a dieciocho y diez de dieciocho a veinticuatro. Arriesgábamos en total dieciséis federicos.

El disco comenzó a girar.

-"¡ Zéro!" -exclamó el croupier.

Lo perdimos todo.

- ¡No sabes jugar y te atreves a dar consejos! -gritó la abuela, dirigiéndose a Des Grieux-. ¡Vete! ¡No te metas en lo que no entiendas!

Horriblemente vejado, Des Grieux se encogió de hombros, lanzóuna mirada desdeñosa a la abuela y se retiró. Estaba arrepentido dehaberse entrometido, por no saber dominar su impaciencia en losasuntos de aquella vieja sin juicio, "tombée en enfance".

Al cabo de una hora, pese a nuestros esfuerzos... lo habíamosperdido todo.

- ¡Vámonos! -gritó la abuela.

Hasta llegar a la avenida no pronunció palabra. En la avenida, yal acercarnos al hotel, comenzaron sus lamentaciones.

- ¡Qué tonta! ¡Pero qué tonta he sido! ¡No soy más que una viejaestúpida!

Tan pronto llegó a su habitación, exclamó:

-Sirvan el té. ¡Qué me lo preparen inmediatamente? ¡Nos vamos!

- ¿A dónde va nuestra buena señora? -preguntó Marta.

- ¡A ti qué te importa! Ocúpate de tus asuntos. Potapytch, preparalas maletas. ¡Nos vamos a Moscú! ¡He perdido quince mil rublos!

- ¡Quince mil rublos, señora! ¡Dios mío! -exclamó Potapytch conaire enternecido, creyendo sin duda ser así servicial.

- ¡Vamos, vamos idiota! ¡No es el momento de lloriquear! ¡Calla!¡La cuenta en seguida!

-El primer tren no sale hasta las nueve y media, abuela -anuncié,para calmar su furor.

- ¿Qué hora es?

-Las siete y media.

- ¡Qué fastidio! Alexei Ivanovitch, no me queda ni un céntimo.Aquí hay dos obligaciones, corre allá a cambiarlas inmediatamente. Sino, no tendré con qué pagar el viaje.

Obedecí.

Media hora más tarde, de regreso al hotel encontré a todas nuestras gentes en torno a la abuela. La noticia de su marcha a Moscú lesimpresionaba más, según parecía, que sus pérdidas en el juego. Esverdad que al marcharse salvaba su fortuna. Pero ¿qué iba a ser delgeneral? ¿Quién pagaría a Des Grieux? La señorita Blanche, naturalmente, no esperaría la muerte de la abuela y se marcharía segura-mente con el pequeño príncipe o con cualquier pretendiente. Todos seesforzaban en consolar a la inquieta señora. Paulina estaba de nuevoausente.

La abuela les apostrofaba con vehemencia.

- ¡Dejadme en paz, pelmazos! ¿Qué os importa? ¿Qué quiere demí ese barbas de chico? -gritó, dirigiéndose a Des Grieux-. Y tú, fantoche, ¿qué te va ni te viene en todo esto? ¿Por qué te metes en miscosas?

- ¡Diantre! -murmuró la señorita Blanche, cuyos ojos chispeaban.Pero de pronto lanzó una carcajada y salió-. "¡ Elle vivra cent ans!"-gritóle al general desde la puerta.

- ¡Ah! ¿De modo que contabas con mi muerte? -chillóle al general-. ¡Vete de aquí! ¡Echalos a todos, Alexei Ivanovitch! ¿Qué diabloos importa esto a vosotros? He perdido mi dinero, no el vuestro.

El general se encogió de hombros, se inclinó y salió, seguido deDes Grieux.

-Ve a buscar a Praskovia -ordenó la abuela a Marta.

Al cabo de cinco minutos Marta volvía con Paulina. Durante todo este tiempo Paulina había permanecido en su habitación con losniños y, al parecer, habían propuesto no salir de allí en todo el día.

-Praskovia -empezó diciendo la abuela. ¿Es cierto lo que me dijeron recientemente de que tu imbécil suegro quiere casarse con esa locafrancesa, una actriz sin duda, o algo peor?

-No lo sé exactamente, abuela -contestó Paulina-. Pero a juzgarpor la misma señorita Blanche, que no intenta disimular, he sacado laconsecuencia...

- ¡Bastal -interrumpió la abuela-. ¡Lo comprendo todo! Siemprehe pensado que acabaría así y le he considerado siempre como el másnulo y frívolo de los hombres. Se envanece con su grado -le ascendieron a general cuando le retiraron- y se da tono. Lo sé todo, querida,todo, hasta los telegramas enviados a Moscú. "¿ Cerrará pronto los ojosla vieja?" Esperaban mi herencia. Sin dinero esa tía indecente.... esaCominges, según creo, no querría ni por lacayo a ese general de dientes postizos. Según, dicen, ella tiene un montón de dinero que presta ainterés y aumenta el capital. No te acuso, Praskovia. Tú no eres quienenvió los telegramas, y del pasado no me quiero acordar. Sé que tienesmal carácter. Eres una verdadera avispa, pequeña. Cuando picas, envenenas. Pero tengo lástima de ti, pues yo quería mucho a Catalina, tumadre. Pues bien, ¿quieres? Abandona todo esto y ven conmigo. Creoque no está bien que vivas ahora con el general.

Paulina quiso contestar; la abuela la interrumpió.

-Espera, que todavía no he terminado. Yo a ti no te pido nada.Conoces mi casa de Moscú... Es un palacio. Puedes ocupar todo unpiso entero y no verme durante semanas si mi carácter no te gusta.¿Quieres o no?

-Permítame antes que le pregunte si está verdaderaniente decidida a marcharse en seguida.

- ¿Crees que bromeo? Me iré como he dicho. He perdido quincemil rublos en vuestra maldita ruleta. Hice votos hace cinco años dereconstruir en piedra una iglesia de madera, en mi propiedad de lascercanías de Moscú. El lugar de esto he gastado aquí el dinero. Ahora,querida, me voy a reedificar la iglesia.

- ¿Pero y las aguas, abuela? ¿No ha venido usted para tomar lasaguas?

- ¡Déjame tranquila con las aguas¡ No me fastidies, Praskovia.¡Se diría que lo haces a propósito! Dime, ¿vienes, sí o no?

-Le estoy infinitamente reconocida, abuela, por el asilo que meofrece -dijo Paulina-. Usted ha adivinado, en parte, mi situación. Leestoy tan agradecida que, créame, iré a reunirme con usted en breveplazo. Pero ahora hay razones graves... y no puedo decidirme así, depronto. Si usted se quedase aunque no fuese más que dos semanas.

-Entonces, ¿no aceptas?

-Ahora no puedo. Además, no puedo abandonar a mi hermano ya mi hermana que... que... pueden, verdaderamente, encontrarse solos.Pero... si usted me recoge con los niños, abuela, entonces iré a vivir asu casa y me mostraré digna de su bondad, créame -añadió conmovida-. Pero sin los niños, imposible, abuela.

- ¡Vaya, no lloriquees! -Paulina no pensaba en lloriquear; por otraparte, no lloraba nunca-. Los polluelos encontrarán también sitio; elgallinero es grande. Además, ya tienen edad de ir a la escuela. Así,¿no vienes ahora? ¡Ve con cuidado, Praskovia! Desearía serte útil,pero ya sé por qué no quieres venir. Lo sé todo, Praskovia. No debesesperar nada bueno de ese maldito francés.

Paulina se ruborizó. Yo me estremecí.

¡Todos estaban, pues, al corriente; yo era, tal vez, el único que loignoraba!

-Vamos, vamos, no te enfades. Ve con cuidado, ¿me comprendes? Eres una muchacha inteligente... Esto me mataría de pena. ¡Bueno, basta, ya hemos hablado bastante, no te retengo más! ¡Adiós!

-La acompañaré, abuela -propuso Paulina.

-No hace falta. No te molestes; además, ya estoy harta de todosvosotros.

Paulina intentó besar la mano de la abuela, pero ésta la retiró y,abrazándola, la besó en la frente.

Al pasar por mi lado, Paulina me lanzó una mirada y bajó inmediatamente los ojos.

- ¡Bueno, también a ti te digo adiós, Alexei Ivanovitch! Falta unahora para la salida del tren. Debes estar cansado de mí. Toma estoscincuenta federicos.

-Se lo agradezco a usted mucho, abuela, pero se me hace difícil...

- ¡Vamos, vamos -gritó ella en tono tan enérgico que no me atrevía rechazarlos-. Cuando te halles en Moscú ven a verme. Te daré alguna recomendación. Puedes retirarte.

Fui a mi habitación y me tendí en la cama. Permanecí así unamedia hora, sin duda, echado de espaldas, las manos tras la nuca. Lacatástrofe se había desencadenado y era necesario reflexionar. Resolvíhablar seriamente con Paulina. ¿Era, pues, verdad eso del francés?¿Qué podía haber pasado entre los dos? ¡Paulina y Des Grieux! ¡Señor, sería posible!

Todo aquello era inverosímil. Me levanté del lecho bruscamente,fuera de mí, para ir inmediatamente en busca de Mr. Astley y obligarle a hablar, costase lo que costase. Debía saber muchas más cosasque yo. ¿Mr. Astley? ¡He aquí otro enigma!

De pronto llamaron a mi puerta. Era Potapytch.

-Alexei Ivanovitch. La señora le llama.

- ¿Cómo es eso? ¿No se va ya? Sólo faltan veinte minutos para lasalida del tren.

-Está inquieta, apenas puede dominarse. "¡ De prisa, de prisa!"-dice, refiriéndose a usted-. ¡Le quiere ver inmediatamente! ¡Por amorde Dios, no tarde!

Bajé inmediatamente. Habían transportado ya a la abuela al corredor. Tenía en la mano su cartera.

-Alexei Ivanovitch, ve delante y... ¡En marcha!

- ¿A dónde, abuela?

- ¡Dejaré la piel, pero lo rescataré! ¡Vamos, anden, y tú no hagaspreguntas! ¿Se juega hasta las once y media, no es verdad?

La miré estupefacto. Reflexioné y luego me decidí inmediatamente.

-Usted puede hacer lo que quiera, Antonina Vassielievna, peroyo no iré.

- ¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Qué mosca te ha picado?

-Usted puede hacer lo que quiera. Yo no quiero tener que reprocharme nada. No quiero. No quiero ser testigo ni participante en eso.Dispénseme, Antonina Vassilievna. ¡Tome sus cincuenta federicos!¡Adiós!

Dejé el cartucho de áureas monedas sobre una pequeña mesa cerca de la cual se hallaba el sillón de la abuela, saludé y me retiré.

- ¡Qué tontería! -gritó detrás de mí la abuela-. ¡Pues bien, vete, yaencontraré el camino sola! ¡Potapytch, sígueme! ¡Vamos, llevadme!

No pude encontrar a Mr. Astley y regresé a casa. Tarde, ya pasadas las doce de la noche, me enteré por Potapytch de cómo había terminado la jornada de la abuela. Había perdido todo lo que hacía pocole había cambiado yo, es decir, diez mil rublos. El polaco a quien ellahabía dado dos federicos por la mañana le había servido de factótum yestuvo dirigiendo el juego durante todo el tiempo.

Primeramente recurrió a Potapytch, pero se cansó pronto de él.Entonces fue cuando se presentó el polaco. Como si hubiese sido hecho a propósito, comprendía el ruso y lo hablaba de un modo bastanteaceptable y con aquel chapurreo se entendieron perfectamente. Laabuela le llenaba de injurias, pero él las soportaba calladamente.

-No se puede comparar con usted, Alexei Ivanovitch -me decíaPotapytch-; con usted trataba ella exactamente como con un caballero,mientras éste... Dios me confunda, le robaba el dinero de encima de lamesa. Ella le pilló dos veces en esa faena. Le lanzaba toda clase deinsultos, le tiraba, incluso, de los pelos, se lo juro, de tal modo quetodo el mundo se reía. Lo ha perdido todo, mi buen señor, todo el dinero que usted le cambió. Hemos traído aquí a la señora, ha pedido debeber, ha hecho la señal de la cruz y se ha echado en la cama. Debíaestar agotada, pues se ha dormido inmediatamente. ¡Que Dios le dé undulce sueño! ¡Oh, estas tierras extranjeras -terminó diciendo Potapytch-, ya me parecía a mí que no son nada buenas! ¡Que pronto podamos volver a ver nuestro Moscú! ¿Qué es lo que nos falta? Floresque nos perfumen, flores como no se ven aquí. Es el momento en quelas manzanas maduran. Hay aire en los espacios... ¡Pero, no, hemostenido que abandonar todo esto para venir al extranjero...! ¡oh ...!

CAPITULO XIII

He estado casi un mes sin continuar estas memorias, empezadasbajo la influencia de impresiones, desordenadas, pero fuertes.

La catástrofe, cuya inminencia preveía, se ha desencadenado, enefecto, pero cien veces más brusca e inesperada de lo que supusiera.

Todo aquello fue algo extraño, tumultuoso, y hasta trágico paramí. Al menos las sigo considerando así hasta el momento actual, aunque, desde otro punto de vista, y sobre todo juzgando según el torbellino en que me agitaba entonces, sean a lo más un pocoexcepcionales. Pero lo que me parece más milagroso es el modo cómome he comportado respecto a esos acontecimientos. ¡No consigo todavía comprenderlo!

Todo eso pasó volando, como un sueño -incluso mi pasión-. Sinembargo, era una pasión fuerte y sincera.... pero ¿qué ha sido de ella?No queda nada, hasta el punto que algunas veces se me ocurre la siguiente idea: "¿ No habré perdido la cabeza y pasado todo ese períodoen algún manicomio? ¿Quizá me hallo en él todavía, de modo que"todo eso no existe' y continúa no existiendo", no es más que una ilusión...?

He reunido y releído mis cuartillas -quién sabe si para convencerme que no las escribí en un manicomio-. Ahora estoy completamente solo. El otoño se acerca, las hojas amarillean. Permanezco enesta melancólica y pequeña ciudad - ¡qué tristes son las pequeñas ciudades alemanas!- y en lugar de reflexionar en lo que conviene hacervivo bajo la influencia de sensaciones apenas extinguidas, de recientesrecuerdos, como un objeto ligero arrastrado por el viento...

Antójaseme, a veces, que continúo siendo juguete del viento yque de un momento a otro me empujará con fuerza, me hará perder elequilibrio, el sentido de la medida, y girar indefinidamente...

Aunque, por lo demás, tal vez me detenga en algún sitio si recapacito, lo más exactamente posible, en todo lo que me ha ocurridodurante este mes. Siento de nuevo necesidad de escribir, pues muchasveces mis veladas vacías son interminables. Cosa extraña. Para matarel tiempo, no importa cómo, entro en un deplorable gabinete de lectura para tomar las novelas de Paul de Kock -traducidas al alemán-, queme fastidian, pero que leo, con gran asombro de mi parte. Se diría quetemo que se rompa el encanto del pasado a causa de una lectura o poruna ocupación seria. Ese sueño tumultuoso y las impresiones que de élsubsisten me son tan queridas que temo que el contacto de las cosasnuevas lo haga desvanecer. Si todo esto me es querido, seguramentede aquí a cuarenta años me acordaré todavía...

Tomo, pues, la pluma. Puedo ahora narrar ciertas cosas más brevemente. Las impresiones no son en modo alguno las mismas...

Ante todo terminaremos de hablar de las aventuras de la abuela.

Al día siguiente perdió hasta el último céntimo. No tenía másremedio que ser así. Una vez en ese camino las gentes como ella vanrodando, cada vez más rápidamente, como un trineo por una pendiente nevada. Estuvo jugando durante todo el día, hasta las ocho dela noche. Yo no me hallaba presente y lo sé por lo que oí decir.

Potapytch permaneció todo aquel tiempo a su lado, en el casino.Los polacos que asesoraban el juego de la abuela fueron relevadosvarias veces. Comenzó la abuela por despedir a aquel a quien la víspera

había tirado de los pelos y tomó otro que demostró ser casi peor.Arrojó al segundo polaco para volver a tomar al primero, que no sehabía marchado a pesar de su mala suerte y ne había cesado de rondartras el sillón de lapavi. Entonces la abuela cayó en una verdadera desesperación. El segundo polaco despedido no quería marcharse a ningún precio. Uno se instaló a la derecha y otro a la izquierda. Todo eltiempo discutían respecto a las posturas y a las jugadas, tratándosemutuamente de ladjak -canalla- y otras amabilidades polacas, despuésde lo cual se reconciliaban, tiraban el dinero al tuntún, maniobrabande cualquier manera. Durante sus peleas cada uno jugaba por su parte,el uno sobre el rouge y el otro sobre el noir.

Marearon de tal modo a la abuela y la desalentaron hasta talpunto, que ella imploró, casi con lágrimas en los ojos, la proteccióndel croupier mayor. Efectivamente, en seguida los echaron, a pesar desus gritos y de sus protestas. Hablaban los dos a la vez, pretendiendoque la abuela les había engañado y se había mostrado desleal conellos.

El desgraciado Potapytch me contó todo esto la misma noche,llorando sin consuelo y renegando de que aquellos canallas se hubiesen llenado los bolsillos. Les había visto maniobrar y robar descaradamente.

Uno de ellos, por ejemplo, pedía a la abuela cinco federicos porsu trabajo y los ponía a la ruleta al lado de la postura de la vieja señora. Si ganaba, gritaba que la ganancia le pertenecía, mientras que laabuela había perdido. Luego que los echaron, Potapytch salió trasellos, denunció que llevaban los bolsillos llenos de oro. La abuela rogóal croupier que adoptase las medidas oportunas, y, a pesar de los clamores de los dos bribones (exactamente como dos gatos cogidos porlas patas), se presentó la policía, qué vació el contenido de sus bolsillos para entregarlo a la abuela.

Mientras tuvo dinero para perder la anciana, se impuso visiblemente a los croupiers y a la dirección del casino. Poco a poco su famase difundió por toda la ciudad. Los bañistas de todos los países, sindistinción de rango, afluían para contemplar "une vieille comtesserusse, tombée en enfance" que había perdido ya "varios millones".

Pero la abuela ganó muy poco con que la librasen de los dos polacos. En su lugar acudió un tercero a ofrecer inmediatamente susservicios. Esta hablaba perfectamente el ruso y parecía un lacayo vestido de señor. Tenía grandes bigotes y mucho amor propio. El también"se arrastraba a los pies de la pani", pero se mostraba arrogante conlos que le rodeaban, mandaba como un déspota. En una palabra, seafirmó no como el servidor, sino como el tirano de la abuela. En todomomento, a cada jugada, se dirigía a la abuela y juraba por todos losdioses que era " *un panzhonorem* " -un hombre honrado- y que no cogería un solo kopek. A fuerza de oírle repetir estos juramentos la abuelaacabó por tenerle miedo. Pero como aquel *panz* , efectivamente, pareció al principio modificar su juego, dudaba en prescindir de él.

Al cabo de una hora, los dos polacos expulsados del casino volvieron a aparecer detrás del sillón de la abuela, ofreciendo de nuevosus servicios, aunque no fuese más que para encargos. Potapytch juraba que el "panz honorem" les había guiñado el ojo e incluso entregadoalgo.

Corno la abuela no había comido y no abandonaba su sillón, unode los polacos pudo serle útil. Corrió al buffet para buscar una taza decaldo, luego otra de té. Pero al fin de la jornada, cuando ya era evidente que estaba perdiendo sus últimos billetes de banco, estaban detrás de su sillón hasta seis polacos que habían salido no se sabe dedónde. La abuela veía cómo se le escapaban las últimas monedas yellos, sin escucharla ni hacerla caso, se inclinaban sobre la mesa, porencima de su cabeza, cogían el dinero ellos mismos, daban órdenes,jugaban, disputaban y trataban de tú por tú al "panz honorem", que

sehabía olvidado casi de la existencia de la anciana señora.

Y cuando la abuela, ya despojada de cuanto tenía, volvió a lasocho de la noche al hotel, tres o cuatro polacos no se decidían a abandonarla. Corrían a derecha e izquierda del sillón, vociferaban, aseguraban, con volubilidad, que ella les había engañado y les debía unacompensación. Llegaron hasta la puerta del hotel, de donde los echaron a empujones. Según los cálculos de Potapytch, la abuela perdió enaquel día noventa mil rubios, sin contar el dinero perdido la víspera.Todos sus valores -obligaciones al cinco por ciento, rentas del Estado,acciones- desaparecieron unos tras otros.

Me causaba extrañeza que se hubiese podido mantener firme enel sillón ocho horas seguidas. Pero, según Potapytch, había realizadograndes ganancias y entonces se abandonaba a una nueva esperanzaque impedía que se marchase. Por otra parte, los jugadores saben perfectamente que se puede estar sentado veinticuatro horas seguidasjugando a las cartas sin desviar la mirada ni a la derecha ni a la izquierda. Aquel mismo día pasaron igualmente en nuestro hotel cosasdecisivas.

Poco antes de las once de la mañana, cuando aún la abuela estaba en su cuarto, el general y Des Grieux resolvieron intentar un últimoesfuerzo. Habiéndose enterado de que, lejos de marcharse, habíavuelto al casino, fueron a verla para discutir definitivamente e incluso"francamente". El general que temblaba y desfallecía ante la perspectiva de las funestas consecuencias que podían resultar para él, perdiólos estribos; después de haber suplicado durante media hora y de haberlo confesado todo, es decir, sus deudas y hasta su pasión por la señorita Blanche -estaba completamente loco tomó de pronto un tonoamenazador y comenzo a renir a la abuela. Ella deshonraba su nombre, se convertia en la causa de un escándalo en toda la ciudad y, enfin... en fin...

-Desacredita usted el nombre de Rusia, señora -clamó el general-, ¡y aquí hay policia para eso!

La abuela le expulsó finalmente con un par de golpes de su bastón.

Una o dos veces todavía el general y Des Grieux examinaron laPosibilidad de recurrir a la Policía. "Una pobre vieja, honrada, perochocha, acaba de arruinarse en el juego.... etc. ¿No se podría obteneruna vigilancia o una intervención ... ?" Pero Des Grieux se contentabacon encogerse de hombros y se reía en las mismas narices del general,que no sabiendo ya qué despotricar, iba de un lado a otro del cuarto.Finalmente Des Grieux se cansó y se marchó.

Por la noche se supo que había salido del hotel después de unaconversación misteriosa con la señorita Blanche.

En cuanto a esta última, había tomado, desde por la mañana,medidas decisivas. Había despedido al general, prohibiéndole que sevolviese a presentar ante sus ojos. Cuando él corrió a unírsele en elcasino y la encontró del brazo del pequeño príncipe, ni ella ni la señora viuda de Cominges dieron muestras de conocerle. El príncipe no saludó.

Durante todo el día la señorita Blanche sondeó y maniobró cercadel príncipe para que se le declarase definitivamente. Pero, ¡ay!, sehabía equivocado cruelmente en lo que se refiere a ese personaje. Estapequeña catástrofe ocurrió por la noche. Se descubrió que el príncipeera más pobre que una rata y que incluso se proponía pedirle prestadodinero contra un pagaré para poder jugar a la ruleta. Blanche, indignada, lo echó de su lado y fue a encerrarse en sus habitaciones.

En la mañana de aquel mismo día fui a casa de Mr. Astley, omás bien le busqué durante varias horas sin poder encontrarle ni en elcasino ni en el parque. Ese día no comía en su hotel. A las cinco

vicasualmente que salía de la estación y se dirigía al Hôtel d'Angleterre.Iba de prisa y no parecía muy preocupado, aunque hubiera sido dificildiscernir en su rostro expresión alguna. Me tendió alegremente lamano con su exclamación habitual: "¡ Ah!", pero continuó andandocon paso rápido.

Le acompañé, pero me recibió de tal modo que no pude preguntarle nada. Además, me repugnaba mucho hablar de Paulina. El mismo tampoco me preguntó por ella. Le hablé de la abuela; me escuchó con atención, y luego se encogió de hombros.

- ¡Lo perderá todo! -insinué.

- ¡Oh, sí! -contestó él-. Se disponía a jugar cuando me marché.Ya sabía que perdería. Si tengo tiempo iré a verla al casino, pues escosa muy curiosa.

- ¿A dónde fue usted? -le pregunté, sorprendido de no haberlo hecho hasta entonces.

-A Francfort.

- ¿Por negocios?

-Sí, por negocios.

¿Para qué insistir? Continué marchando a su lado, pero dio lavuelta hacia el *Hôtel des Quatre Saisons* , me hizo una inclinación decabeza y desapareció.

Al volver al hotel me di poco a poco cuenta de que, aunque hubiera hablado dos horas con él, no habría sacado nada, porque.... enrealidad, no tenía nada que preguntarle. ¡Sí, era seguramente eso! Mehubiese sido imposible formular mi pregunta.

Todo aquel dia estuvo Paulina de paseo por el parque con la niñera y los niños, y luego permaneció en su habitación . Desde hacíatiempo evitaba al general, y casi no le dirigía la palabra. Ya lo habíanotado yo tiempo antes.

Pero sabiendo en qué situación se encontraba entonces el generalpensé que éste no podía menos de contar con ella, es decir, que entreellos tendría que haber una explicación familiar importante.

Sin embargo, cuando regresé al hotel, después de mi conversación con Mr. Astley, encontré a Paulina con los niños. Su fisonomíareflejaba una serenidad imperturbable, como si fuese la única que hubiese salido con bien de las tempestades de familia. Contestó a misaludo con una inclinación de cabeza. Entré en mi habitación de muymal humor.

Ciertamente que yo evitaba hablar con ella, y ni una vez le habíadirigido la palabra después del incidente con los Wurmenheim. Además, me hacía el ofendido, pero a medida que el tiempo pasaba unaverdadera indignación se acentuaba en mí. Aun cuando no me amase,no era ésta una razón para que prescindiera en absoluto de mí y acogiese mis confidencias con tal desdén. Ella sabía que yo la amaba eincluso había permitido que se lo dijese. A decir verdad, nuestras relaciones habían empezado de un modo extraño. Desde hacía tiempo,cosa de dos meses, yo notaba que ella quería hacer de mí su amigo, suconfidente, y que en parte trataba de tentarme. En verdad, eran extrañas nuestras relaciones. He aquí por qué yo la había hablado en aqueltono. Pero si mi amor la ofendía, ¿por qué no me prohibía francamente hablarle de él?

"No me lo prohíbe -pensaba-. Ella misma, por el contrario, meha incitado algunas veces a hablar... seguramente para burlarse. Estoyseguro, lo he comprobado muchas veces. Le gustaba, después de haberme escuchado y llevado al terreno de las confidencias, contestarmecon una manifestación de su soberano desprecio y de su indiferencia.Sin embargo, no ignoraba que yo no podía vivir sin ella. Han pasadotres días desde el incidente con el barón y ya no puedo soportar pormás tiempo nuestra "separación". Cuando la he encontrado, hace unmomento, mi corazón latía con tal violencia que me he puesto pálido.¡Ella tampoco puede vivir sin mí! Le soy necesario, ¿solamente a título de bufón?"

"Ella tiene un secreto, ¡es evidente! Su diálogo con la abuela meha oprimido el corazón. ¡Cuántas veces la he suplicado que fuesefranca conmigo, pues sabe perfectamente que yo estoy dispuesto aarriesgar por ella mi vida! Pero siempre me ha tratado con el mismodesdén, y en lugar de la vida que le ofrecía exigía de mí proezas ridículas, como la de provocar al barón. ¿No resulta todo esto doloroso?¿Es posible que ese francés lo represente todo para ella? ¿Y Mr.Astley?" Pero al llegar a este punto mis ideas se confundían completamente. ¡Y cuántas torturas experimentaba! ¡Cuántas, Dios mío!

Al entrar en mi habitación bajo el imperio de la cólera, cogí lapluma y escribí esta carta: "Paulina Alexandrovna, comprendo que eldesenlace está próximo. Usted también sufrirá las consecuencias. Porúltima vez repito: ¿Tiene usted, sí o no, necesidad de mi cabeza? Si lesoy necesario "sea para lo que sea", disponga de mí. Por el momentopermanezco la mayor parte del día en mi habitación y no pienso salir.En caso de necesidad escriba o mándeme llamar."

Lacré la misiva y la envié por el camarero, con la orden de entregarla en propia mano. No esperaba yo contestación, pero al cabo dealgunos minutos volvía el criado con la noticia de que "le habían encargado de transmitir un saludo".

A las siete el general me mandó buscar.

Estaba aquél en su gabinete. Iba vestido de calle, como si se dispusiera a salir.

Al entrar vi que estaba en el centro de la habitación, con laspiernas separadas, la cabeza baja, y hablando solo, en voz alta. Encuanto me hubo visto se lanzó hacia mí, casi gritando, de modo queretrocedí instintivamente y quise huir. Pero me cogió las manos y mellevó hacia el diván. Sentóse allí, y a mí me hizo sentar en una butacaante él, y, sin soltar mis manos, con labios pálidos y temblorosos, conlágrimas en sus ojos, dijo con voz suplicante: - ¡Alexei Ivanovitch,sálveme! ¡Sálveme, tenga piedad de mí!

Permanecí largo rato sin comprender nada. A través de unaoleada de palabras repetía constantemente: "¡ Tenga piedad, tenga piedad!" Finalmente pude entender que esperaba de mí algo así como unconsejo. O más exactamente, que abandonado de todos, angustiado,desesperado, se había acordado de mí y me llamaba con el único fin dehablar, de hablar sin descanso.

Se sentía trastornado, o al menos trastornado en grado sumo.Juntó las manos, dispuesto a arrojarse a mis pies, para... - ¡cualquieralo adivina ...!- para que yo fuese a buscar a la señorita Blanche, paraque la exhortase a volver a él, a casarse con él.

- ¡Por Dios, mi general! -exclamé-; ¿qué puedo hacer yo? La señorita Blanche probablemente no se ha fijado siquiera en mí.

Pero las objeciones no servían para nada. No comprendía lo quele decía yo. Hablaba con frases incoherentes acerca de la abuela, persistía en su idea de llamar a la policía.

- ¡En nuestra patria, en nuestro país -dijo lleno de indignación-,es decir, en un estado con policía, donde las autoridades cumplen consu deber, se pondría inmediatamente bajo tutela a viejas como ésa! Sí,señor, sí -siguió diciendo, levantándose de su asiento y yendo de unlado a otro de la habitación-. ¿Lo ignora usted, señor? -y se dirigía aun personaje imaginario que se hallara en un rincón-. Pues bien, sépalo... sí... en nuestra patria, a viejas como ésa se las castiga, se lashace entrar en razón... ¡Oh, sapristi!

Se dejó caer nuevamente sobre el diván, y al cabo de un instante,sollozando casi, con voz apagada, me anunció que la señorita Blancheya no se casaba con él, porque la abuela había llegado en vez del esperado telegrama y era evidente que se escapaba la herencia. Creía comunicarme algo nuevo. Yo intenté hablarle de Des Grieux. El hizo ungesto de desaliento.

- ¡Se ha marchado! ¡Tiene todos mis bienes en garantía! ¡Estoypelado como un halcón! Del dinero que trajo usted... ignoro lo quequeda. Lo más setecientos francos. Esto es todo cuanto poseo; de ahora en adelante... ¡a la buena de Dios...!

- ¿Cómo pagará usted la cuenta del hotel? -exclamé asustado-. Yluego... ¿qué va a hacer?

Me miró con aire pensativo, pero creo que no me había comprendido siquiera. Hice alusión a Paulina Alexandrovna, a los niños.El contestó muy aprisa. "¡ Sí, sí!", pero comenzó en seguida a hablardel príncipe que iba a partir con Blanche y...

- ¿Qué va a ser de mi, Alexei Ivanovitch? -me preguntó de pronto-. ¡En nombre del cielo! ¿Qué va a ser de mí?... Se trata de una negra ingratitud. ¿No es verdad que es una ingratitud?

Para terminar, comenzó a derramar un torrente de lágrimas.

No era posible hacer nada con semejante hombre. Por otra parte,dejarle solo era peligroso, pues podía ocurrirle algo. Conseguí salir,pero advertí a la niñera que diese una mirada de cuando en cuando.Hablé, además, al mozo del corredor, un muchacho muy inteligente,que me prometió vigilarle.

Apenas hube dejado al general cuando Potapytch vino a buscarme de parte de la abuela. Eran las ocho y acababa de llegar del casinosin un céntimo. Me encaminé a sus habitaciones. La vieja estaba sentada en su sillón, agotada y visiblemente enferma. Marta le servía unataza de té, que le hacía beber casi a la fuerza. La voz y el tono de laabuela habían cambiado.

-Hola, amigo Alexei Ivanovitch -dijo, saludándome con gravedad-. Excúsame por haberte molestado una vez más, perdona a unaanciana. Lo he perdido todo allá abajo, cerca de cien mil rublos. Tenías mucha razón al no querer acompañarme ayer. Me encuentro ahora aquí sin recursos. No quiero perder un solo minuto y me voy a lasnueve y media. He mandado a buscar a ese inglés amigo tuyo, Mr.Astley, para pedirle prestados tres mil francos por ocho días. Tranquilízale en caso de que tenga dudas. Tengo todavía algo, amigo mío.Poseo tres fincas y dos casas. Me queda dinero líquido, pues no lotraje todo conmigo. Digo esto para que no tenga recelos... ¡Ya estáaquí! Bien se ve que es una buena persona.

Mr. Astley había acudido a la primera llamada de la abuela. Sindudar ni hablar mucho le contó inmediatamente tres mil francos acambio de un recibo que la abuela firmó. Después de lo cual saludó yse retiró inmediatamente.

-Y ahora vete tú también, Alexei Ivanovitch. Me queda un pocomás de una hora. Quiero acostarme, pues los huesos me duelen. Ahoraya no acusaré más a lo jóvenes de ligereza. Hasta me causa escrúpulosacusar a ese desgraciado general. Sin embargo no le daré dinero, tantosi quiere como si no

quiere, porque según mi opinión es un solemneestúpido. Pero yo, vieja y tonta, no estoy tampoco razonable. Bien esverdad que, aunque tarde, Dios castiga la presunción. ¡Que lo pasesbien! ¡Marta, ayúdame!

Hubiera querido, sin embargo, acompañar a la abuela. Además,estaba en espera de un acontecimiento, de algo que iba a ocurrir. Nopodía estarme quieto. Salí al corredor y luego a dar un paseo por laavenida. Mí carta a Paulina era clara y categórica, y la catástrofe, seguramente, definitiva. Oí hablar en el hotel de la partida de DesGrieux. Después de todo, si ella me rechazaba como amigo, quizápudiera serle útil como críado. Pues yo podía serle útil, aunque sólofuese para desempeñar sus encargos. ¡Esto era lógico!

A la hora de salida corrí a la estación y saludé a la abuela. Ella ysu séquito ocuparon un departamento reservado.

-Gracias, amigo mío, por tu concurso desinteresado -me dijo aldespedirse-. Repite a Praskovia lo que le dije ayer. La espero.

Volví al hotel. Al pasar por delante de las habitaciones del general encontré a la niñera y le pregunté por él.

-No va mal -dijo ella, tristemente.

Entré. Pero me detuve en la puerta del gabinete en el colmo de lasorpresa. La señorita Blanche y el general reían a carcajadas. La señora viuda de Cominges estaba sentada en el diván. El general parecíaloco de alegría y decía barbaridades. Se hallaba presa de un accesonervioso de risa, que arrugaba su rostro y escamoteaba sus ojos.

Me enteré más tarde de que Blanche, después de haber despachado al príncipe, informada de la desolación del general, había ido apasar unos momentos a su lado para consolarle. Pero el pobre hombreno suponía que en aquellos momentos su suerte estaba ya decidida yque Blanche había ya empezado a hacer las maletas para huir a Parísen el primer tren de la siguiente mañana.

Después de haberme detenido en el umbral del gabinete renunciéa entrar y me retiré sin ser visto.

Al entrar en mi cuarto distinguí en la penumbra una personasentada sobre una silla, en un rincón, cerca de la ventana. Avancérápidamente, miré... y me faltó la respiración. ¡Era Paulina!

CAPITULO XIV

Lancé una exclamación de sorpresa.

- ¿Qué le pasa? -preguntó ella, en un tono extraño.

Estaba pálida y abatida.

- ¿Cómo que qué me pasa? ¡Usted aquí, en mi cuarto!

-Sí, aquí estoy. Cuando vengo, vengo yo misma, toda entera. Esmi costumbre. Usted va a verlo. Encienda la bujía.

Encendí. Ella se puso en pie. Se acercó a la mesa y puso ante míuna carta abierta.

- ¡Lea! -ordenó.

-Es... letra de Des Grieux -dije, tomando la carta.

Mis manos temblaban y los renglones danzaban ante mis ojos.He olvidado los términos exactos de la misiva, pero hela aquí, si nopalabra por palabra, al menos idea por idea:

"Mademoiselle -escribía Des Grieux-, circunstancias desagradables me obligan a partir inmediatamente. Se habrá usted, sin duda,dado cuenta de que he evitado con toda intención una explicación definitiva con usted hasta que todas las circunstancias estuviesen aclaradas. La llegada de la "vieille dame", su parienta y su conductaextravagante han puesto fin a mis perplejidades. La difícil situación demis negocios me veda al fomentar las dulces esperanzas que habíaosado concebir durante algún tiempo. Deploro lo ocurrido, pero esperoque no encontrará usted nada en mi conducta que sea indigno "d'ungentil-homme et d'un honnête homme". Habiendo perdido casi todomi dinero para regular las deudas del general, me veo en la necesidadde sacar partido de lo que aún me queda: he avisado ya a mis amigosde Petersburgo para que proceda inmediatamente a la venta de losbienes hipote cados a mi favor. Sabiendo, sin embargo, que en su ligereza, el general ha disipado la fortuna de usted, he decidido perdonarle cincuenta mil francos y devolverle una parte de los pagarés pordicha suma. De modo que ahora queda usted en situación de recobrarlo perdido y reivindicar su fortuna por vía judicial. Creo, "mademoiselle", que en la actual situación mi proceder le será muy ventajoso.Espero también cumplir de este modo el deber de un "galant homme".Esté cierta de que su recuerdo quedará para siempre grabado en micorazón."

-Vaya, vaya, esto está claro -dije a Paulina-. ¿Podía usted esperarotra cosa? -añadí, con indignación.

-Yo no esperaba nada -replicó ella con calma aparente; pero unanota de emoción vibraba en su voz-. Estoy informada desde hacetiempo. He leído sus pensamientos. El pensaba que yo buscaba... queinsistiría...

Se detuvo, se mordió los labios y calló.

-He redoblado con toda intención mi desprecio hacia él -dijo alcabo de un instante-. Le esperaba en su modo de obrar. Si hubiesellegado un telegrama anunciando la herencia, le habría despedidodespués de tirarle a la cara el dinero que le debe ese idiota -entiéndaseel general-.

Hace mucho tiempo, mucho tiempo, que le odio. ¡No era el mismo hombre de otros tiempo, no, mil veces no...! ¡Pero ahora, ahora...! ¡Con qué placer le lanzaría a la cara esos cincuenta mil francos, conun salivazo además!

-Pero los documentos..., esa hipoteca de cincuenta mil francosque ha devuelto. ¿No es el general quien la tiene? Pídala y devuélvasela a Des Grieux.

- ¡Oh, no es lo mismo!

-No, en efecto; no es lo mismo. Además, ¿para qué le sirve ahorael general? ¿Y la abuela...? -dije de pronto.

Paulina me miró con aire distraído, impaciente.

- ¿La abuela? -replicó con disgusto-. No puedo ir a su casa... Y noquiero pedirle perdón a nadie -añadió, irritada.

- ¡Qué hacer! -exclamé-. ¿Pero cómo, cómo ha podido usted amara Des Grieux? ¡Oh, el cobarde, cobarde! Pues bien, ¿quiere usted quele desafíe y mate en duelo? ¿Dónde se halla ahora?

-En Francfort, donde pasará tres días.

-Una sola palabra de usted y salgo mañana mismo en el primertren -ofrecíle con un entusiasmo estúpido.

Se echó a reír.

-Para que él le diga: "Empiece por devolverle los cincuenta milfrancos." ¿Y por qué se batirá con usted? ¡Qué absurdo!

-Entonces, ¿de dónde sacar esos cincuenta mil francos? ¿De dónde? -repetía yo, rechinando los dientes, como si fuera posible irlosrecogiendo del suelo-. Pero ahora se me ocurre: ¿y Mr. Astley? -lepregunté, sintiendo surgir en mí una idea espantosa.

Sus ojos brillaron.

- ¡Entonces "tú" quieres que "te" deje para ir a buscar a ese inglés! -dijo con sonrisa amarga, hundiendo su mirada en mis ojos. Erala primera vez que me tuteaba.

En aquel instante debió sentir una especie de vértigo a causa dela emoción, pues se dejó caer sobre el diván, como agotada.

Fue para mí como un rayo de luz. No podía creer lo que veía nilo que oía. ¡Me amaba! ¡Había venido a mí y no había ido a Mr.Astley! Había venido sola a mi cuarto, ¡ella, una señorita! Se comprometía públicamente... ¡y yo permanecía plantado ante ella, sincomprender todavía!

Una idea fantástica me iluminó.

- ¡Paulina, concédeme solamente una hora! ¡Espera aquí una horay... volveré! ¡Es necesario! ¡Tú verás! ¡Quédate aquí, quédate aquí!

Y me lancé fuera de la habitación, sin contestar a su interrogación muda. Dijo algo, pero no me volví.

Sí; a veces la idea más absurda, la idea más fantástica en apariencia, se apodera de nosotros con tal fuerza que acabamos porcreerla realizable...

Más todavía: si esa idea se asocia a un deseo violento, apasionado, se considera como algo fatal, ineludible, predestinado.

Quizá medie en ello un no sé qué, una combinación de presentimientos, un esfuerzo extraordinario de la voluntad, una intoxicaciónpor la propia imaginación.

Lo ignoro; pero aquella noche -que no olvidaré nunca- me ocurrió una aventura prodigiosa. Aunque se explica perfectamente por laaritmética, continúa, sin embargo, siendo prodigiosa a mis ojos.

¿Y por qué, por qué esta certeza estaba tan profundamente arraigada en mí, y desde hacía tanto tiempo? Pensaba en ello -lo repito- nocomo una eventualidad, sino como algo que debía necesariamenteocurrir.

Eran las diez y cuarto. Entré en el casino con una viva esperanza, pero también con una agitación tal como nunca hasta entoncessintiera. Había aún bastante gente en las salas; menos, sin embargo,que durante el día.

A esta hora no quedan en torno del tapete verde más que los jugadores empedernidos que han acudido al balneario sólo por la ruletay no se interesan por ninguna otra cosa durante toda la temporada, yapenas se dan cuenta de lo que pasa en torno suyo. Juegan desde lamañana hasta la noche y estarían seguramente dispuestos a continuarjugando hasta la madrugada, pues sólo de mala gana se retiran cuando, hacia las doce, se para la ruleta. Y cuando el croupier principalanuncia "Les trois derniers coups, messieurs" están dispuestos aarriesgar en aquellas tres últimas jugadas cuanto tienen en los bolsillos. Es a esta hora, en efecto, cuando se observan las mayores pérdidas.

Me dirigí hacia la mesa en que había jugado la abuela. No habíaallí mucha gente, así que pude ocupar pronto un buen lugar. Ante mí,en el tapete verde, leí la palabra passe. *Passe* designa los números que van del 19 al 36. La primera serie, del 1 al 18, se llama *manque* . Pero ¿que me importa eso? Yo nocalculaba, ignoraba incluso el último número que había salido y no meinformé siquiera, según cuidan de hacer todos los jugadores metódicosantes de empezar a jugar.

Saqué mis veinte federicos y los puse en el *passe*.

- ¡Veintidós! -dijo el croupier.

Había ganado. Arriesgué de nuevo el total: la postura y la ganancia.

- ¡Treinta y uno! -anunció el croupier.

Nueva ganancia. Tenía, pues, ochenta federicos. Lo puse todosobre la docena del centro -ganando triple, pero dos contras-. El platillo comenzó a girar... Salió el veinticuatro. Me entregaron tres cartuchos de cincuenta federicos y diez monedas de oro. Mi haber seelevaba ahora a doscientos federicos.

Presa de una especie de fiebre, puse todo ese dinero en el rougey, de pronto, recobré la conciencia. Fue la única vez durante esta sesión de juego que el estremecimiento del miedo me poseyó,

traduciéndose en un temblor de las manos y de los pies.

Sentí, con horror, lo que significaba para mí perder en aquelmomento.

-"¡ Rouge!" -cantó el croupier.

Recobré el aliento. Sentía hormigueos por todo el cuerpo. Mepagaron en billetes. En total cuatro mil florines y ochenta federicos.¡Mi vida entera estaba en el juego!

Luego, recuerdo que coloqué dos mil florines en la columna delcentro y perdí. Jugué todo mi oro y ochenta federicos y perdí de nuevo.El furor se apoderó de mí. Tomé los dos mil florines que me quedabany los lancé sobre los doce primeros números; al azar, sin calcular. Hubo entonces un momento de espera... una emoción análoga a la quedebió experimentar madame Blanchard cuando, después de haber volado sobre París, se sintió precipitada con su globo contra el suelo.

-"¡ Quatre!" -anunció el croupier.

Al contar la postura, mi capital ascendía de nuevo a seis mil florines. Tenía el aire triunfante, ya no temía a nada. Puse cuatro milflorines en el *noir*. Unas diez personas jugaron, siguiéndome, a esecolor. Los croupiers cambiaron una mirada, murmurando entre ellos.

Salió *noir*.

A partir de aquel momento ya no puedo recordar la cuantía demis posturas ni la serie de mis ganancias. Recuerdo solamente, comoen un sueño, haber ganado unos dieciséis mil florines.

Una jugada desgraciada se me llevó doce mil. Luego jugué losúltimos cuatro mil al *passe* y esperé maquinalmente, sin reflexionar, ygané de nuevo.

Gané todavía cuatro o cinco veces seguidas. Sólo puedo recordarque amontoné florines por millares. Sé también que fueron los docenúmeros del centro, a los cuales permanecí fiel, los que salieron conmás frecuencia. Aparecían regularmente, siempre tres o cuatro vecesseguidas; luego desaparecían dos veces, para volver a darse otra vez.

Creo que desde que llegué no había transcurrido media hora. Depronto, el croupier me informó que había ganado treinta mil florines yque la banca no respondía en una sesión más allá de esa suma y que seiba a tapar la ruleta hasta el día siguiente.

Recogí todo mi oro, lo metí en los bolsillos, tomé los billetes ypasé a otra sala donde había también una ruleta. La gente me siguió.Me hicieron inmediatamente sitio y empecé a jugar de cualquier modo, sin contar.

- ¡No comprendo qué fue lo que me salvó!

Algunas veces, sin embargo, la noción del cálculo, de las combinaciones posibles, se presentaba en mi mente. Procuraba retener ciertos números, pero los abandonaba pronto para jugar de nuevo casiinconscientemente.

Debía de estar, ciertamente, muy distraído, pues recuerdo que algunas veces los croupiers rectificaban mi juego. Cometía burdos errores. Mis sienes estaban mojadas, mis manos temblaban. Unos

polacosme ofrecieron sus servicios, pero yo no escuchaba a nadie. ¡La suerteno me abandonaba!

De pronto hubo, en torno mío, un gran rumor, gritos de "¡ bravo,bravo!". Algunos, hasta aplaudieron.

Había amontonado allí también treinta mil florines y la ruleta separaba hasta el día siguiente.

- ¡Márchese, márchese! -dijo una voz a mi oído.

Era un judío de Francfort, que había estado todo el tiempo detrásde mí, y creo que me había ayudado alguna vez a hacer las apuestas.

- ¡Por el amor de Dios, váyase! -murmuró otra voz a mi izquierda.

Una rápida mirada me permitió ver a una dama de unos treintaaños, vestida modestamente pero con corrección, y cuyo rostro fatigado, de una palidez enfermiza, ofrecía aún restos de una prodigiosabelleza. En aquel momento atiborraba mis bolsillos de billetes y recogía el oro de encima de la mesa. Al recoger el último rollo de cincuenta federicos conseguí ponerlo, sin que nadie lo viera, en manos de la dama pálida.

Sus dedos delicados me estrecharon fuertemente la mano en señal de vivo agradecimiento. Todo eso pasó en el espacio de un segundo.

Después de haber recogido todo, me dirigí rápidamente al "trenteet quarante".

El treinta y cuarenta es frecuentado por el público aristocrático.Aquí la banca responde de cien mil talers a la vez. La postura máximaes de cuatro mil florines. No tenía idea alguna del juego ni conocíacasi ninguna postura, aparte del rouge y del noir. A ellos me dediqué.

Todo el casino se reunió en torno mío. No sé si pensé una solavez en Paulina durante aquella noche. Experimentaba entonces unavoluptuosidad irresistible en recoger los billetes de banco, cuyo montón aumentaba ante mí.

En efecto, hubiérase dicho que el destino me empujaba. Esta vez,como adrede, ocurrió una circunstancia que se repite, por otra parte,bastante frecuentemente en el juego. El juego se da, por ejemplo, rojo,y sale diez, quince veces seguidas. Anteayer mismo oí decir que durante la semana pasada el rojo se dio veintidós veces consecutivas. Eraun hecho sin precedentes en la ruleta y causó gran sorpresa. Un jugador experto sabe lo que significa ese capricho del azar. Cualquieradiría, por ejemplo, que habiendo salido el rojo dieciséis veces, a lajugada diecisiete saldrá negro. Los novatos muerden en masa en estecebo, doblan y triplican sus posturas y pierden de un modo feroz.

En cuanto a mí, por un capricho extraño, habiendo notado que elrojo había salido siete veces seguidas, jugué a él expresamente. Estoypersuadido de que el amor propio, en gran parte, entraba en esta decisión. Quería impresionar a la *galería* con mi loca temeridad. Sin embargo -lo recuerdo muy bien-, una sed ardiente del riesgo me invadióde pronto, sin que el amor propio mediase en ello. Quizás estas sensaciones múltiples, lejos de saciar el alma, no hacen más que irritarla yhacer que exija sensaciones nuevas, cada vez más intensas hasta elagotamiento total. Y en verdad que no miento al decir que, si el reglamento hubiera permitido poner cincuenta mil florines en una solajugada, los habría arriesgado.

En torno mío decían todos que era una locura, que el rojo se había dado ya catorce veces. -*Monsieur a déja gagné cent mille florins* -sonó una voz a mi lado.

Me volví de pronto. ¿Cómo? ¿Había ganado cien mil florines enaquella velada? ¿Qué más quería? Me lancé sobre los billetes, los metíen mis bolsillos, sin contar; recogí todo el oro, todos los cartuchos, ysalí rápidamente del casino.

Todos reían cuando atravesé por las salas, al ver mis bolsilloshinchados y mi paso desigual, que el oro hacía pesado. Debía llevarmás de medio *pud* . Varias manos se tendieron hacia mí. Distribuí dinero a puñados. Dos judíos me detuvieron a la salida.

-Usted es muy atrevido, muy atrevido -dijéronme-, márchesemañana mismo, por la mañana; si no lo perderá todo... todo.

No me paré a escucharles.

La avenida estaba oscura, tanto que difícilmente habría podidodistinguir los dedos de mis manos. Había quinientos metros hasta elhotel.

No he tenido nunca miedo, ni aun en mi niñez En aquella horatampoco pensaba en ello. Ne puedo recordar lo que iba pensando porel camino. Mi cabeza estaba vacía. Experimentaba tan sólo una especie de voluptuosidad intensa -embriaguez del éxito, de la victoria, dela potencia-; no sé cómo explicarme.

La imagen de Paulina surgía ante mí. Recor daba claramente queiba hacia ella, que dentro de un momento estaríamos reunidos, que leenseñaría mi ganancia... Pero había ya olvidado casi mis palabras, larazón de mi salida. Todas aquellas sensaciones, de hacía dos horas alo sumo, me parecían algo ya pasado, viejo, caduco, algo que ya noevocaríamos, pues todo volvería a empezar.

Casi al final de la avenida el miedo me invadió de pronto. ¿Si measesinasen y desvalijasen? A cada paso aumentaba mi temor. Casicorría. De pronto, al extremo de la avenida, nuestro hotel, espléndida-mente iluminado, resplandeció en bloque: "¡ Loado sea Dios! -medije-. ¡Ya he llegado!" Corrí hasta mi habitación y abrí bruscamente lapuerta. Paulina estaba allí, sentada en el diván, ante una luz encendida, las manos juntas.

Me miró con sorpresa, y, seguramente, en aquel momento, yo tenía un aspecto muy extraño. Me detuve ante ella y volqué sobre lamesa todo mi dinero.

CAPITULO XV

Me miró -lo recuerdo- de un modo extraño, pero sin moverse, nicambiar de actitud.

- ¡He ganado doscientos mil francos! -exclamé, sacando del bolsillo el último cartucho de oro.

Un montón de billetes y de oro llenaba la mesa. No podía apartarla vista de él; había momentos en que olvidaba por completo a Paulina. Ponía en orden los billetes y hacía paquetes, reunía el oro, luego lodejaba allí todo y me ponía a pasear por la habitación, pensativo, paravolver a la mesa y comenzar otra vez a contar el dinero. De pronto,saliendo de mi ensueño, me precipité hacia la puerta y la cerré conllave. Finalmente me detuve, perplejo, ante mi pequeña maleta. Vacilaba.

- ¿Es preciso poner todo esto en la maleta hasta mañana?-pregunté, volviéndome hacia Paulina, dándome cuenta, de pronto, desu presencia.

Ella continuaba sentada, inmóvil, pero observándome con atención. Tenía una expresión extraña, una expresión que me era desagradable. No me equivoco si digo que en su mirada se reflejaba el odio.

Me dirigí presuroso hacia ella.

-Paulina, he aquí veinticinco mil florines... esto suma cincuentamil francos, tal vez más.

Tómelos y mañana mismo se los tira usted a la cara.

No contestó.

-Si quiere, se los llevaré yo mismo, a primera hora. ¿Qué le parece?

Se echó a reír, con risa prolongada.

La miré con dolorosa sorpresa. Aquella risa se parecía mucho ala risa burlona, tan suya, con que acogía siempre mis declaracionesmás apasionadas. Por último dejó de reír y se puso sombría. Mirómeseveramente, de reojo.

-No tomaré su dinero -dijo, desdeñosa.

- ¿Cómo? ¿Qué significa esto? -exclamé-. ¿Por qué, Paulina?

-Yo no tomo dinero de nadie.

-Se lo ofrezco a título de amigo. Le he ofrecido también mi vida.

Me envolvió en una larga mirada escrutadora, como para penetrar a fondo mi pensamiento.

-Usted paga demasiado -dijo, sonriendo-; la querida de DesGrieux no vale cincuenta mil francos.

- ¡Paulina! ¿por qué habla usted así? -exclamé, con reproche-.¿Soy, acaso, Des Grieux?

- ¡Le odio! ¡Le odio, como odio a Des Grieux! -dijo, y sus ojosbrillaban.

Ocultó su rostro entre las manos y sufrió un ataque nervioso. Meacerqué a ella.

Algo debía haber ocurrido durante mi ausencia. No parecía hallarse en su estado normal.

- ¿Quieres comprarme por cincuenta mil francos, como DesGrieux? -preguntó entre sollozos convulsivos.

La tomé en mis brazos, le besé las manos, caí de rodillas a suspies.

Empezó a calmarse. Puso sus manos sobre mis hombros y meexaminó con atención. Hubiérase dicho que quería leer algo en mirostro. Me escuchaba, pero aparentemente, sin entender lo que le decía. Su fisonomia había adquirido una expresión preocupada. Tuvemiedo; me pareció que su razón se turbaba. Me atraía dulcemente, conuna confiada sonrisa en los labios; pero luego me rechazaba y me envolvía con una mirada siniestra.

De pronto me echó los brazos al cuello.

- ¿Me amas, pues? -dijo-. Sí, me amas, pues tú por mí... queríasbatirte con el barón.

Luego se echó a reír ante el recuerdo de aquel episodio cómico ydivertido. Reía y lloraba a la vez. ¿Qué podía hacer? Me abrasaba unaespecie de fiebre. Ella se puso a hablarme, pero apenas si la oía. Eraun delirio, delirio que interrumpía de vez en cuando una risa nerviosaque comenzaba a espantarme.

- ¡No, no, tú eres muy bueno, muy bueno! -repetía ella-. ¡Me eresfiel!

Y otra vez volvía a echarme los brazos al cuello, me examinabade nuevo, y seguía repitiendo: -Tú me amas... Tú me amas. ¿Me amarás?

La miraba fijamente. No la había visto nunca entregarse a semejantes efusiones. A decir verdad, deliraba ...; pero al ver mi miradaapasionada, sonrió maliciosamente, y, de pronto, púsose a hablar deMr. Astley.

Había iniciado ya este tema, poco antes, queriendo hacerme unaconfidencia, sólo que yo no llegué a comprender bien a qué se refería.Se burlaba, según creo. Repetía sin cesar que él la esperaba, que debía,seguramente, encontrarse esperando bajo la ventana.

- ¡Sí, sí, bajo la ventana!... Abre, pues, y mira. ¡Está ahí!

Me empujó hacia la ventana, pero cuando me disponía a abrirla,se echó a reír. Yo me acerqué a ella y me abrazó apasionadamente.

- ¿Nos iremos? ¿Mañana? ¿No es verdad? -preguntó de repente,inquieta-. Podremos alcanzar a la abuela. ¿Qué te parece? Creo que laalcanzaremos en Berlín. ¿Qué va a decir al vernos? ¿Y Mr. Astley?...¡Oh, ése si no se tiraría desde el Schlangenberg! ¿Qué te parece? -y seechó a reír-. Escucha, ¿sabes dónde piensa pasar el verano próximo?Pues tiene proyectado ir al Polo Norte para realizar investigacionescientíficas, y me llevará consigo. ¡Ja, ja, ja! Pretende que nosotros, losrusos, nada sabríamos sin los europeos, que no servimos para nada...¡Pero él también es bueno! Figúrate que disculpa al general y dice queBlanche.... que la pasión.... en fin, no se qué, no sé que -repitió, comosi divagase-. ¡Qué compasión me dan ellos, y también la abuela! Escucha, dime, ¿eres capaz de matar a Des Grieux? ¿Pensabas verdaderamente en matarle? ¡Oh, el insensato! ¿Podías creer que dejaría quete

batieses con él? Pero si tú no matas ni al barón -añadió riendo-.¡Qué ridículo estuviste con el barón! Desde mi banco os contemplabaa los dos. ¡Qué repugnancia manifestabas en salir a su encuentro!¡Cómo me reí! -añadió, soltando la risa.

Y de pronto, de nuevo me abrazó, juntando con ternura apasionada su rostro con el mío. Yo ya no podía pensar en nada. La cabezame daba vueltas.

Calculo que serían las siete de la mañana cuando volví a serdueño de mis actos. El sol brillaba en la habitación. Paulina, sentada ami lado, miraba en torno a ella, como si saliera de las tinieblas y reuniese sus recuerdos. Acababa también de despertar y miraba fijamentela mesa y el dinero. Me dolía la cabeza. Quise tomarle a Paulina lamano, pero me rechazó bruscamente y saltó del diván. El día se anunciaba sombrío; había llovido antes del amanecer.

Fue a la ventana, la abrió, se asomó y, apoyada en el alféizar,permaneció unos tres minutos, sin volverse a escuchar lo que le decía.

Yo me preguntaba, con espanto, qué iría a ocurrir y en qué pararía todo aquello. De pronto, Paulina se irguió, se acercó a la mesa, ymirándome con un odio extraordinario, con los labios trémulos defuror, me dijo: -Bueno, ¿vas a darme mis cincuenta mil francos?

-Paulina, ¿volvemos a empezar?

- ¿Has cambiado de opinión? ¡Ja, ja ...! Quizá lo lamentas ahora.

Los veinticinco mil florines, en billetes, contados la víspera, estaban todavía sobre la mesa. Los tomé y se los di.

-Entonces, ¿son míos desde ahora? ¿Me los das? -me preguntócon maldad, con el dinero en la mano.

-Han sido siempre tuyos -le dije.

- ¡Pues bien, ahí tienes tus cincuenta mil francos!

Levantó la mano y me los arrojó en pleno rostro. Los billetes, alcaer, se esparcieron por el suelo. Después de esto, Paulina salió corriendo de la habitación.

Me consta que entonces no estaba en su estado normal, aunqueno comprendí aquel extravío pasajero. A decir verdad, sigue enfermatodavía, al cabo de un mes. ¿Cuál fue la causa de semejante estado yde aquella escena? ¿Orgullo ofendido? ¿Arrepentimiento o desesperación por haber venido a buscarme? Yo no me alababa de mi suerte niquería comprarla por cincuenta mil francos. Mi conciencia me lo dice.Creo que su vanidad tuvo mucha parte de ello. Todo resultaba bastanteconfuso; por eso no me creía e injuriaba.

Así yo, sin duda, pagaba por Des Grieux y aparecía como culpable sin serlo. Verdad es que todo aquello no era más que puro delirio;y aun sabiendo que deliraba, no hice caso de su locura. ¿Es tal vez esolo que no puede perdonarme ahora? Sabía muy bien lo que hacíacuando vino a mi habitación con la carta de Des Grieux... En suma,era consciente de sus actos.

Rápidamente oculté los billetes y el oro en la cama, lo tapé todo,y salí de la habitación diez minutos después en busca de Paulina. Estaba seguro de que había ido a encerrarse en su cuarto, y a él

pensabadirigirme, de puntillas y preguntando discretamente a la camarera, enla antesala, noticias de su señorita. ¡Cuál no fue mi sorpresa al oír quela camarera, que encontré en la escalera, me dijo que Paulina no habíaregresado, y que precisamente ella venía a buscarla a mi habitación!.

-Acaba de salir hace diez minutos -dije-. ¿Dónde puede haberido?

A todo esto, la aventura habíase ya difundido y constituía la comidilla de todo el hotel. En el quiosco del portero y en la oficina del"oberkellner", se murmuraba que la *Fräulein*, a las seis de la mañana,había salido, a pesar de la lluvia, en dirección al Hotel de Inglaterra.Sin embargo, por las reticencias de los criados, comprendí que noignoraban que había pasado la noche en mi habitación. Por otra parte,ya se murmuraba de toda la familia del general. De él se sabía que lavíspera había perdido el juicio y no hacía más que gemir; decían,además, que la abuela era su propia madre, venida de Rusia para oponerse al matrimonio de su hijo con la señorita Blanche de Cominges ydesheredarlo en caso de desobediencia. Como no quiso someterse, lacondesa, ante sus propios ojos, se había arruinado, adrede, jugando ala ruleta para no dejarle un sólo céntimo. *Diese Russen!* (¡ Esos rusos!), repetía el "oberkellner", moviendo la cabeza. Los otros reían. El"oberkellner" preparaba la nota. Mis ganancias en el juego eran también conocidas. Carlos, el camarero de mi piso, fue el primero en felicitarme. Pero todo eso no me importaba. Corrí al Hotel de Inglaterra.

Era aún muy temprano. Mr. Astley no recibía a nadie; pero, alenterarse de mi llegada, salió al pasillo y se detuvo ante mí. Me mirófijamente y esperó que la hablase. Le pregunté por Paulina.

-Está enferma -contestó Mr. Astley, con los ojos siempre fijos enmí.

- ¿Está, pues, con usted?

-En efecto.

-Entonces, usted.... ¿usted tiene intenciones de retenerla en sucasa?

-Sí, ésa es mi intención.

-Mr. Astley..., esto provocará un escándalo. Es imposible. Además, está muy enferma. ¿No lo ha notado usted?

- ¡Oh, sí, lo he notado, no se lo niego! De no haber estado enferma, no habría pasado la noche en su habitación.

- ¿Sabe usted también eso?

-Lo sé. Ayer tenía que venir aquí para que yo la llevase a casa deuna parienta mía, pero sintiéndose enferma, se equivocó y fue a lahabitación de usted.

- ¡Es posible!... Pues bien, le felicito, Mr. Astley. A propósito, mehace usted recordar algo. ¿No estuvo usted anoche al pie de la ventanade mi cuarto? Miss Paulina insistió, muriéndose de risa, para que yoabriese la ventana y comprobase el hecho.

- ¿Sí? Pues no; siento tener que desengañarle; no estaba bajo laventana y la esperaba paseando por allí cerca.

-Es preciso cuidarla, Mr. Astley.

-Ya he llamado a un médico, y si llegara a morirse, me rendiríausted cuentas.

No oculté mi sorpresa.

- ¡Por favor, Mr. Astley! ¿Cree usted lo que dice?

- ¿Es verdad que usted ganó anoche doscientos mil talers?

-Cien mil florines solamente.

-Entonces márchese usted hoy mismo a París.

- ¿Por qué?

-Todos los rusos que tienen dinero van a París -explicó Mr.Astley, en tono doctoral.

- ¿Qué haría en París en verano? ¡La amo, Mr. Astley! Usted losabe.

- ¿Es posible? Pues yo estoy seguro de lo contrario. Además, alquedarse aquí usted perderá seguramente todo lo que ha ganado y yano podría ir a París. Me despido de usted, persuadido de que se marchará hoy a París.

- ¡Bien; adiós! Pero no iré a París. Piense usted, Mr. Astley, en loque va a pasar... ¿Qué será del general... después de este escándalo,cuando corra de boca en boca por la ciudad la aventura de miss Paulina?

-Sí, por toda la ciudad. Pero no creo que el general piense en eso,tiene otras cosas en qué pensar. Además, miss Paulina tiene perfectoderecho a vivir donde le plazca. En cuanto a esa familia, puede decirsecon razón que ya no existe.

Cuando regresaba al hotel me iba riendo de la asombrosa seguridad de aquel inglés que afirmaba que iría sin falta a París. "¡ Quierematarme en duelo si miss Paulina muere!... -pensaba-. ¡No me faltabamás que eso!"

Compadecía a Paulina, lo juro. Pero, cosa extraña, desde que había pasado la víspera junto al tapete verde empezando a recoger paquetes de billetes de banco, mi amor parecía haber pasado a segundotérmino. Esto lo digo ahora, pues en aquellos momentos no tenía conciencia de ello. ¿Es posible que sea yo un jugador? Verdaderamente,yo amaba a Paulina... de un modo raro. La amo siempre, Dios me estestigo. Pero, al volver a mi habitación, después de haber dejado a Mr.Astley, sufría sinceramente y me acusaba a mí mismo de graves pecados.

Y entonces fue cuando me sucedió una aventura tan extraordinaria como absurda.

Me dirigía a toda prisa a las habitaciones del general. Al hallarme cerca de ellas se abrió una puerta y alguien me llamó. Era la señora viuda de Cominges, la cual me llamaba por encargo de la señoritaBlanche. Entré en la habitación de esta última.

Estas damas ocupaban una habitación reducida, dividida en doscompartimientos. Oíanse las risas y las

voces de la señorita Blancheen el dormitorio. Se estaba levantando de la cama.

-*Ah, c'est lui! viens donc, bête!* ¿Es verdad que has ganado unamontaña de oro y de plata? Preferiría más el oro.

-Es verdad -contestó, riendo.

- ¿Cuánto?

-Cien mil florines.

-*Bibi, comme tu es bête!* Ven aquí. *Nous ferons bombance,n'est- ce pas?*

Me acerqué. Se hallaba tendida bajo una colcha de seda rosa, dedonde salían unos hombros morenos, robustos, maravillosos -unoshombros como no he visto más que en sueños-, medio velados por unacamisa de batista, adornada con puntillas de una blancura esplendorosa, lo que realzaba admirablemente su bronceada piel.

-*Mon flis, as- tu du coeur?* -gritó al verme, y se echó a reír. Erauna risa llena de alegría y, en algunos momentos, sincera. - *Tout autre...* -comencé, parafraseando a Corneille.

-Mira -saltó ella de pronto-, ante todo busca mis medias, ayúdame a ponérmelas. Luego, si *tu n'es trop bête, je te prends à París.* Memarcho ahora mismo.

- ¿Ahora mismo?

-Dentro de media hora.

En efecto, todo estaba empaquetado. Las maletas, dispuestas. Elcafé estaba servido desde hacía tiempo.

-*Eh, bien, si quieres, tu verras París, Dis- moi, qu'est ce que c'estqu'un ouchitel? Tu etais bien bête, quand tu étais ouchitel.* ¿Dóndeestán mis medias? ¡Pónmelas, vamos!

Y sacó, efectivamente, un piececito encantador, bronceado, pequeño, no deformado como todos esos piececitos que parecen tan pequenos dentro de un zapato. Me puse a reír y a estirar sobre su piernala media de seda. La señorita Blanche, sentada en la cama, charlaba.

-*Eh bien, que feras- tu, si je te prends avec?* Ante todo *je veuxcinquante mille francs.* Me los darás en Francfort. *Nous allons a París.* Viviremos juntos *et je te ferai voir des étoiles en plein jour.* Verásmujeres como no has visto nunca. Escucha...

-Si te doy cincuenta mil francos, ¿qué me quedará?

-*Et cent cinquante mille francs,* que olvidabas. Además, consiento en vivir en tu habitación un mes o dos, *que sais- je?* Nosotros,seguramente, gastaremos en dos meses esos ciento cincuenta mil francos. *Tu vois, je suis bon enfant,* te prevengo, *mais tu verras des étoiles.*

- ¿Cómo, todo en dos meses?

- ¡Claro! ¿Eso te asusta? *Ah, vil esclave.* No sabes que un solomes de tu vida vale más que la existencia entera. Un mes y a *près*

ledéluge! Mais tu ne peux comprendre, va! ¡Vete, no mereces eso! *Aïe!que fais- tu?*

En aquel momento tenía el otro pie en mi mano y, no pudiendoresistir la tentación lo besé. Lo retiró vivamente y me dio algunos golpecitos en la cara. Finalmente, me despidió.

-*Eh bien, mon ouchitel*, te espero si quieres; me voy dentro de uncuarto de hora -gritó.

Al entrar en mi habitación estaba yo poseído de vértigo! ¡No eraculpa mía si la señorita Paulina me había tirado a la cara un fajo debilletes y había preferido, desde la víspera, a Mr. Astley! Algunos deesos billetes yacían todavía en el suelo. Los recogí. En aquel instantela puerta se abrió. El "oberkellner" en persona, que antes ni siquierase dignaba mirarme, venía a ofrecerme el instalarme en el primer piso, en las soberbias habitaciones ocupadas por el conde B.

Permanecí inmóvil, reflexionando.

- ¡La nota! -exclamé al fin-. Me marcho dentro de diez minutos.

"¡ A París, a París! -pensé-. Sin duda, estaba escrito"

Un cuarto de hora después nos encontrábamos, en efecto, lostres, la señorita Blanche, la señora viuda de Cominges y yo, en unvagón reservado.

La señorita Blanche reía a carcajadas al verme, casi atacada dehisterismo. La viuda de Cominges le hacía eco. No diré que estuvieseyo alegre. Mi vida se partía en dos. Pero desde la víspera, estaba dispuesto a arriesgarlo todo. Quizás el dinero me producía vértigo.*Peut- être je ne demandais pas mieux.* Tenía la impresión de que, porcorto tiempo -solamente por algún tiempo- cambiaba el rumbo de mivida. "Pero dentro de un mes estaré de vuelta y entonces... y entoncesnos veremos las caras, Mr. Astley." Sí, por lo que puedo ahora recordar tenía el corazón triste, por más que riese a porfia con aquella locade Blanche.

- ¿Qué quieres? ¡Qué tonto eres! ¡Oh, qué tonto! -exclamaba laseñorita Blanche, cesando de reír para reñirme seriamente-. Sí, noscomeremos tus doscientos mil francos, *mais tu seras heureux commeun petit roi.* Te haré yo misma el nudo de la corbata y te pondré enrelación con Hortensia. Y cuando nos lo hayamos gastado todo, volverás aquí y harás saltar otra vez la banca. ¿Qué te dijeron aquellosjudíos? Lo esencial... es la audacia. A ti no te falta y me traerás másde una vez dinero a París. *Quant a mot, je veux cinquante mille francsde rente, y entonces ...*

- ¿Y el general? -le pregunté.

- ¿El general? Tú ya sabes que todos los días, a esta hora, va acomprarme un ramo de flores. Precisamente esta vez le he encargadoque me busque las flores más raras. Cuando el pobrecillo vuelva, elpájaro habrá volado. Correrá tras de nosotros, ya lo verás. ¡Ja, ja, ja!Estaré encantada. En París me será útil. Aquí, Mr. Astley pagará porél.

Y así, de este modo, fue como me marché a París.

CAPITULO XVI

¿Qué diré de mi estancia en París? Fue, sin duda, un verdaderodelirio, el colmo de la extravagancia. Pasé en aquella ciudad poco másde tres semanas, al final de las cuales no quedaba nada de mis cienmil francos.

Digo solamente cien mil, pues di la otra mitad a la señoritaBlanche, en dinero contante y sonante; cincuenta mil francos enFrancfort, y, tres días más tarde, en París, un cheque por la mismasuma, que hizo efectivo al cabo de una semana.

-*Et les cent mille francs qui nous restent, tu les mangeras avecmot, mon ouchitel.* Me llamaba así siempre. No creo que exista otro espíritu másinteresado, más ávido, más codicioso que el de la señorita Blanche enninguna criatura humana. Pero esto con respecto a su dinero. En lotocante a aquellos cien mil francos, me explicó sin ambages que losnecesitaba para instalarse en París.

-Puesto que ahora vivo en una situación decorosa, no quiero perderla; ya he tomado mis medidas para ello -añadió.

Por lo demás, yo apenas vi esos cien mil francos. El dinero estuvo siempre en sus manos, y en mi monedero, que inspeccionaba todoslos días, no había nunca más de cien francos, y, la mayoría del tiempo,menos.

-Veamos, ¿para qué necesitas dinero? -me decía, ingenuamente.

Yo no discutía. Nunca reñía con ella.

En cambio, con mi dinero arregló su piso con gran lujo. Y cuando me llevó al nuevo domicilio, dijo, enseñándome las habitaciones:-Para que veas lo que, con gusto y economía, se puede conseguir; conpoco dinero, con una miseria.

¡Una miseria que se eleva, no obstante, a cincuenta mil francos!Los otros cincuenta mil sirvieron para comprar coche y caballos. Dimos dos bailes, es decir, dos veladas, a las cuales vinieron *Hortense,Lisette et Cléopatre,* mujeres notables desde muchos puntos de vista, eincluso bonitas. Por dos veces tuve que desempeñar el papel absurdode dueño de la casa, acoger y distraer a tenderos enriquecidos, obtusose insoportables por su ignorancia y desvergüenza, a diferentes militares, escritorzuelos vestidos con fracs de moda, guantes de gamuza, conun amor propio y una envidia de la que no tenemos idea en Petersburgo, y ya es mucho decir. Tuvieron la idea de burlarse de mí, pero yome emborraché de champaña y me tumbé en una habitación vecina.

Todo esto me resultaba sumamente desagradable.

-*C'est un ouchitel* -les informaba Blanche-. *Il a gagné deux centmille francs,* y sin mí no hubiera sabido qué hacer. Luego volverá aactuar de preceptor. ¿Saben ustedes de alguna colocación? Habrá quehacer algo por él.

Recurrí al champaña con demasiada frecuencia, pues estabasiempre triste y me aburría mortalmente. Vivía en un círculo burgués,mercantil, donde se contaba por céntimos. Los primeros quince días,Blanche no podía sufrirme; me daba perfecta cuenta de ello; cierto queme vestía con elegancia, que me hacía el nudo de la corbata todas lasmañanas, pero, en el fondo de su alma sentía por mí un sincero desprecio. Eso no me interesaba, no ponía en eso la menor atención. Melancólico y abatido,

adquirí la costumbre de ir al *Château des Fleurs,* donde, regularmente, todas las noches me emborrachaba y aprendí elcancán -que se bailaba allí con mucho descoco-. Llegué a hacermefamoso en aquel ambiente. Finalmente, Blanche comprendió conquién trataba. Parecía haberse formado de antemano la idea de que yo,durante nuestras relaciones, la seguiría con un lápiz y una hoja depapel en la mano y llevaría una cuenta de gastos y de sus pillerías,tanto pasadas como futuras. Indudablemente se figuraba que regañaríamos por cada diez francos que gastase. Para cada uno de mis ataques, que daba por descontados, tenía preparada una réplica. Al verque no ocurría nada de eso, tomó ella la ofensiva.

Más de una vez arremetió conmigo con mucha vehemencia, perocomo yo callaba -tendido generalmente sobre la chaise- longue, con losojos fijos en el techo-, acababa por maravillarse.

Al principio imaginóse que yo era sencillamente tonto, un ouchitel, e interrumpía sus explicaciones pensando probablemente: "Estonto, es inútil despabilarle. No comprende nada." Solía marcharsepara volver al cabo de diez minutos. Esto sucedía siempre que suslocos gastos aumentaban en desproporción con nuestros recursos. Porejemplo, un día que cambió los caballos del coche y compró un nuevotronco por dieciséis mil francos:
-Vamos, *bibi.* ¿Estás enfadado? -dijo, dirigiéndose a mí.

- ¡No!... ¡Me fastidias! ¡Déjame! -repliqué, apartándola con lamano.

Esto le pareció tan raro que se sentó inmediatamente a mi lado.

-Mira, si me he decidido a pagar semejante precio es porque erauna ganga. Podemos revenderlos en veinticinco mil francos.

-No lo dudo. Los caballos son soberbios y te hallas en posesiónde un hermoso tronco. Esto es útil, pero déjame.

-Entonces, ¿no estás enfadado?

- ¿Por qué lo había de estar? Haces bien en adquirir ciertas cosasque te son necesarias. Todo esto podrá servirte para el día de mañana.Debes seguir este plan; si no, no podrás llegar al millón. Nuestros cienmil francos no son más que una gota de agua en el océano.

Blanche, que en vez de estas reflexiones, esperaba reproches, sequedaba como quien ve visiones.

- ¡Qué raro eres!... ¡Qué carácter tienes!... *Mais tu as 1'espritpour comprendre. Sais- tu mon garçon, aunque seas un ouchitel.* ¡Debías haber nacido príncipe! ¿Entonces no lamentas que se nos acabe eldinero?
-No; cuanto antes, mejor.

- *Mais..sais- tu... mais dis donc.* Hablas como si fueras rico. ¡Desprecias demasiado el dinero! ¿Qué harás después? - Después, me iré a Homburg y ganaré otros cien mil francos.

- *Oui, oui c'est ça , c ést magnifíque!* Y sé de seguro que ganarás y me traerás la ganancia. Lo haces tan bien que voy a acabar amándotede veras. Para recompensarte te amaré todo este tiempo sin serte infiel. Ya ves, sin amarte, *parce que je croyais que tu n'est qu'un ouchitel* -una especie de lacayo, ¿no es verdad?-; te he sido fiel, *parce que je suis bonne fille. - ¡Cuéntaselo a otro! ¿Y Alberto, aquel oficialillo mustio? ¿Te figuras que no lo vi? - Oh, oh. mais tu es..*
- ¿Por qué mentir? ¿Pero crees que voy a enfadarme? Me tiene sincuidado, il faut que jeunesse

se passe. Tú no ibas a despedirle, puestoque fue anterior a mí y le amas. Sólo que supongo no le darás dinero...

¿entiendes?

-Entonces, ¿no estás enfadado? *Mais tu es un vrai philosophe,saís- tu ?* -exclamaba entusiasmada-. *Eh bien, je t'aimerai, tu verras, tu seras content!* En efecto; desde entonces, pareció aficionarse a mí; incluso sentir amistad.

Así transcurrieron nuestros diez últimos días. No vi las étoilesprometidas; pero, desde ciertos puntos de vista, cumplió su palabra.

Además, ella me puso en relación con Hortensia, una mujer extraordinaria en su género y a la que, en nuestro círculo, llamábamos *Thérèse philosophe...*
No creo que merezca la pena extenderse más en esta parte de minarración. Ello daría pie para otro relato, que no quiero insertar enmis memorias. En el fondo, lo cierto es que deseaba terminar lo máspronto posible. Pero nuestros cien mil francos bastaron, como he dicho, para casi un mes, lo que sinceramente me sorprende. Ochenta mil por lo menos fueron destinados por Blanche a compras; nosotros gastamos más de veinte mil, y... sin embargo hubo bastante. Blanche, que a lo último era casi franca conmigo, o al menos no me mentía respectoa ciertas cosas, reconoció que, en todo caso, no tendría yo que pagarlas deudas que ella hubiese podido contraer.

-No te he hecho firmar ni facturas, ni pagarés -dijo-, porque tetenía lástima. Otra no hubiera dudado en hacerlo y hubieras ido a lacárcel. ¡Ya ves cómo te amo y lo buena que soy! ¡Sólo que esa malditaboda va a costarme un ojo de la cara! Porque, efectivamente, tuvimos boda. Esto ocurrió a fines denuestro mes y, sin duda, se llevó los restos de mis cien mil francos.

Así que terminó la cosa -quiero decir nuestro mes y nuestra historia-,presenté la dimisión irrevocable de mi cargo de amante.

Explicaré cómo tuvieron lugar los acontecimientos.

Una semana después de nuestra llegada a París llegó el general,que se presentó inmediatamente en casa de Blanche, y desde su primera visita se instaló allí casi del todo, aun cuando, a decir verdad, tuviese alquilada una pequeña habitación no sé dónde.

Blanche lo acogió alegremente, con exclamaciones y risas yhasta le echó los brazos al cuello.

Finalmente, fue ella quien le retuvo y le obligó a acompañarla atodas partes, al bulevar, al teatro, a casa de sus amigos... Tal empleoconvenía aún al general; tenía buen tipo y era elegante, estatura casialta, patillas y bigotes teñidos -había servido en el cuerpo de coraceros-, rostro lleno de facciones pronunciadas. Sus modales eran perfectos. Llevaba el frac maravillosamente. En París lució sus condecoraciones. Con tal personaje resultaba muy vistoso pasearse por el bulevar.

El bueno del general rebosaba de pura satisfacción. No esperabatan grata acogida. A su llegada a París se había presentado casi temblando, pensando que Blanche lo rechazarla y expulsaría sin contemplaciones. El aspecto que tomaron las cosas le encantó y pasó todo aquel mes en un estado de inefable beatitud.

Así seguía aún cuando partí.

Me he enterado después que el día de nuestra partida de Ruletenburg había sufrido por la mañana una especie de ataque. Cayó sin sentido y estuvo casi privado de razón y divagando una semana entera. Lo pusieron en tratamiento, pero un día burló a sus enfermeros, tomó el tren y se vino a París.

Naturalmente, la acogida de Blanche fue el mejor remedio paraél, pero el rastro de su enfermedad subsistió largo tiempo, a pesar desu alegría. Era incapaz de razonar y sostener una conversación unpoco seguida, a cada momento pronunciaba la palabra hum, se encogía de hombros... y salía así del paso.

Reía a menudo, con risa nerviosa, enfermiza, cascada. Otras veces permanecía horas enteras sombrío, como la noche, frunciendo susespesas cejas. Había olvidado muchas cosas, estaba siempre distraído yhabía contraído la costumbre de hablar solo. Unicamente Blanchepodía animarlo. Y en sus accesos de mal humor se retiraba a un rincón. Era que no había visto a Blanche hacía rato o que Blanche sehabía marchado sin llevárselo o sin mimarlo antes de irse.

No hubiera podido decir lo que quería, y él mismo no se dabacuenta de su tristeza. Al cabo de una hora o dos -noté esto dos o tresveces, cuando Blanche permanecía ausente todo el día, probablementeen casa de Albert- comenzaba de pronto a agitarse, a mirar a todaspartes, buscando algo bajo la influencia de un recuerdo, pero como novela a nadie ni recordaba lo que quería preguntar caía en somnolenciahasta que llegaba Blanche, que alegre, compuesta y sonriente corría aél y le abraza-ba. Pocas veces hacía esto Blanche, pero en cierta ocasión que le prodigó estas caricias se emocionó tanto el general querompió a llorar.

Desde que el general apareció en nuestra casa, Blanche empezó aponerse a su favor. Recurrió incluso a la elocuencia; me recordó que lehabía engañado por mi causa, que era casi su novia, y que habiendodado su palabra, él había abandonado a su familia, que yo había estado a su servicio y debí tener esto en cuenta. ¿Cómo no me daba vergüenza? Acabé tomando a risa sus frases, y las cosas quedaron así. Alprincipio se figuraba ella que yo era un imbécil, pero luego, al final,reconoció que tenía buen carácter. Tuve la suerte de ganarme la simpatía de aquella excelente muchacha. Aunque tarde, reconocía sus méritos.

-Eres un hombre bueno e inteligente -me decía en los últimostiempos- y... y... es lástima que seas tan tonto. ¡Nunca harás fortuna!Un verdadero ruso, un kalmuko.

Algunas veces me hacía sacar de paseo al general, exactamentecomo un criado lleva a pasear a un faldero. Lo llevé al teatro, al Mabille, a los restaurantes. Blanche me daba dinero para estas salidas,aunque el general tenía también y le gustaba mucho exhibir en públicosu cartera.

Un día casi tuve que emplear la fuerza para impedirle que comprase un broche que había visto en el Palais Royal y que a toda costaquería ofrecer a Blanche. ¿Qué era para ella un broche de setecientosfrancos? El general poseía por todo capital un billete de mil francos. Nohe podido saber nunca de dónde lo sacó. Probablemente se lo habíadado Mr. Astley, pues fue éste quien pagó la cuenta del hotel.

Por el modo como me trató el general durante todo ese tiempotengo la impresión de que ni siquiera sospechaba mis relaciones conBlanche. Aunque vagamente, había oído decir que yo había ganadouna considerable cantidad, suponía sin duda que me hallaba en casade ella en calidad de secretario, o tal vez de criado. Por lo menos continuaba hablándome con altanería, en un tono imperioso, y algunasveces hasta se atrevió a reñirme.

Una mañana, mientras tomábamos el café, nos divirtió mucho aBlanche y a mí. Era hombre poco susceptible. Pero de pronto se ofendió conmigo, ignoro por qué causa. El mismo seguramente lo ignoraba.

En una palabra, hilvanaba un discurso sin pies ni cabeza, a *bátons rompus,* diciendo que yo era un muchacho, que me tendría queenseñar a vivir.... que me haría comprender, etc. Pero nadie pudo entender nada.

Blanche no podía aguantar la risa.

Finalmente le calmamos y le llevamos a dar un paseo.

Muchas veces notaba que se ponía triste, que añoraba algo, que,a pesar de la presencia de Blanche, algo le faltaba.

En estos momentos se confió en dos ocasiones a mí; pero sin poder explicarse claramente, evocó su carrera, sus fincas, su vida conyugal. Entusiasmado con una palabra dicha al azar, la repetía cien vecesal día, aunque no expresase por completo sus sentimientos ni sus ideas.

Intenté hablarle de sus hijos, pero él se zafaba y cambiaba rápidamente de conversación: "Sí, sí, los niños, tiene usted razón, los niños." Una vez tan sólo, un día que fuimos al teatro, exteriorizó cierta emoción.

-Son unos niños desgraciados -me dijo de pronto-; sí, señor, sí,¡desgraciados niños! Algunas veces, durante la velada, repitió estas mismas palabras.

Quise hablarle de Paulina. Se puso furioso.

- ¡Es una ingrata! -exclamó-. ¡Es mala e ingrata! ¡Ha deshonradoa la familia! Si hubiese leyes aquí, la habría hecho entrar en razón.

¡Sí, sí!
Por lo que se refiere a Des Grieux, solamente el oír su nombre lesacaba de quicio.

- ¡Me ha perdido -decía-, me ha robado, me ha hundido en la miseria! ¡Fue mi pesadilla durante dos años! ¡Oh, no me hable de él jamás! Yo comprendía perfectamente de que se estaba llegando a unacuerdo entre Blanche y él, pero permanecía callado, como de costumbre. Ella fue la primera en ponerme al corriente, ocho días antesde nuestra separación:
-*Il a de la chance* -me dijo-; la abuela está ahora verdaderamenteenferma y sus días están contados. Mr. Astley ha enviado un telegrama. A pesar de todo, el general es su heredero. Y aun sin eso, no seríaun estorbo. Tiene su pensión, vivirá en el cuarto de al lado y serácompletamente feliz. Yo seré *madame la générale.* Frecuentaré labuena sociedad -era el sueño de Blanche-. Más tarde seré una ricapropietaria rusa, *j'aurat un chateau, des moujiks, et puis j'aurai toujour mon million.* -Pero, si a él le da por ponerse celoso, si exige... Dios sabe qué...

¿comprendes?
- ¡Oh, no, no! ¡No se atreverá! He tomado mis medidas, puedesestar tranquilo. Le he hecho firmar ya algunos pagarés a la orden deAlberto. A la más mínima que me hiciera, sería castigado. ¡Pero no seatreverá!
-Pues bien, cásate...

La boda se celebró sin fausto, en la intimidad. Alberto y algunosamigos fueron invitados. A Hortensia, Cleopatra y otras no se lespermitió asistir a ella. El novio se preocupaba mucho de guardar lasapariencias.

La misma Blanche le hizo el nudo de la corbata y le perfumó.

Con frac y chaleco blanco tenía el aspecto muy *comme il faut. -Il est pourtant tel comme il faut* -confióme Blanche al salir de lahabitación del general, como si esta idea le impresionase.

Como no prestaba a todo eso más que una vaga atención, a títulode espectador indiferente, he olvidado muchas cosas. Recuerdo únicamente que Blanche y su madre no se llamaban ya de Cominges, sinoDu Placet. El porqué ambas habían tomado el nombre de Cominges escosa que ignoro. Pero el general parecía encantado y prefería el de DuPlacet al de Cominges.

En la mañana del día de la boda, ya completamente vestido, ibade un lado a otro del salón, repitiendo con énfasis: "La señorita Blanche Du Placet, Du Placet", y su rostro reflejaba cierta fatuidad. En laiglesia, en la alcaldía, en su casa, durante la comida, se mostró no sóloalegre y satisfecho, sino también orgulloso. Blanche adoptó también,desde entonces, un aire particularmente digno.

-Ahora deberé comportarme de un modo completamente diferente -me dijo con gran dignidad-; pero hay una cosa muy desagradable en la que no había pensado: figúrate que ahora no he podido aprender mi nuevo nombre: Zagorianski, Zagorianski. "La señora generala de Zagorianski... *Ces diables de noms russes... !* En fin, *madame la générale à quatorze consonnes. Comme c'est agréable, nést- ce pas?"*
Finalmente sonó la hora de la separación, y Blanche, aquellatontuela de Blanche, derramó algunas lágrimas en el momento de los adioses.

-*Tu étais bon enfant* -me dijo lloriqueando-. *Je te croyais bête ettu en avais láir, pero te sienta bien...*

Después del último apretón de manos me gritó de pronto *Attends!,* corrió al tocador y volvió con dos mil francos. ¡No hubieraesperado jamás eso de ella! -De algo te valdrá este dinero. Tú eres tal vez sabio como *ouchitel*, pero tonto para todo lo demás. Por nada del mundo te daría másde dos mil, pues seguramente lo perderás todo. ¡Bueno, adiós! *Nous serons toujours des bons amis,* y si vuelves a ganar, no dejes de venira verme, *et tu seras heureux!* A mí, en mi poder, me quedaban todavía quinientos francos;además, poseía un soberbio reloj que valía mil, gemelos ornados dediamantes, etc...; en una palabra, lo suficiente para vivir bastantetiempo sin preocupaciones.

Con toda intención he venido a instalarme en esta pequeña ciudad a fin de concentrarme y, sobre todo, a esperar a Mr. Astley. Hesabido de fuente segura que pasará por aquí y se detendrá veinticuatrohoras. Me enteré de todo... y luego.... luego iré directamente a Homburg. No iré a Ruletenburg, al menos este año. Dicen que no es buenotentar dos veces seguidas la suerte en la misma mesa. Además, Homburg es la metrópoli del juego.

CAPITULO XVII

Hace veinte meses que no había ni siquiera pasado la vista porestas notas hasta ahora que, solamente por hallarme bajo el imperio dela angustia y de la pena, he pensado releerlas para distraerme.

Quedaron interrumpidas desde el día que partí para Homburg.

¡Dios mío! ¡Con qué alegre ánimo escribí yo entonces los últimos renglones! O más bien, con qué confianza en mí mismo, con qué esperanza inquebrantable. No dudaba lo más mínimo de mí. Han pasado dieciocho meses y estoy en peor situación que un mendigo. ¿Pero qué me importa? ¡Me tiene sin cuidado la miseria! ¡He causado mi propia perdición! Además, ninguna comparación es posible y es inútil predicarse a sí mismo la moral. ¡Nada hay tan absurdo como la moral ensemejantes momentos!

Las gentes satisfechas de sí mismas, ¡con quéorgullosa satisfacción están dispuestas a censurar la conducta ajena!Si ellos supieran hasta qué punto me doy cuenta de mi ignominiosasituación actual no tendrían seguramente valor para culparme. ¿Peroqué pueden decirme de nuevo que yo no sepa? El hecho es que todopuede cambiar con una sola vuelta de la rueda, y entonces esos mismos moralistas serán los primeros -estoy seguro de ello- en felicitarmecon amistosas bromas. Y no me volverán la espalda como ahora. ¡Quese vayan todos al diablo! ¿Qué soy ahora? Un cero. ¿Qué puedo sermañana? ¡Mañana puedo resucitar de entre los muertos, comenzaruna vida nueva! Puedo descubrir al hombre que hay en mí todavia entanto que no esté hundido del todo.

Partí entonces, en efecto, para Homburg, pero apenas llegado mefui de nuevo a Ruletenburg, a Spa e incluso a Baden, en donde acompañé en calidad de criado al consejero Hinze, un canalla, que es aquími amo. ¡Sí, he sido lacayo durante cinco meses! Fue inmediatamentedespués de mi salida de la cárcel -pues he estado en la cárcel, en Ruletenburg, por deudas. Un desconocido me sacó de allí... ¿Quién fue?¿Mr. Astley? ¿Paulina? Lo ignoro, y la deuda fue pagada, doscientostalers en total, y me pusieron en libertad-. ¿Adónde podía ir? Entré alservicio de Hinze. Es un joven atolondrado, le gusta vagar y yo sé hablar y escribir tres lenguas. Me coloqué primero en su casa como unaespecie de secretario, por treinta florines al mes, pero acabé siendo uncriado suyo. No estaba ya en situación de ser secretario y disminuyómi sueldo. Yo no tenía dónde ir, así que me quedé con él y de estemodo me transformé yo mismo en un lacayo. Pude ahorrar, sin embargo, setenta florines en cinco meses.

Una noche, en Baden, le anuncié que le dejaba. La misma nochefui a la ruleta. ¡Cómo palpitaba mi corazón! ¡No, no era el dinero loque yo entonces buscaba! Sólo quería que al día siguiente todos aquellos Hinze, aquellos oberkellner, todas aquellas bellas damas de Badenhablaran de mí, se contaran mi historia unos a otros, me alabaran y seinclinaran ante mi suerte. Sueños y preocupaciones pueriles, pero...

¿quién sabe? Quizás encontraría de nuevo a Paulina, le contaría misaventuras y ella vería que me hallo muy por encima de todos esos golpes absurdos del azar... ¡Oh, no! ¡No es el dinero lo que busco! Estoyseguro de que lo volvería a derrochar con cualquier Blanche y- llevaría durante tres semanas un tren de dieciséis mil francos. Sé que nosoy avaro. Hasta me tengo por pródigo... Sin embargo, con qué emoción oigo la voz del croupier: trente et un, rouge, impair et passe; o:quatre, noir, pair et manque. ¡Qué ávida mirada lanzo sobre el tapetedonde están dispersos los luises, los federicos y los talers, sobre losmontones de oro cuando se esparcen en cegador brillo bajo la raquetadel croupier, o sobre los cartuchos de monedas dispuestos en torno dela ruleta!
Al acercarme a la sala de juego, cuando oigo sonar las monedas,me siento casi desfallecer.

¡Qué noche inolvidable aquella en que llevé al tapete verde missetenta florines!

Empecé con diez florines y los puse a passe. Tengo cierta preferencia por el passe . Perdí.

Todo mi capital se reducía a sesenta florines. Reflexioné... y jugué al cero. Puse cinco florines a la vez. A la tercera jugada el cerosalió. Creí morir de alegría al cobrar ciento setenta y cinco florines.

No me alegré tanto el día en que gané cien mil.

Inmediatamente coloqué cien florines a rouge y volví a ganar.

Cuatrocientos a noir y seguí ganando. Ochocientos a manque, y ganaba, ganaba siempre.

¡Mil setecientos florines en menos de cinco minutos! ¡Ciertamente, en semejantes momentos se olvidan todos los fracasos anteriores! Había obtenido este resultado arriesgándolo todo. Era capaz de arriesgarme. ¡Volví a ser un hombre! Alquilé una habitación, me encerré en ella y permanecí hasta lastres de la madrugada contando el dinero.

Al levantarme a la mañana siguiente ya no era un lacayo. Decidíir aquel mismo día a Homburg, donde no había sido criado de nadie nihabía estado en la cárcel. Media hora antes de subir al vagón, me dirigí a hacer dos posturas, no más, y perdí quinientos florines. A pesarde esto marché a Homburg, donde estoy desde hace un mes...

Vivo, naturalmente, en perpetua inquietud, juego pequeñas sumas y aguardo algo que no sabría explicar. Paso días enteros junto altapete verde observando el juego, sueño con él, me siento embrutecidoy me veo cubierto de lodo, como si hubiera caído en una charca.

A este extremo he llegado después de mi reciente entrevista conMr. Astley.

Hacía tiempo que nos veíamos y nos encontramos por casualidad, en las circunstancias siguientes: Paseaba por el jardín, reflexionando que casi estaba sin dinero,pues sólo poseía cincuenta florines, porque la víspera había pagado lacuenta del hotel en el que ocupo un cuartucho indecente. Me quedabael recurso de acudir a la ruleta y jugar una sola vez... Si la suerte mefavorecía por poco que ganase, podría continuar jugando sí perdía, mevería precisado a volver a mi condición de criado, si no encontrabaalgún compatriota que necesitase un preceptor. Abismado en estasreflexiones estuve paseando cuatro horas. Cuando, hambriento ymalhumorado, me disponía a abandonar el jardín, vi a Mr. Astleysentado en un banco. Me senté a su lado. Al notar su aire grave, moderé inmediatamente mi alegría, que había sido muy viva al verle.

- ¡Vamos, usted aquí! Ya suponía que le encontraría -me dijo-. Esinútil que se moleste en contarme... lo sé todo. Su vida, durante estosveinte meses, me es conocida.

- ¡Bah! ¡De modo que espía usted a sus intiguos amigos!-repliqué-. Esto no le hace honor..., pero espere, que me da usted unaidea. ¿No es usted quien me hizo salir de la cárcel de Ruletenburg,donde me hallaba encerrado a causa de una deuda de doscientos florines? Pagó por mí alguien que ocultó su nombre.

- ¡No, oh, no! ¡No soy yo quien le sacó de allí! Pero sí sabía queestaba usted preso por deudas.

-Entonces, ¿sabe usted quién fue la persona que pagó por mí? -No, no puedo decir que lo sepa.

-Es raro. No me conoce aquí ningún ruso. Además, los rusos deaquí no rescatan a ninguno de los

suyos. En Rusia, los ortodoxos rescatan a sus correlegionarios. Yo creí que habría sido un inglés original, un excéntrico.

Mr. Astley me escuchaba con cierta sorpresa. Esperaba seguramente encontrarme hosco y abatido.

-Sea lo que sea, estoy muy satisfecho de ver que usted ha conservado toda su independencia de espíritu e incluso su alegría -dijo entono bastante desagradable.

-Es decir, que a usted le duele no verme ni abatido ni humillado-repliqué, riendo.

No comprendía inmediatamente. Luego se rió también.

-No me disgustan sus observaciones. Reconozco en sus palabrasal cínico, entusiasta e inteligente amigo de antaño. Unicamente losrusos pueden ofrecer tantos contrastes. En efecto, al hombre le gustaver a su mejor amigo humillado ante él. Es más, la amistad se basafrecuentemente en la humillación. Es una verdad de todos los tiempos,conocida por todas las gentes cultas. Pero, en este caso particular, estoy sinceramente satisfecho de no verle abatido. Dígame, ¿no tieneusted intención de renunciar al juego?
- ¡Que el diablo cargue con él! Renunciaría inmediatamente, acondición...

- ¿A condición de rescatar lo perdido...? Es lo que pensaba yo. Loha dicho usted sin darse cuenta, luego ha dicho la verdad. Dígame¿aparte del juego no hace usted nada aquí? Me sometió a una especie de interrogatorio. Yo no sabía nada.

Durante todo aquel tiempo no había leído los periódicos ni siquieraabierto un libro.

-Usted se ha embrutecido -observó-. No sólo ha renunciado usteda la vida, a los intereses personales y sociales, a los deberes de hombrey de ciudadano, a sus amigos... -pues usted tenía amigos-; ha renunciado también a sus recuerdos, todo a causa del juego. Conocí a usteden un momento apasionado y decisivo en su existencia, y estoy segurode que ha olvidado sus mejores impresiones de aquel tiempo. Sus sueños, los deseos que le obsesionan actualmente no van más allá del pairet impair, rouge, noir, la columna del centro, etc. ¡No me cabe duda! -Basta, Mr. Astley, por favor, no evoque el pasado -exclamé, casicon cólera-. Sepa que no he olvidado nada, pero que temporalmente lohe desterrado todo de mi cabeza, incluso los recuerdos, hasta querehaga mi situación... Entonces... entonces usted verá, volveré a la vida.

-Usted estará aquí todavía dentro de diez años -dijo-. Apostemosa que le recordaré esto, si para entonces vivo, aquí mismo, en estemismo banco...

- ¡Basta! -interrumpí con impaciencia-. A fin de demostrarle queno soy tan olvidadizo del pasado, permítame preguntarle dónde seencuentra ahora la señorita Paulina. Si no fue usted quien me sacó dela cárcel, fue ella seguramente. Desde entonces no tengo noticias suyas.

- ¡No, oh, no! No creo que haya sido ella. Ahora está en Suiza, yme complacería mucho que cesara usted de preguntarme acerca deesto -dijo con tono enérgico e irritado.

- ¡Eso quiere decir que también ha sufrido usted a causa de ella! Dije esas palabras casi inadvertidamente.

-Miss Paulina es la mejor de las criaturas, la más digna de respeto. Se lo repito, me satisfará mucho

que no me pregunte nada acercade ella. Usted nunca llegó a conocerla bien y considero su nombre, enboca de usted, como una ofensa a mi sentido moral.

- ¡De veras! Creo que se equivoca. ¿De qué puedo hablar sino deeso? Todos mis recuerdos se reducen a ella. No se preocupe, sin embargo; no tengo necesidad de conocer sus asuntos íntimos... Me intereso solamente, por decirlo así, por la situación mundana de missPaulina, por lo que la rodea actualmente. Todo eso me lo puede deciren dos palabras.

-Sea, pues, en dos palabras, a condición de no volver más sobreello. Miss Paulina estuvo largo tiempo enferma, y lo está todavía. Havivido algún tiempo con mi madre y mi hermana en el norte de Inglaterra. Hace seis meses, su abuela, usted recordará a aquella viejaloca, murió, dejándole siete mil libras esterlinas. Actualmente, missPaulina viaja con la familia de mi hermana, que está casada. Sus hermanitos fueron igualmente dotados en el testamento de su abuela y sehallan estudiando en Londres. El general murió el mes pasado en París, de un ataque de apoplejía. La señorita Blanche le cuidó bien hastael fin, pero ha sabido hacerle poner a su nombre todo lo que habíaheredado de su tía... Eso es todo, según creo...

- ¿Y Des Grieux? ¿No estará también viajando por Suiza? -No. Des Grieux no viaja e ignoro dónde se halla. Además, unavez por todas, le ruego que evite tales alusiones; si no, tendrá que entenderselas conmigo.

- ¡Cómo! ¿A pesar de nuestras antiguas relaciones amistosas? -Sí, a pesar de nuestras antiguas relaciones.

-Mil perdones, Mr. Astley. No está en mi ánimo molestar a nadie. No acuso a miss Paulina. Para nosotros dos, las relaciones de unfrancés con una muchacha rusa son difíciles de explicar y de comprender.

-Si asocia usted el nombre de Des Grieux a otro nombre que nosea el de Paulina le exigiré me explique qué quiere decir con la expresión "un francés y una muchacha rusa" y qué entiende por relaciones.

¿Por qué, precisamente, un francés y una joven rusa? - ¡Ah, ah, es eso lo que le interesa! Es una historia larga de contar, Mr. Astley. Sería preciso conocer bien, previamente, muchas cosas. Por otra parte, se trata de una cuestión muy seria... por cómicaque parezca a primera vista. Un francés, Mr. Astley, es una "forma"terminada, elegante. Usted, como inglés, puede no convenir en ello;yo, como ruso, tampoco estoy conforme, aunque no sea más que porenvidia, quizá. Pero nuestras muchachitas parecen ser de otra opinión.

Racine puede parecer a usted preciosista, amanerado y perfumado, y lecostará trabajo leerle. A mí también me parece preciosista, amanerado, perfumado, incluso ridículo, desde cierto punto de vista; peroes encantador, Mr. Astley, y, además, tanto si lo queremos como si no,un gran poeta. El francés tipo, es decir, el parisién, se ha formado enel molde de la elegancia, mientras que nosotros éramos todavía unaespecie de osos desgarbados. La revolución heredó a la nobleza.

Ahora el francés más obtuso puede tener modales, procedimientos, expresiones, y hasta ideas de una forma sorprendentemente elegante, sin quepara ello intervenga su voluntad, su alma o su corazón. Todo eso le hasido transmitido por herencia. Pero pueden ser frívolos e incluso vileshasta el último extremo. Sepa usted que no existe criatura más confiada y más franca que una joven rusa, buena, inteligente y sencilla. UnDes Grieux, en cualquier forma que se presente, puede ganar su corazón fácilmente. Tiene elegancia, Mr. Astley, y la joven toma aquellaelegancia por su propia alma, por la forma natural de su

alma y de sucorazón, y no como vestimenta heredada.

-Aunque no le agrade oírlo, Mr. Astley, debo confesarle que encuentro a la mayoría de los ingleses orgullosos e inelegantes. Los rusos tienen un sentido bastante delicado de la belleza. Mas, paradiscernir la belleza del alma y la originalidad, es preciso una independencia y una libertad superiores a la que poseen nuestras mujeres, y,en todo caso, más experiencia. Una miss Paulina -perdóneme, se meha escapado este nombre- necesita mucho tiempo para resolverse adarnos la preferencia sobre un pícaro como Des Grieux. Le apreciará,le abrirá su corazón, pero ese corazón palpitará por el pícaro, el vil ymezquino usurero Des Grieux.

Lo hará por tozudez, por amor propio,porque Des Grieux se presentó ante ella con la aureola de marquéselegante, de hombre generoso, que se había arruinado para ayudar asu familia y a ese pobre diablo del general. Todas estas maniobras hansido descubiertas. Pero poco importa. Déle el Des Grieux de otrotiempo -he aquí lo que necesita-. Y cuanto más odia al Des Grieux deahora, más piensa en el antiguo, aunque este último no haya existidomás que en su imaginación. ¿No tiene usted intereses en un negociode azúcar, Mr. Astley?

-Sí, soy uno de los comanditarios de la gran refinería Lowell &Co.

-Bien, Mr. Astley. Ser un Apolo de Belvedere y comanditar unarefinería no son cosas compatibles, como verá. Por lo que a mí respecta, no soy más que un miserable jugadorzuelo, que no tiene negocios, que ha dejado de hacer de criado, y eso miss Paulina, que tanbien montado tiene su servicio de espionaje, no lo ignora.

-Está usted amargado, y por eso se le ocurren tantos disparates-dijo, flemáticamente, Mr. Astley-. Sus palabras carecen del sello de laoriginalidad.

- ¡De acuerdo! Pero lo triste, amigo mío, es que habla en mí lavoz de la verdad. Ni usted ni yo hemos podido conseguir su amor.

-Eso es un disparate, eso es absurdo... es... Sepa -exclamó Mr.

Astley, con voz temblorosa y los ojos centelleantes-, sepa usted, hombre ingrato e indigno, desgraciado y mezquino, que he venido a Homburg a petición expresa de ella, a fin de verle, hablarle seriamente, yllevarle luego, a mi vuelta, todas las ideas, las palabras, los recuerdosde usted.

- ¿De verdad? ¿Es posible? -exclamé, vertiendo un torrente de lágrimas. Era la primera vez que lloraba en mi vida.

-Sí, desdichado; ahora que es usted un hombre perdido se lo puedo decir. Aún más, puedo asegurarle que le ama todavía, a pesar deque está usted aquí. ¡Está usted perdido! Antes no era malo, poseíaaptitudes, hubiera podido ser útil a su patria, que tan necesitada estáde hombres inteligentes. Pero usted no se moverá de aquí y arruina suvida. No le censuro. En mi opinión, todos los rusos están cortados porsu mismo patrón. Cuando no es la ruleta, es otra cosa por el estilo. Lasexperiencias son muy raras. Usted no es el primero en desconocer lanobleza del trabajo -no hablo de vuestro pueblo-. La ruleta... es unjuego esencialmente ruso. Hasta ahora ha sido usted honrado y hapreferido más ser criado que ladrón... Pero tiemblo al pensar lo quepuede ocurrir el día de mañana. ¡Basta, adiós! ¿Necesita dinero? Tome diez luises. No le doy más, pues de todos modos los perderá. ¡Tómelos y digámonos adiós! -No, Mr. Astley; después de todo lo que acabamos de hablar...

- ¡Tómelos! -gritó-. Todavía creo que es usted bueno y se lo doycomo se lo daría a un verdadero amigo. Si tuviera la certeza de queusted dejaba ahora mismo el juego y Homburg para volver a su patria,estaría dispuesto a darle inmediatamente mil libras para que comenzara una nueva vida, para que se regenerara. Pero si en lugar de millibras le doy diez luises, es porque no veo en usted propósito de enmienda. ¡Perdería lo uno y lo otro! Tómelo y adiós.

-Lo tomaré, si usted me permite que le pague con un abrazo.

- ¡Con mucho gusto!
Nos abrazamos cordialmente y Mr. Astley se alejó.

¡Mr. Astley se equivocaba! Si yo había sido duro e injusto conrespecto a Paulina y a Des Grieux, injusto y duro había él sido paracon los rusos. No me quejo por mí. No se trata de eso tampoco. Sonhechos y no palabras lo que hace falta. Lo esencial ahora es Suiza.

Mañana mismo... ¡Oh, si fuese posible marchar mañana! Es precisoconvertirse en un hombre nuevo, resurgir. Quiero demostrarles... Paulina sabrá que aún puedo volver a ser un hombre. Basta, para esto...

Hoy es demasiado tarde, pero mañana...

Tengo una corazonada. ¡Me quedan quince luises y en ciertaocasión empecé con quince florines! Si al principio se juega con prudencia... ¿Seré un chiquillo? ¿Es posible? Pero... ¿quién me impideque rehaga mi vida? Con un poco de energía puedo en una hora cambiar mi suerte. Lo principal es tener carácter. No tengo más que recordar lo que me ocurrió hace siete meses en Ruletenburg antes deperderlo todo. Fue un ejemplo notable de lo que puede muchas vecesla decisión. Lo había perdido absolutamente todo...

Al salir del casino siento que dentro de mi bolsillo se mueve algo. Es un florín. "Ya tengo bastante para comer", me dije. Pero después de haber andado unos cien pasos cambié de parecer y me volví.

Puse aquel florín en el manque. Verdaderamente se experimentauna sensación singular cuando, solo, en tierra extraña, lejos de la patria y de los amigos, y sin saber si uno podrá comer el mismo día, searriesga el último florín. Gané, y cuando veinte minutos más tarde salídel casino, me hallaba en posesión de ciento setenta florines. He aquílo que son las cosas, lo que a veces puede significar el último florín.

¿Y si yo ahora perdiese los ánimos y no me atreviera a tomar nuevasdecisiones?
- ¡No, no; mañana ...! ¡Mañana todo habrá concluído!

Acerca del autor



Fëdor Dostoyevski
(1821 - 1881)

Datos biográficos: Fëdor Mihajlovich. Novelista ruso. Comenzó como ingeniero militar, carrera que abandonó para dedicarse a la literatura en 1844. Debido a su participación en las discusiones políticas y sociales del círculo Petrashevskij fue condenado al fusilamiento y finalmente exiliado en Siberia durante cuatro años. El exilio acentuó su epilepsia, lo condujo a un conocimiento más profundo de la vida del pueblo ruso y lo llevó a abandonar sus ideas revolucionarias, que reemplazó por el ideal de la transformación interior basada en el Nuevo Testamento. La pasión por el juego, a la que debió sucesivas bancarrotas, lo obsesionó durante muchos años. Todos estos tópicos sumados a una asombrosa capacidad de describir los más recónditos pliegues del alma caracterizan su obra. Su literatura, que fue más prolífica en los períodos en que se encontraba en quiebra, gira en torno al conflicto entre el amor y el odio, entre el bien y el mal, problemáticas espirituales de fines del siglo XIX. Sin embargo, debido a su profunda penetración en la mente humana y a la manera magistral en que ha ilustrado estos conflictos, puede ser considerado uno de los más grandes novelistas de la literatura universal.

Acerca de esta obra: Con rasgos autobiográficos es un detallado estudio del comportamiento que el mismo Dostoyevski padecía. Esta obra fue escrita al mismo tiempo que Crimen y Castigo, debido a la necesidad de enfrentar las deudas que apremiaban al autor producto de su afición por el juego.

El arte y diseño de tapa de esta edición han sido realizados por Patricio Olivera.